

La Estrella se Alza en el Cielo

Lola Basavilbaso Gotor

ÈRHIS



I

LA ESTRELLA  
SE ALZA EN EL CIELO

LOLA BASAVILBASO GOTOR  
LUIS CONSTANTE LUNA

# Capítulo 1

## PRÓLOGO

Hereod se echó el delantal sobre los hombros y tomó el candil antes de lanzar un vistazo al comedor. Después de tantos años, sentía la necesidad de velar por todo cuanto ocurría entre los muros del viejo monasterio.

Al fondo, el hermano Ergkar limpiaba la mesa.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó.

—No os preocupéis, maestro Hereod. Somos pocos a cenar, somos pocos a manchar.

El anciano sonrió y se despidió con un gesto de la mano, pero aún lanzó una última mirada antes de salir. Cerró la puerta, que se quejó con un crujido, y enfiló el pasillo que llevaba hasta el claustro. Pese a la edad y la cojera que sufría desde que años atrás una teja le cayera en el pie, todavía caminaba a buen paso y pronto alcanzó el exterior.

Aunque ansiaba abrir la puerta y encontrar en el patio a los últimos novicios corriendo hacia los dormitorios, temerosos de la reprimenda del vigilante, una noche más halló el lugar vacío. Hacía mucho que allí ya no había novicios, ni retrasos, ni reprimendas. Lo único que quedaba en el monasterio eran reliquias, piedras, polvo y ancianos.

Atrás quedó el tiempo en que los maestros enseñaban a sus discípulos en el pequeño patio aprovechando el calor de los días de primavera, en que el templo acogía para las ceremonias a numerosos fieles fervorosos y no a unos pocos campesinos que solo se acordaban de Khur cuando la tierra no daba suficiente.

El monasterio iba quedando solo, como sola estaba la estatua del dios allí en el centro del claustro.

Sonriendo como quien sonríe al ver a un viejo amigo, Hereod se acercó a la imagen de piedra y la observó. Aun cuando la roca estaba lisa y los rasgos desdibujados, seguía siendo Khur Mërbhar, el Sanador, que con la rama de fertek en la diestra todavía aliviaba a los hombres del peso del dolor y la enfermedad.

Posó una mano sobre el pie de la talla dispuesto a comenzar una oración cuando el arrullo de una paloma desvió su atención. Una de las alas del claustro llevaba muchos años sin ser utilizada, sus puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto, algunas tejas se habían desprendido y la hiedra se arracimaba por doquier. Pero el anciano no sentía pena, porque aquella zona que había dejado de ser útil para los hombres servía ahora de hogar a gatos, palomas y otros animales.

Con una palmada en el pie de la estatua se alejó deseándole silenciosamente buenas noches y se dirigió hacia el templo. Era costumbre suya pasar cada noche unos momentos de soledad junto al dios y satisfacer sus manías de anciano acercándose a la sala de las reliquias para comprobar que todo estuviera en orden.

En el interior de la pequeña capilla perduraban aún el aroma del incienso quemado durante las liturgias del día y el calor de las velas hacía poco apagadas. Como cada noche se arrodilló no sin dificultad ante el altar para elevar sus oraciones a Khur, y cuando terminó se encaminó hacia la sala de las reliquias.

Siempre había pensado en lo curioso que era que tras aquella puerta de madera carcomida y bisagras herrumbrosas se albergaran los mayores tesoros del monasterio. Dejando el candil en un banco se detuvo ante el umbral para buscar en su manajo; introdujo la llave en la cerradura y con un sonido profundo la abrió. Recogió el candil y entró sin cerrar a sus espaldas.

La sala de las reliquias era una estancia pequeña, pobre de no haber sido por los objetos que custodiaba. Dispuestas sobre mesas, colgadas en las paredes y recogidas en viejos estantes se encontraban las diferentes donaciones que la devoción y la generosidad habían llevado al monasterio durante los siglos. A Hereod le gustaban esos viejos libros de poemas ilanos que exaltaban con fervorosa gracia los valores de sus dioses, y lo intrigaba aquella flauta proveniente de los lejanos valles de Ennerhad, cuyo canto, había dicho su maestro, era capaz de atraer a los pájaros. Había también un espejo tihughanés de plata pulida del que se decía que reflejaba los pecados de aquel que lo mirara y que Hereod nunca se había atrevido a tocar.

Pero de entre todos los tesoros de la sala, el que mayor respeto le infundía era la enorme espada que reposaba en la pared del fondo.

Era en verdad tan formidable que su presencia colmaba la estancia y atrapaba la mirada de todo el que entraba. Nadie había ya en el monasterio que recordara ni su origen ni la forma en que llegó, y en torno a ella todo eran leyendas; se decía incluso que quien osara tocarla caería

al instante fulminado.

Desde el primer momento en que los ojos de un joven Hereod se posaron en la espada prendió en él la convicción de que era más antigua que todos aquellos viejos edificios y que la propia colina sobre la que se levantaban. Ante su presencia nacían en el anciano monje perturbadoras sensaciones en las que no se atrevía a ahondar, se sentía empequeñecido y llegaba a pensar que era la espada la que lo observaba a él cuando entraba en la sala y de pie ante ella la admiraba en silencio.

No podía ser de otra manera, pues todo cuanto era aparecía en su forma. La sólida empuñadura en cruz demostraba un excepcional trabajo del metal, y cuando contemplaba el ancho mango forrado en cuero Hereod se estremecía al imaginar la fuerza de quien una vez la empuñara. La guardia destacaba por su simplicidad, compuesta por rotundas líneas a las que el reflejo de la luz confería una vehemente elegancia, casi violenta. La hoja era sencilla y recta, con un particular brillo encarnado, y a la tenue luz del candil centelleaba entre el polvo un filo tan vivo como el primer día.

Hereod sentía que esa espada era algo más que un arma. Pero, ¿qué capricho del destino la había llevado a acabar allí cautiva?

Un sonido de rasgaduras a sus espaldas lo sobresaltó, y asustado se giró de inmediato. Al ver al gato negro que se afilaba perezoso las uñas en la pata de una mesa el anciano monje suspiró aliviado.

—Serás bandido, Neren... —dijo acercándose hacia él. Conocía bien a ese gato: solía colarse en el templo habitualmente para protegerse del frío, aunque nunca antes había osado entrar en la sala de reliquias—. Me has asustado, pilluelo.

Tomó al animal con cariño entre sus brazos y salió de la estancia, pero cuando iba a dejarlo en el suelo el gato se revolvió nervioso.

—Calma, muchacho, que no te voy a echar —intentó tranquilizarlo, pero el animal bufó agresivo y con un arañazo se zafó de él para huir por la puerta del claustro.

Hereod sacudió dolorido la mano volviéndose de nuevo para cerrar el tesoro, pero a los pies del templo se escuchó de pronto el profundo sonido de la cerradura de la puerta principal. Alguien llegaba...

El monje desvió extrañado la vista. La puerta había sido cerrada antes de la cena y nadie había fuera salvo los guardias destacados por el Señor de Kërmrah-Vour para protegerlos de los dugurn.

—¿Quién vive? —preguntó tímidamente avanzando unos pasos.

Como respuesta el portón se abrió lentamente descubriendo dos figuras recortadas contra la pálida luz de la luna.

Hereod trató de tranquilizarse diciéndose que debían de ser viajeros, y se acercó un tanto hacia ellos antes de volver a hablar:

—Si buscáis cobijo, señores, el monasterio os acogerá, mas durante la noche el templo está cerrado.

Sin decir palabra los desconocidos entraron en la estancia envueltos en pesados ropajes. Reparó Hereod entonces en que ya no percibía el olor del incienso.

El más alto de los encapuchados se detuvo junto al umbral mientras el otro, de aspecto encorvado, avanzó hacia él apoyando todo su peso sobre un retorcido cayado que sujetaba con ambas manos. El miedo comenzó a embargar al monje, que retrocedió un par de pasos, pero pensó que quizás se tratara de un extranjero malherido que no entendía su idioma y se obligó a detenerse.

—Si... si habéis sufrido daño... —dijo con voz temblorosa—, aquí podemos daros cura...

Debajo de la capucha del extraño surgió una especie de tos rasgada que a Hereod le recordó vagamente a una risa. Se dio cuenta entonces de que el ambiente había quedado inundado de un olor nauseabundo, mezcla de humo y podredumbre. Tan solo los separaban ya unos pasos cuando el portón se sacudió violentamente.

—¡Corred, maestro Hereod, pedid ayuda!

Apoyado contra la madera apareció uno de los cinco guardias encargados de la protección del monasterio. Su aspecto y su rostro desencajado helaron la sangre del anciano: la mitad de la cara estaba completamente quemada, cruelmente agrietada y sangrante; el torso y buena parte de los brazos habían recibido el mismo castigo.

El que caminaba encorvado giró la cabeza hacia la puerta, y bajo el vuelo de la capucha Hereod acertó a ver la imagen más espantosa que jamás hubiera contemplado.

—¡Dnêsar! —gritó con lo que era el cruel y deforme reflejo de una voz, un rasgueo gorgoteante que cortaba la respiración.

El anciano contempló con horror cómo en el puño cerrado del más alto de los desconocidos se conformaba un filo negro con el que tocó la frente del

guardia, que un instante después estalló en llamas negras.

Hereod se lanzó cojeante a la carrera, pero de soslayo vio que el monstruo se volvía hacia él describiendo un movimiento seco con la mano. Los bancos a uno y a otro lado comenzaron a saltar despedidos para quebrarse contra los muros, impulsados por un poder invisible que hizo estallar la estatua de Khur justo cuando el anciano pasaba a su lado hacia la sala de las reliquias. Se lanzó al interior y cerró la puerta, apoyando la espalda contra la madera, sudoroso, pálido, desesperado. Entre los fortísimos latidos de su corazón le pareció escuchar cómo aquella criatura profería una especie de graznido de rabia. Solo de recordar la faz bajo la capucha le temblaban las piernas y afloraban las lágrimas a sus ojos.

Sumido en la más absoluta desesperación oyó los pasos renqueantes acercarse desde el otro lado. De forma instintiva su mirada se posó sobre la espada, y por un momento la idea le pareció posible.

No lo llegó a saber.

Con un súbito estallido de la puerta, una poderosa fuerza embistió vilmente a Hereod, que fue lanzado por los aires hasta dar contra la pared con un doloroso crujido de su espalda. Astillas y huesos quebrados laceraban ahora su anciana carne, pero el dolor quedó eclipsado por el terror a verse de nuevo ante aquella faz, aquel horror innombrable.

Los pasos cojeantes de la criatura pasaron a su lado hasta detenerse frente a la espada.

Con voz queda y débil Hereod imploró a los cielos:

—Khur... protege a tu fiel... ante el umbral de la muerte.

El monstruo se giró entonces hacia él, de un tirón lo puso bocarriba para acercarlo a su torturado rostro y moviendo las descarnadas mandíbulas dijo, escupiendo cada palabra:

—Él también tendrá que protegerse de mí.

## Capítulo 2

### CAPÍTULO 1

Durante un año, Khurammar había estado en el corazón de Iemnêril. Durante un año, la capital de Kromtar había guiado sus pasos y concentrado sus esperanzas de hallar al fin respuestas a las amargas preguntas que tanto tiempo atrás lo arrancaron del lejano Halamnei. Arrojado a los caminos, había recorrido las tierras del Este desde el insondable Tihughan hasta la marchita Tūrada en un largo viaje que, tan solo un instante en su vida inmortal, comenzaba sin embargo a pesarle en el alma.

Desde que decidió dirigirse al Oeste, Khurammar no había sido para el ahîr más que un nombre en el horizonte, pero al verla por fin cobrar forma, tan magnífica ante sus ojos, no pudo sino sonreír.

La capital de los kromtarianos se alzaba señorial en una inmensa llanura que descendía con suavidad al encuentro del mar. Aun a varias millas de distancia impresionaban sus monumentales murallas, desde las que numerosos torreones vigilaban las calzadas que atravesaban los campos hasta una de las ciudades más grandes del mundo. La aguda visión de Iemnêril podía distinguir tras las defensas el mar de tejados ocre y pardos y los perfiles de los orgullosos palacios, pero era un solo edificio el que atrapaba su mirada: la Torre de Vântur, Nasis dza Vântû en la lengua de los antiguos naushitas, que con su colosal altura dominaba el cielo de Khurammar.

Por ella, por lo que sus muros custodiaban, había recorrido sin descanso miles de leguas hacia el Oeste.

Sin apartar la vista de la ciudad el ahîr obligó a su caballo a retomar la marcha para comenzar a descender la colina, y calándose la capucha trató de evitar la atención de los comerciantes, campesinos y caminantes que a aquella hora de la mañana recorrían la carretera empedrada. Los ahîra eran en todo iguales a los hombres, quizás más esbeltos, pero en sus rostros siempre armoniosos lucía de forma especial el cautivador brillo de sus iris dorados, y ese rasgo bastaba para distinguirlos de los mortales y atraer sus miradas curiosas.

Disfrutando de su tranquila soledad, Iemnêril inspiró el aire fresco del llano y permitió a sus ojos deleitarse en el paisaje. El lento paso de las nubes en el cielo bañaba con suaves claroscuros la llanura, y cuando la luz

del sol se abría paso despertaba la viveza del color primaveral de huertas y sembrados.

Era aquella una tierra bendecida con gran fertilidad por los ríos Narensar y Elensar, que nacían en un mítico lugar al sur de la Gran Cordillera y daban nombre a la enorme planicie conocida como Vërsarn-Kermänbah, que en la lengua de Kromtar significaba la Llanura de los Dos Ríos. Más largo y caudaloso, el Elensar discurría al norte de Khurammar para alejarse hacia el oeste y desembocar en un amplio estuario en el Mar Interior, mientras el Narensar, más corto y nervioso, se acercaba desde el este a la ciudad con mayor atrevimiento para terminar entregándose a las mismas aguas.

Era precisamente en el Narensar, allí donde el río comenzaba a ensancharse, donde se encontraba el puerto de Khurammar, en cuyos muelles fondeaban cientos de barcos provenientes de Tigur, Herthnara, Ilaàn o los reinos del desierto para nutrir los mercados de todo Kromtar y cargar sus bodegas con mercancías procedentes del norte del Mar Interior.

Atrapado por la belleza del paisaje, Iemnêril alcanzó sin apenas darse cuenta el puente por el que la calzada cruzaba el río junto a los puertos, y su olfato se vio invadido por el fuerte olor del pescado y la brea. El graznido de una gaviota le hizo levantar la vista para seguir su vuelo hacia el sur, y la contemplación de la costa y el brillo de las aguas, el rumor de las olas y la caricia de la brisa salada trajeron a su memoria la última vez que viera el mar, allá en Halamnei, antes de hacerse al camino. Con una amarga punzada en el corazón, pensó que por largo que fuera el peregrinaje el viajero solo sentía la verdadera lejanía cuando se reencontraba con las pequeñas cosas que hubo de dejar.

Pero aunque su nostalgia era grande, el ahîr se había jurado no regresar hasta dar cumplimiento a la petición de su maestro Mnaide el Longevo y llevar de vuelta a Halamnei a su discípulo descarriado, tan querido también para el propio Iemnêril. Deseaba creer que la llegada de una nueva primavera le traería al fin algo de fortuna, y que Khurammar y la Torre de Vântur supondrían el inicio de una mejor etapa.

Dejó atrás el ajetreo del puerto y continuó por la abarrotada calzada, dominada ya por la formidable visión de la ciudad a apenas tres millas. El camino avanzaba recto y monótono y el denso tráfico de personas y mercancías le impedía poner a su montura al trote; intentando abstraerse del vocerío y distraer a la impaciencia dejó vagar la vista por el paisaje de huertas y sembrados que lo rodeaba. Lo sorprendió observar que, pese a que el invierno terminaba, en muchos campos no brotaba la mies y algunos frutales estaban todavía desnudos de flores.

Desde la lejanía advirtió que las monumentales puertas se habían abierto para recibir al río de gente que ingresaba en la ciudad, y que sobre el gran



arco de entrada pendía un enorme estandarte con la insignia de Kromtar: flanqueado por dos torres, un dragón bordado en plata con las alas desplegadas y el cuello enhiesto avanzaba poderoso sobre un campo de rojo y verde y anunciaba convenientemente al viajero que estaba a punto de entrar en la capital del reino.

Decenas de pendones de los mismos colores ondeaban más allá en lo alto de los torreones, y fue al pasear la vista a lo largo de la muralla cuando Iemnêril pudo observar las cicatrices que en ella había dejado la llamada Guerra del Mago Negro apenas veinte años atrás. En algunas partes la envejecida piedra gris se veía salpicada por secciones de una piedra más blanca y reciente, mientras que en otras aún mostraba el color oscuro de los sillares ennegrecidos por el fuego, y más de una torre había sido reconstruida por entero.

Aunque la sangre se derramó solo en las tierras en torno al Mar Interior, durante aquellos años de incertidumbre los ecos del conflicto sacudieron al mundo entero. Hasta sus oídos en Halamnei llegaron noticias de la dureza con que la guerra golpeó a Kromtar, pero fue al contemplar ahora las huellas que todavía laceraban las altas murallas de Khurammar cuando Iemnêril tomó conciencia de la dimensión de los combates, y se sobrecogió al imaginar la magnitud del poder que fue capaz de doblegar a una ciudad como aquella.

Aún le costaba creer que semejante destrucción hubiera respondido a las ambiciones de un solo hombre.

Nadie sabía a ciencia cierta cómo retornó Nezheris Bærentar, el último naushita, pero su aparición cambió el curso de la historia. Desde que hacía ocho mil años el Reino del Dragón conquistara Naushie, el Imperio Esmeralda quedó reducido a un mero recuerdo, y solo en el mundo de la ciencia y la magia se conservó la llama de su existencia, un mero eco de aquel luminoso horizonte en el que Nezheris Bærentar fue el más brillante de los magos. Pero aunque como hechicero fue un auténtico genio, como último gobernante de Naushie desplegó el más doloroso terror sobre los últimos días de su imperio para terminar hundiéndose con él bajo el filo de las espadas venidas del norte. Allí donde un día los naushitas levantarán gloriosas ciudades, construyeron los kromtarianos las suyas, y donde se alzarán sus altas torres se erigían ahora castillos y fortalezas. El sabio dejó paso al guerrero. Pero el más poderoso de entre los magos no olvidó que aquella tierra fue Naushie y trató de traer el pasado de vuelta.

Iemnêril superó por fin el oscuro pasaje que atravesaba el torreón de la puerta y con él los sombríos recuerdos de aquellos años de guerra, y se topó con el bullicio de los cientos de recién llegados a los que los guardias instaban a voces a avanzar, el restallido de los martillos, el penetrante olor de las curtidurías y el humo de las fraguas. Armándose de paciencia logró abrirse paso entre un hato de bueyes guiado con irritante

parsimonia por un par de pastores y se internó ansioso en las callejas que discurrían desordenadas por entre pequeñas casas y talleres.

Encontró muchas fachadas decoradas con ramilletes y ornatos floridos y el ánimo de la gente le pareció jovial; en las plazuelas, algunos trovadores y danzantes buscaban la atención y las monedas del público y desde el interior de posadas y tabernas se filtraban la algarabía y el olor de las cocinas. Ya en los pueblos por los que pasó días atrás le habían advertido de que en Khurammar la fiesta de Larkën-Khur, o Khur Padre, era una de las más celebradas, y el ahîr comprobó, después de haber viajado por medio mundo, que flores, comida y bebida eran también allí la forma de recibir a la primavera. En el propio Halamnei tenía lugar por esas fechas la festividad de Mnaí Annahlei, en la que un gran barco hermosamente decorado con flores arribaba al puerto representando la llegada de la nueva estación.

Pero por lo que había oído, ese año los kromtarianos tenían además otro motivo para celebrar, pues la milenaria orden de los Ukkrim Ombhartur invertiría a nuevos caballeros por primera vez desde que terminara la guerra. Iemnêril apenas conocía nada sobre ellos, pero ese acontecimiento parecía generar una gran expectación entre los súbditos del Dragón.

El ahîr fue a parar a una calle algo más amplia y concurrida que lo condujo directamente al mercado de Khurammar, una enorme plaza porticada repleta de puestos y atravesada por carros, carretas y jinetes. Al halamneida le dio la impresión de que se había congregado allí la mitad del reino, pues apenas se podía dar un paso sin topar con alguien. Obligado a desmontar, guió al caballo de las riendas y se internó en el bullicioso mar de compradores y vendedores permitiéndose curiosear desde el fondo de su capucha tenderetes y mercancías.

A un lado, un comerciante de Tudan-Shalar intentaba convencer de las virtudes de sus afeites y perfumes a unas damas que sonreían ante sus halagos; al otro, dos tūradanos se turnaban para anunciar a voz en grito la variedad de especias que vendían, cuyos olores y colores atraían poderosamente la atención. Algo más adelante, un mercader de Noshahum ofrecía finas y hermosas joyas de oro y piedras preciosas mientras a su lado un par de ilanos daban a probar su vino a un caballero. El ahîr se detuvo sin embargo ante un puesto en el que un fornido kromtariano asaba en unas brasas varias piezas de carne.

Sin decir palabra, el hombretón le puso en la mano una tajada de cerdo sobre una rebanada de pan.

—Son dos firhvarn —le pidió volviendo su atención a las brasas.

—Pero... ¿Qué? —balbució Iemnêril entre sorprendido y divertido—. Si no he dicho nada.

—Nadie mira la carne tanto rato si no tiene hambre.

El ahîr sacudió la cabeza, pero sin perder la sonrisa rebuscó en su saca hasta dar con las monedas.

—Una aguda observación, señor —dijo dejándole lo que pedía en una escudilla antes de alejarse entre el gentío.

Apenas había dado un par de bocados cuando por encima del bullicio escuchó el relincho de un caballo y el ruido de varias tinajas al romperse contra el suelo, a lo que siguieron unos gritos airados. De inmediato muchas personas se congregaron curiosas para averiguar qué ocurría.

—¡Maldito tudan-shalita! —escuchó bramar a un hombre al otro lado de la multitud—. ¡Págame el vino que me has tirado!

—¡No es mi culpa que no sepas llevar un carro! —le respondió otro con marcado acento del desierto.

De pronto, un muchacho pelirrojo grande como una montaña salió de entre el gentío y a punto estuvo de llevarse al ahîr por delante. Aunque Iemnêril logró echarse a un lado, su prometedor almuerzo cayó al suelo tras ser aplastado contra su capa de viaje.

—¡Eh! —gritó molesto hacia el torpe, que ya se alejaba a grandes zancadas.

—¡A ver si miras por dónde vas, amigo! —le respondió sin volverse siquiera.

El ahîr hizo ademán de seguirlo, pero le era imposible avanzar llevando al caballo de las riendas, y con un suspiro decidió abandonar el mercado y encaminarse de una vez a la Torre de Vântur.

Cuando por fin logró dejar atrás la bulliciosa plaza, contemplaron su avance hacia el centro de la ciudad edificios más ricos y nobles de sólidos muros y sobrias fachadas de piedra. Sin embargo sus ojos se vieron pronto atraídos por la cercana monumentalidad de la torre, que se alzaba colosal sobre los tejados.

De las ocho torres que en Êrhis vigilaban y protegían los secretos de la magia, Iemnêril solo había visitado antes las de Damæntur, en Tihughan, y Âcorur, en el lago de Skattahan, y al instante se dio cuenta de que ninguna de las dos podía compararse a aquella a la que ahora se aproximaba. En sus formas armónicas, en la gracia de las arquerías

labradas y sobre todo en la soberbia con que se elevaba hacia el cielo por encima del complejo de edificios de la Escuela de Vântur, el ahîr reconoció el arte de los maestros naushitas que tantas veces había visto en relieves y grabados.

Tan inmerso estaba en su contemplación que tardó en darse cuenta de que se había internado ya en una enorme plaza rodeada de ilustres edificios en cuyo centro la efigie en bronce de un monarca a lomos de su caballo recibía poderosa al recién llegado. Era aquella la plaza de Tagskerk II, llamado Ir Bhor, el Grande, aquel que conquistó Naushie para su pueblo. Tras la imponente escultura se erigía casi como un castillo en mitad de la ciudad la morada de sus sucesores, el Palacio Real de Khurammarr; a su izquierda se alzaba el Gran Templo de Khur, cuya inmensa y rotunda cúpula lo asemejaba a una montaña, y algo más allá un hermético muro separaba la Casa de los Ukkrim Ombhartur de los ajetreos de la vida ciudadana.

Admirado, Iemnêril se retiró por fin la capucha y apartándose los mechones rubios del rostro permitió a sus ojos dorados recrearse en tan grandiosa plaza, consciente de que jamás volvería a verla por primera vez.

Pasados unos instantes palmeó el cuello de su caballo y lo guió de las riendas hacia el complejo de la Escuela de Vântur. Atravesó el gran arco que otorgaba el acceso y se internó en el patio porticado a los pies de la torre.

Pronto un joven siervo se le acercó para hacerse cargo de su montura.

—Quisiera ver al Maestro Mayor —solicitó tendiéndole las riendas.

El muchacho arqueó sorprendido las cejas al ver que era un ahîr quien le hablaba.

—Aguardad un momento —dijo haciendo una seña a un criado más mayor que parecía dar instrucciones a una cuadrilla de mozos.

—A vuestro servicio —saludó al acercarse con una leve inclinación de cabeza.

—Deseo hablar con Esthen Valar —volvió a explicarse sin perder la cortesía.

—¿A quién debo anunciar?

—A Iemnêril T'athleren, hijo del difunto gobernador de Halamnei Halaidiril T'athleren y discípulo de Mnaide el Longevo, viejo amigo del maestro

Esthen Valar.

□

Ichnen caminaba calle abajo hacia el mercado a grandes zancadas, enfadado al comprobar desde la distancia que estaba tan abarrotado como había temido. Odiaba aquellas fiestas. Larkën-Khur no le importaba ni medio firhvar, y sin embargo con las celebraciones su tan querida rutina se desbarataba. Cada año por esas fechas se hacía imposible vivir en Khurammar: no dejaba de llegar gente de todas partes, las tabernas se abarrotaban y los precios subían.

Pero en aquella ocasión, además, parecía que nadie quisiera hablar de algo que no fueran los Ukkrim Ombhartur, y allá donde iba las conversaciones lo aburrían y lo irritaban. Bastante tenía él con trabajar a su servicio como para soportar oír de ellos en cada maldita charla que intentaba mantener. No entendía qué había de particular en la investidura de nuevos Ukkrim; él, que los conocía, sabía perfectamente que no eran más que un hatajo de niños blandengues que jugaban a ser caballeros y se protegían tras el lustre de sus nombres.

En su opinión, lo único bueno que tenía la orden de los Ukkrim Ombhartur era que poseía las suficientes riquezas como para pagarle un buen salario, y los suficientes siervos como para que nadie notara sus escapadas. Tal y como estaban las cosas aquellos días no iba a sentirse mejor limpiando las cuadras, pero sí disfrutando de una buena cerveza y un sabroso cocido en la taberna de Gordo.

Al toparse al fin con la muchedumbre del mercado que se interponía entre él y la ansiada cerveza, se dijo con amargura que la vida en Khurammar le ofrecía muy pocas satisfacciones.

Gracias a su gran tamaño no le fue difícil ir abriéndose paso a través de la multitud que se agolpaba entre los puestos, apartando con el brazo a quien le supusiera un obstáculo; a sus espaldas se multiplicaban las quejas y los improperios, pero con el ceño fruncido siguió adelante, hasta que de pronto la gente desapareció y se vio en medio de la congestionada calzada que cruzaba la plaza.

A su lado unos caballos relincharon cuando el conductor de una carreta tiró con fuerza de las riendas para no atropellarlo, y sobresaltado escuchó que más allá otro caballo se encabritaba y algunas tinajas caían al suelo.

—¡Maldito tudan-shalita! —gritó el dueño del segundo carro—. ¡Págame el vino que me has tirado!

—¡No es mi culpa que no sepas llevar un carro! —le respondió el otro antes de mirar furioso a Ichnen.

El muchacho reconoció al instante el olor de la trifulca y prefirió alejarse. No le importó la cantidad de gente que se había congregado para curiosear y volvió a abrirse paso a empujones, pero tras un tipo especialmente gordo apareció de improviso un encapuchado que llevaba en la mano una tajada de pan con carne; Ichnen no se esforzó en esquivarlo y le aplastó el almuerzo contra la capa de viaje.

—¡Eh! —escuchó que le gritaba.

—¡A ver si miras por dónde vas, amigo! —le contestó de malos modos alejándose lo más rápido que pudo.

Definitivamente odiaba aquellas fiestas.

Tras un impaciente paseo llegó por fin al barrio de los carpinteros, donde entre las numerosas tabernas le esperaba la de Gordo, su favorita, un antro particularmente cochambroso pero con la mejor cerveza de Khurammar.

Le gustaban las calles estrechas con el suelo sucio de polvo y serrín, las sencillas casas en las que asomaban los viejos ladrillos bajo el encalado y los ruidosos talleres. Aunque generalmente iba allí solo para emborracharse, disfrutaba con el aroma de la resina, la madera recién cortada y el barniz fresco. Ambientes como aquel, recogidos en sus laberínticos trazados, con sus populosas posadas, eran para él un refugio ante la sofocante severidad de la piedra gris del centro. Frente a los silenciosos y cerrados portones de los palacios, él prefería las pequeñas puertas de las tabernas, por cuyos maderos se filtraban el alboroto, la luz anaranjada y el olor de las comidas. Sin necesidad de Larkën-Khur o los Ukkrim allí siempre era fiesta, y uno podía beber lo que se le antojara y precipitarse a la calle para entonar canciones a voces, dirimir a puñetazos alguna disputa o, si la noche había sido especialmente dura, incluso dormir.

Al escuchar el repiqueteo de los martillos y el rumor sordo de las sierras el humor de Ichnen comenzó a mejorar, y tras un exagerado suspiro sus labios se curvaron en una amplia sonrisa. Mucho más tranquilo, se retiró los largos mechones pelirrojos que en su nerviosa llegada le habían ido cayendo sobre el rostro, y su expresión fue mudando de la irritación a la simple satisfacción. Bajo las pobladas cejas los grandes ojos verdes observaron curiosos los talleres, y sus rasgos duros se dulcificaron cuando

saludó bienhumorado a los conocidos.

—¿Qué hay, muchacho? ¿Hoy no toca trabajar? —le preguntó un hombre que cepillaba unos tablones.

—Ojalá no tocara nunca —respondió Ichnen con una sonrisa.

—¡Qué me vas a contar a mí! —dijo el otro volviendo la atención a su tarea.

—¡No te canses, Uven! Si luego pasas por donde Gordo te invito a cerveza.

El carpintero se rió.

—Gracias, amigo, pero yo tengo cosas que hacer...

Tras una esquina algo más adelante el muchacho encontró a una mujer mayor que trataba penosamente de meter un pesado madero en el taller.

—Señora Ibar, ¿cómo la tiene su marido haciendo esto? —saludó el pelirrojo acudiendo solícito a ayudarla.

—Ay, Ichnen, es que se ha ido a contratar un encargo en el centro —respondió la mujer llevándose las manos a los riñones—. ¿Tú no tendrías que estar trabajando?

—Hoy descanso, que me lo merezco.

—Claro, como tú sirves a los nobles señores...

—No me los mentes —resonó la voz del muchacho desde dentro del taller—. ¿Dónde está tu hija? —preguntó al salir de nuevo a la calle.

La mujer lo golpeó con un trapo entre indignada y divertida.

—¡Serás descarado! ¡Tienes suerte de que no esté aquí mi marido!

—Bueno, bueno... —se rió Ichnen, alejándose—, pero si la ves dile que estaré donde siempre.

—¡Mi hija no se casará con un vago que pierde el tiempo en las tabernas! —le gritó ella cuando el pelirrojo ya giraba la esquina.

—Un vago... —bufó sacudiendo la cabeza. Repentinamente molesto, le dio un puntapié a un ladrillo desprendido.

Él no era ningún vago, simplemente odiaba su trabajo. No había nacido para ser un mozo: arreglar puertas, arar el huerto y colocar tejas estaba al alcance de cualquier idiota. Él era lo bastante fuerte, listo y arrojado como para ser mucho más.

Incluso un Ukkrim Ombhartur.

Le roía las entrañas tener que ver cada día a los hijos de la nobleza, complacidos en su artificioso mundo de ideales, sabiendo que él hubiera sido un Ukkrim mejor que cualquiera de ellos.

Pero ese camino le había sido vedado hacía años, pues plebeyo, sin nadie que lo apadrinara dentro de la orden y, ante todo, extranjero, no pudo aspirar a nada más que la servidumbre. Desde que lo rechazaron no había mayor desgracia para él que verse día tras día atrapado en duras labores mientras ellos se entregaban a un noble camino que debería haber sido también el suyo.

Su vida en Kromtar era miserable, y sentía que gran parte de la culpa era de los Ukkrim.

Su pobre tío siempre le dijo que no había nada malo en ser un siervo, y que según cómo se mirara podía ser hasta una suerte. Pero su tío era un simple hombre de vida simple, y al fin y al cabo un kromtariano: conformado con lo poco y esforzado hasta en el deber más humilde. Nada podía echarle en cara, pues se hizo cargo de él cuando quedó huérfano, pero de niño hubiera querido que lo animara a mayores aspiraciones. Ahora él estaba muerto e Ichnen, cumplida ya la veintena, seguía atrapado en la servidumbre.

Su tía, sin embargo, siempre le contaba grandes historias, y jamás le dijo que él no pudiera llegar a ser el protagonista de una. El muchacho nunca entendió cómo su alegre temperamento la llevó a enamorarse de su tío, pues ella, nacida en Ennerhad, era soñadora y jovial. De alguna forma su querida tía fue la única persona que llegó a entenderlo, quizás porque ambos tenían corazón ennerhadiense. Sin ella, Ichnen no habría sido más que un niño extranjero en una ciudad extraña; sin ella, nunca hubiera sabido nada de su tierra.

A menudo recordaba con cariño aquellas noches de infancia junto al humilde fuego en que su tía le narraba, en el hermoso hablar de Ennerhad, las historias de los valles y las aldeas y las leyendas de los bosques. La gesta de Rahard del clan Nínian, que murió luchando solo contra el dragón, los cantares de Innghad, hijo de la primera reina y querido por los lobos, el cuento de Halied el Pescador, que partió en busca de la luna y se convirtió en estrella, despertaron en el niño Ichnen sueños de heroísmo y grandeza. La historia que siempre deseó escuchar, sin embargo, no llegó, y nunca supo cómo murieron sus padres durante la



Guerra del Mago Negro. Con los años llenó ese vacío convirtiéndolos en su imaginación en héroes como los de las leyendas, y sentado sobre la cálida estera soñó que cabalgaba a Ennerhad, que vengaba a sus padres y que mataba al dragón.

Pero un día el sueño terminó, el niño creció, y sus ilusiones acabaron esfumándose por entre las calles de Khurammar.

Durante la larga enfermedad de su tía aquel mundo fue alejándose de él, y cuando ella cerró los ojos por última vez quedó definitivamente fuera de su alcance tras un muro de piedra gris. Desde que lo dejara, Ichnen se había sentido, como la noche en que murió, solo junto a un fuego que languidecía.

Ya nada lo ataba a Kromtar; había decidido que en cuanto ahorrara lo suficiente para emprender el viaje partiría hacia Ennerhad, su tierra. No guardaba ningún recuerdo de ella, pero la conocía perfectamente porque la llevaba en la sangre. Allí, con los suyos, podría al fin comportarse libremente, beber, cantar y bailar en las fiestas, llorar al escuchar las leyendas y gritar acaloradamente en las discusiones.

Pero hasta que eso sucediera seguiría amargado en la Ciudad del Dragón.

Al fin vio la taberna de Gordo al fondo de la calle y en dos zancadas se plantó frente a ella, pero cuando fue a entrar la puerta se abrió de golpe y sobre él se precipitó un viejo borracho que apenas se tenía en pie.

—¡Khur salve a los Ukkrim! —le gritó en la cara con voz pastosa.

—¡Aparta, imbécil! —le espetó Ichnen haciéndolo bruscamente a un lado antes de cruzar el umbral. Aquella maldita ciudad no le daba tregua.

El antro de Gordo no era muy grande, apenas un pequeño comedor con tres mesas vacías y un hogar en una esquina donde el sufrido ayudante del tabernero preparaba un potaje.

—Una jarra —le pidió a Gordo, que sentado junto a unos barriles charlaba con un par de habituales.

—Mirad quién ha vuelto a escaquearse —bromeó el hombretón levantándose pesadamente para servirle la cerveza. Los demás rieron.

Tomando un taburete, Ichnen se acomodó entre ellos.

—Mi trabajo es duro, necesito descansar —respondió después de dar un largo trago—. ¿Qué das hoy de comer?

—Lo mismo que ayer —dijo Gordo.

—Y que anteayer... —murmuró con sorna uno de sus amigos.

—¿Tienes algún problema con mi cocido?

—Que no hago más que comerlo.

Ichnen se unió a las carcajadas del resto agradeciendo aquella relajante llaneza.

En ese momento la puerta se abrió quejumbrosa para dar paso a cuatro hombres de aspecto rudo.

—¿Cuánto por comer y beber? —preguntó uno de ellos con el duro y arrastrado acento de las gentes de Migskärk.

—Seis firhvarn —contestó el tabernero—. Por cabeza.

Ichnen arqueó las cejas y confió en que los recién llegados no hubieran advertido su sorpresa. No era buena idea intentar timar a unos migskärkianos.

—Muy caro —objetó el extranjero haciendo ademán de marcharse con los suyos.

—Dejémoslo en cinco —insistió Gordo—. No probaréis mejor cocido, ¿verdad, muchachos?

El pelirrojo y los demás asintieron con vehemencia, y después de mirarse entre sí, los cuatro migskärkianos se sentaron en una de las mesas. Gordo les sirvió cerveza y su ayudante les llenó unas escudillas.

—Oye, Ichnen... —comenzó uno de los amigos del tabernero.

—Como me preguntes algo sobre los Ukkrim te doy un puñetazo —le cortó el muchacho.

Gordo soltó una carcajada y le palmeó el hombro.

—Queda prohibido hablar de los Ukkrim mientras Ichnen esté aquí —anunció con exagerada solemnidad.

—Gracias, Gordo —dijo el pelirrojo llevándose la jarra a los labios.

—Esto es basura —habló de pronto uno de los migskärkianos.

—¿Cómo dices? —replicó ofendido el tabernero.

El extranjero se puso en pie y lanzó el cuenco contra la pared.

—Basura —repitió—. Y yo no pago por basura.

—Claro que vas a pagar, y tus compañeros también —respondió Gordo dando un paso hacia ellos.

Sus amigos se levantaron para cubrirlo, pero los otros tres migskärkianos hicieron lo propio. El ayudante retrocedió con el atizador en la mano.

Ichnen meditó un instante si merecía la pena meterse en una pelea por algo así, pero sabía que si quería seguir disfrutando de cerveza a buen precio iba a tener que mancharse los puños. Con un suspiro se puso en pie, y advirtió entonces que en la mesa del fondo había un hombre encapuchado, completamente vestido de negro, que observaba atento la escena y al que no recordaba haber oído entrar.

—Si quieres tu dinero ven a buscarlo, cerdo —retó a Gordo el extranjero.

El tabernero, a quien Ichnen había visto echar a patadas a borrachos y pendencieros en más de una ocasión, le respondió con un puñetazo, y de pronto todos se vieron envueltos en una confusa refriega. El pelirrojo se lanzó contra el migskärkiano más próximo y los dos cayeron al suelo arrastrando sillas y mesas mientras se golpeaban con saña el uno al otro.

Cuando logró quitárselo de encima, se puso en pie limpiándose la sangre del labio y sonrió. No había nada mejor que una pelea para olvidar la frustración. El extranjero se levantó también y fue directo a por él, y de nuevo se enzarzaron en un intercambio de puñetazos mientras a su alrededor el comedor se llenaba con el alboroto de la lucha.

Ichnen agarró del cuello a su contrincante para castigarle el rostro con la mano libre, pero entonces, para su sorpresa, el migskärkiano se desplomó inerte, y al mirar en derredor vio que todos los demás caían también. Consternado y asustado, levantó la vista hacia la puerta cuando la oyó crujir.

En el umbral, el extraño encapuchado lo observaba con unos ojos fieros y amarillos.

—No te preocupes, Ichnen. Solo están dormidos —habló con sorprendente ligereza antes de abandonar la taberna.

Con el cuerpo tenso y la angustia atenazándole el estómago, el pelirrojo

tardó en reaccionar, y cuando por fin se precipitó al exterior el extraño ya se había perdido por entre las calles.

## Capítulo 3

### CAPÍTULO 2

El sol del mediodía vertía su luz sobre el patio de las caballerizas del Vüsur Ukkrim Ombhartur, la Casa de los Ukkrim, tiñendo de dorado la envejecida piedra de arcos y muros. Todavía ataviados con sobretodos y capas de viaje, un muchacho rubio y fuerte y una joven de piel tostada entraron de las riendas al establo dos inquietos corceles aún aparejados. Aunque polvorientos y cansados, en sus rostros era bien visible la alegría.

—Eh —llamó el muchacho a un mozo que rastrillaba la paja—, échanos una mano con estos dos.

—Claro —se acercó el chico para comenzar a desatar los corrajes—. ¿Caballo nuevo, Ignar?

—Qué más quisiera yo. Es del maestro Garkos —palmeó sonriente el cuello del animal.

—Tampoco es para tanto —dijo la chica atando a un poste la segunda montura—. Si Turhar se lo ha quitado de encima por algo será.

—No se lo ha quitado de encima, Ahesshaye, se lo ha regalado.

—Lo que tú digas... —respondió escéptica cargando con la silla.

—¿Y tiene nombre? —preguntó el mozo.

—Averk, y si tú no lo quieres —se volvió hacia la muchacha—, ya lo heredaré yo.

El alazán cabeceó y piafó poderoso, y Ahesshaye se echó a reír.

—No parece que le guste la idea —dijo comenzando a cepillar al otro caballo.

Los dos discípulos de Garkos Vären acababan de regresar a Khurammar después de visitar a Turhar el Jinete, maestro de su maestro, en su lejano retiro en la ciudad de Irgmar. Con el paso de los años se había hecho habitual en el Vüsur verlos a punto de partir o recién llegados, pues a diferencia de otros Ukkrim que preferían formar a sus aprendices con profundas charlas y lecciones magistrales, Garkos aprovechaba cualquier

oportunidad para instruir a Ignar y Ahesshaye en largas jornadas de viaje. Sin duda resultaba más estimulante aprender sobre los grandes temas a lomos de un caballo que en una bancada de piedra, y muchos otros discípulos los envidiaban, pero eso también los obligaba a vivir en el sacrificio del constante servicio a su maestro lejos de la comodidad del Vüsur.

Una vez almohazados los caballos y llenos de forraje los pesebres, los dos aprendices recogieron los arreos y salieron del establo.

—Me parece un juicio demasiado duro —comentó Ignar mientras cruzaban el patio.

—Solo digo lo que pienso —la muchacha se encogió del hombros—. ¿Acaso tú te imaginabas a Turhar así?

—No, pero tanto como decepcionante...

—Es un hombre derrotado.

—Ahesshaye...

—Ignar, es así. Después de todo lo que Garkos nos había contado, de oír tan a menudo de sus hazañas en la guerra, lo último que esperaba encontrar era a un viejo amargado.

El muchacho meneó la cabeza cuando ya se internaban en la penumbra de uno de los pórticos.

—Vivió una época muy dura y ha pasado tiempo.

—¿Y qué? —replicó ella.

—Que una guerra marca, y más una como aquella.

Ahesshaye soltó un bufido y de un tirón se deshizo la coleta.

—Garkos también vivió la guerra y no se ha retirado a morir a un monasterio —dijo ahuecándose con las manos la larga melena oscura.

—Como tú quieras —decidió ceder Ignar con media sonrisa abriendo la puerta al interior del Vüsur—. Oye, ¿vas a escribir a tu padre para contarle que el maestro te presentará a la investidura?

La muchacha lo miró molesta.

—No.

Ignar asintió rascándose la incipiente barba.

—De acuerdo, no debería haber dicho nada.

Durante unos instantes tan solo se escucharon sus pasos resonando en el largo corredor.

—No te preocupes —respondió por fin Ahesshaye.

Solo Ignar sabía de la distancia que separaba a la chica de su padre, Rërg Dukark, desde que ocho años atrás él la metiera en un barco con dos caballos, una saca de monedas y una carta de presentación para el Vüsur. El primogénito Dukark siempre había sido Ukkrim, y a Rërg no le importó que su único vástago fuera una niña acostumbrada a las bulliciosas calles de Shalar. Recién cumplidos los nueve años, Ahesshaye se vio arrancada del amor de su madre, de la ciudad que conocía y de su cómoda vida para ingresar en el rígido y cerrado mundo de la orden, donde muchos la miraban por encima del hombro por ser una muchacha y la hija mestiza de un Ukkrim que ni siquiera vivía en Kromtar.

Desde el principio, sin embargo, decidió no dejarse amilanar y afrontó sola la dureza de una instrucción hecha por y para hombres que exigía el sometimiento total a las reglas y que estaba encaminada a formar devotos combatientes. Tan solo de vez en cuando se permitía apoyarse en Ignar, que como hijo de plebeyos era también una excepción en la orden, y en su maestro Garkos, que aunque noble siempre había buscado más en el fondo que en la forma.

Con el tiempo logró olvidar los juegos en las polvorientas calles de Shalar, la desobediencia sin consecuencias, la libertad y, en definitiva, la infancia, para estar a la altura del resto de aprendices y ser respetada por los maestros, y ya muy pocos en el Vüsur se atrevían a menospreciar a la muchacha de larga melena negra y exóticos ojos rojizos.

—Deberías escribirle —volvió a hablar Ignar dejando atrás el pasillo y saliendo a un nuevo patio—. Siento insistir, pero, Ahesshaye, tu padre debería saber que vas a vestir el blanco.

—En primer lugar, que Garkos nos considere dignos no significa que el Gran Maestre vaya a hacerlo también —replicó ella, ceñuda—; y en segundo lugar, si tanto te importa, ¿por qué no escribes tú a tus padres?

Ignar se retiró hacia atrás el alborotado flequillo rubio y sus labios esbozaron una sonrisa casi infantil.

—Lo haría si supieran leer...

—¿Hace cuánto que no sabes de ellos? —le preguntó la chica con algo más de calidez.

El muchacho resopló alzando la vista al cielo.

—Hará ya tres años de la última vez que visité la granja. Les costó creer que hubiera ingresado en el Vüsur...

Ahesshaye lo miró de soslayo y sonrió. Ignar le había contado de su desgraciada llegada a Khurammar, cuando siendo apenas un niño dejó la pequeña aldea allá en Särer para buscar fortuna en la ciudad. Pronto se le acabó el dinero que había robado a su padre y durante meses hubo de malvivir en las calles, pero un día el maestro Garkos lo libró de la paliza de unos guardias y lo llevó al Vüsur para darle un plato de cocido; después de devorarlo, el muchacho le dijo que no quería la caridad de nadie y que trabajaría para pagárselo, pero en vez de eso el veterano Ukkrim respondió por él con su nombre y sus bienes y lo tomó a su servicio para instruirlo en el camino de la orden.

Poco después decidió hacerse cargo también de la díscola Ahesshaye, y desde entonces el muchacho rubio y la joven de piel tostada nunca se habían separado.

—Creo que deberías escribirles —dijo de pronto la chica—, ya encontrarán a alguien que pueda leerles la carta.

Ignar la miró agradecido.

—No se me había ocurrido.

Llegaron por fin al ala de las celdas y ascendieron las escaleras hasta el último piso, donde toparon con dos jóvenes ataviados con la saya gris de aprendiz.

—Bienvenidos de vuelta —los saludó el más alto, de ojos azules y corto cabello negro.

—¡Narken! —respondió jovial Ignar tendiéndole la mano—. No sabes cuánto he rezado para que al llegar te hubiera desaparecido ese feo acento del norte...

—¿Y por qué no rezas para que llegue a gustarte? —replicó estrechándole afectuoso la mano—. ¿Cómo ha ido vuestro viaje?

—Me dijeron que habíais ido a conocer a Turhar el Jinete, nada menos —intervino interesado el segundo muchacho mostrando una sonrisa bajo



la cuidada barba castaña.

Para sorpresa de ambos, Ahesshaye bufó negando con la cabeza.

—Es una cuestión delicada, Yarek —explicó Ignar mirándola divertido de soslayo.

—¿Qué tal las cosas por aquí? —cambió ella de tema.

Yarek se encogió de hombros.

—Excepto por un pequeño incidente entre Velem y Vor, como siempre.

—No me digas... —comentó la chica con media sonrisa—. ¿Qué pasó?

—Durante las prácticas, la maza de Vor alcanzó a Velem en el yelmo y lo dejó sin sentido —respondió Narken—. Cuando despertó pasadas unas horas estaba tan furioso que exigió que la orden expulsara a Vor, pero ningún maestro le hizo caso.

—Qué lástima habérselo perdido —dijo Ahesshaye entre risas.

—Mejor no saques el tema cuando lo veas... —le aconsejó Yarek—. Íbamos al comedor, ¿nos acompañáis?

—Antes tenemos que dejar las cosas y asearnos un poco; el campo está tan seco que en cuanto trota el caballo se levanta una nube de polvo —dijo Ignar.

—Nos vemos en un rato —se despidió la muchacha alejándose de las escaleras hacia las celdas.

□

Asomado a la ventana de una de las bibliotecas, el maestro Gaeden observaba el campo de prácticas que se extendía tras los edificios del Vûsur Ukkrim Ombhartur cerrado a la ciudad por un muro. Ajenos a su mirada, sus dos discípulos se medían a espada como tantas otras veces.

No terminaba de entender cuándo y cómo comenzó aquella rivalidad, tal vez desde que los tomó a su servicio, tal vez desde que se dieron cuenta de que eran mejores que la mayoría, pero lo único que como maestro podía hacer era encauzarla y convertirla en un acicate hacia una mayor virtud. Hacía tiempo que veía entre ellos la envidia, pero también una

admiración que había reforzado durante años sus lazos de fraternidad. Muchas veces había temido que la competencia malograra a dos muchachos tan prometedores, pero su relación nunca había pasado de una reñida amistad.

En aquel momento Miriek parecía dominar el combate con certeras estocadas. Muchos lo consideraban el más capaz de cuantos pretendían vestir el blanco, pues era diestro con la espada, asistía con regularidad a los oficios y poseía una desenvoltura que lo hacía muy querido por los demás aprendices. Además, como heredero de uno de los linajes más ilustres de Kromtar, su padre, Fuhein Veriemgor, se había encargado de proporcionarle la más vasta formación que un joven noble podía recibir. Gaeden había advertido en él cierta soberbia, pero no la suficiente como para despreciar las observaciones que los maestros pudieran hacerle.

Hirvalmer era más prudente y sin duda mucho más reservado, capaz de hondas reflexiones y propenso a la soledad, pero tenía una voluntad inquebrantable y se esforzaba con denuedo en el camino de la orden. A lo largo de los años, Gaeden había tratado de educar su complejo carácter y salvaguardarlo del rigor de una inalcanzable autoexigencia, pues ya desde niño había pretendido cargar sobre sus hombros el peso de su insigne ascendencia. Su madre, Nivenair Valar, fue investida Ukkrim junto al propio Gaeden y tras la guerra se convirtió en regente del reino, mientras que su padre, Asdur de los Picos del Norte, entregó la vida para dar muerte al Mago Negro, y por mucho que Hirvalmer se lo hubiera negado el maestro sabía que lo atormentaba no llegar nunca a estar a su altura.

Gaeden sonrió al verlo protestar cuando Miriek pidió una pausa para tomar un trago de agua. Estaba orgulloso de los dos jóvenes, pues ambos, cada uno por su propio camino, habían llegado a ser dignos de vestir la sobrevesta blanca.

El maestro abandonó la biblioteca y descendió las escaleras, y a través de un largo corredor llegó hasta el portón que otorgaba el acceso al campo de prácticas. Cuando salió al exterior, los muchachos habían retomado el combate y era ahora Hirvalmer quien llevaba la iniciativa gracias a sus poderosos mandobles mientras Miriek retrocedía apurado.

Puesto que no parecían haber advertido su presencia decidió mantenerse a cierta distancia para asistir al inminente desenlace.

—¡Espera! —resonó la voz de Miriek bajo el yelmo—. ¡Se ha roto el corraje de mi escudo!

—¡Tíralo al suelo, entonces! —replicó el otro sin cesar en sus embates.

—¡Hirvalmer, es solo un momento! —insistió abriendo por completo su

guardia para detener el combate.

El hijo de la regente bajó contrariado el arma y Miriek aprovechó para rearmar rápidamente el brazo de la espada y lanzar una fugaz estocada que alcanzó de lleno el pecho de su compañero.

—¡Embustero! —protestó Hirvalmer quitándose el yelmo y arrojándolo al suelo ante las risas del otro. Empapada en sudor, la revuelta melena rubia enmarcaba un rostro bien parecido aun a pesar de los rasgos duros heredados de su padre, y sus ojos claros miraban airados a Miriek—. ¡Me has vencido con artimañas!

—Se suponía que este era un combate real —le respondió el joven Veriemgor liberándose a su vez del yelmo y sacudiéndose el cabello castaño—. Ningún enemigo estaría escuchando tus quejas porque ya habrías muerto.

—¡Qué tontería! Me has engañado porque te veías perdedor.

Miriek soltó una carcajada y lo siguió hacia el banco donde habían dejado un par de tinajas de agua. Era algo más bajo que Hirvalmer y menos fuerte, pero en su apostura y sus elegantes rasgos se hacía evidente la alta dignidad de su sangre.

—Deberías tener mejor perder. Y no seas tan inocente la próxima vez —le recomendó antes de dar un largo trago.

El otro lo miró todavía enfadado, pero meneó la cabeza y bebió también.

—Hirvalmer, Miriek —los sorprendió la voz de Gaeden, que se acercaba hacia ellos.

—Maestro —saludó el joven Veriemgor un tanto azorado—. ¿Cuánto tiempo lleváis ahí?

—El suficiente... —observó significativamente al muchacho antes de sonreír con gentileza. Aunque superaba la cuarentena conservaba el digno porte de la juventud, y las canas que adornaban sus sienes daban mayor hondura a la serenidad de su rostro—. He de deciros algo.

Los aprendices cruzaron una mirada intrigada.

—Os escuchamos, maestro.

—Un bello día, ¿cierto? —dijo alzando la vista al cielo salpicado de nubes blancas.

—Lo es, sí —respondió Miriek.

—La primavera nos alcanza sin ambages... Decidme, ¿cuántos años habéis estado sirviéndome y, espero, aprendiendo de mí?

—Once —respondió el hijo de la regente.

—Es mucho tiempo... No hay nada que yo pueda ya enseñaros —el Ukkrim los contempló satisfecho—. He propuesto vuestros nombres para la investidura.

Los ojos de Hirvalmer se iluminaron, y tras un suspiro se permitió una sonrisa. Miriek, menos contenido, le palmeó entusiasmado el hombro.

—¡Lo logramos!

—Si fuera yo quien debiera juzgaros ya seríais Ukkrim, pero sed prudentes —dijo el maestro con algo más de gravedad—, pues la noche de mañana no serán mis ojos los que os juzguen sino los de Khur a través del Gran Maestro, y a Él nada podrá esconder vuestro espíritu.

Advertidos por la severidad de su tono, los muchachos atendieron serios a las palabras de Gaeden.

—Lo sabemos, maestro —asintió convencido Hirvalmer.

—No lo dudo, pero hasta que la investidura llegue haced introspección y preparaos con humildad. Ahora id a asearos y acudid puntuales al comedor —se despidió de ellos recuperando la sonrisa.

De nuevo a solas, Hirvalmer y Miriek recogieron las armas y a través del portón enfilaron el largo corredor hacia el ala de las celdas.

—El camino ya termina —proclamó satisfecho el joven Veriemgor—. Enhorabuena.

—Dámela cuando vista el blanco —respondió el otro algo circunspecto.

Miriek dejó escapar un largo suspiro y lo miró con media sonrisa.

—No tienes arreglo.

Hirvalmer se encogió de hombros y continuó el camino en silencio.

—Y por cierto —dijo pasados unos instantes—, mañana volveremos a combatir; esta vez sin engaños.

—Lo siento, pero no —contestó Miriek sin perder el buen ánimo—, ¿no has oído al maestro? Mañana es tiempo de reflexión.

—Me lo debes —insistió más serio.

—No, Hirvalmer, te he vencido y ya está.

El hijo de la regente negó contrariado, pero desistió, y durante el resto del paseo hasta las celdas su humor fue mejorando gracias a la distendida charla de Miriek.

Una vez aseados y vestidos con las sayas grises de aprendiz, los dos jóvenes acudieron al comedor, donde todos los Ukkrim y discípulos se reunían en comunidad. Como era obligado, comieron en completo silencio sentados en largas mesas corridas, mientras un hermano leía desde un púlpito oraciones y textos sagrados.

Terminado el almuerzo, todos asistieron al primer oficio de la tarde, que como el resto de los que se celebraban a lo largo del día tenía lugar en la gran capilla del Vùsur. El viejo edificio había sido reconstruido tras la Guerra del Mago Negro gracias a la devoción de los caballeros Ukkrim, que aprovecharon cuanto pudieron de sus ruinas para levantar de nuevo sus sólidas bóvedas y sus recios muros.

Terminada la ceremonia, los aprendices disponían por fin de unos momentos de solaz antes de quedar de nuevo al servicio de sus maestros. Algunos aprovechaban para meditar en sus celdas o leer en cualquiera de las bibliotecas, pero la mayoría prefería pasear por los jardines y charlar distendidamente. En aquella cálida tarde, además, muchos de los que iban a ser presentados a la investidura estaban deseosos de compartir con los demás su alegría.

Sentados junto a las arcadas de piedra que envolvían la recogida floresta, Hirvalmer y Miriek departían bienhumorados con otro de los aprendices, Velem del linaje de los Degorar, quien como ellos celebraba el reconocimiento de su maestro.

—¿Sabéis qué es lo que más me ilusiona de vestir el blanco? —preguntó con ligereza el muchacho apartándose de la frente los lacios mechones oscuros—. Olvidarme por fin de esta horrible saya gris... No, en serio —insistió ante la risa de Miriek estirándose despreciativo las amplias mangas—, la sobrevesta impone respeto, pero esto...

—Se supone que ha de enseñarnos humildad —comentó Hirvalmer con una sonrisa de compromiso.

El joven Veriemgor lo tomó amistosamente del hombro y como si fuera a

hacerle una confidencia bajó la voz:

—Reconoce que no es precisamente lo que gusta en la corte.

—¡Vete a saber! —dijo Velem—. En palacio hay mujeres de gustos peculiares... De veras, sé de lo que hablo —afirmó ufano codeando a Hirvalmer, que se limitó a enarcar las cejas.

—Me lo creo si ha sido tu cara lo que las ha conquistado —replicó divertido Miriek.

El muchacho de pelo negro torció el gesto y fingió una risa.

—Quizás deberíais ser un poco más prudentes: no creo que esos sean los comentarios que quieren oír los maestros —dijo Hirvalmer.

Velem soltó una carcajada.

—Soy heredero de una de las Casas más importantes de Kromtar, he de pensar en mi descendencia tanto como en Khur —miró a Miriek con complicidad.

—Tiene razón, nosotros tenemos ciertas obligaciones —afirmó este casi con tristeza—. Tú sin embargo podrás avanzar en el camino de Khur y tomar tantos votos como quieras.

Hirvalmer frunció el ceño.

—Yo soy el único sucesor de mi linaje...

—¡Oh, sí! —rió sarcástico Velem—. ¡Una gran responsabilidad, ser el heredero de los Valar!

El hijo de la regente lo observó unos instantes con las mandíbulas apretadas, esforzándose por ocultar su ofensa.

—No le hagas caso, solo está bromeando —intervino conciliador el joven Veriemgor—. ¡Ah! Mirad quiénes van por ahí.

Ahesshaye e Ignar paseaban a la sombra de los manzanos charlando animadamente. Velem bufó, pero los discípulos de Gaeden los invitaron con gestos a acercarse.

—Creo que debo daros la enhorabuena —saludó sonriente la muchacha cuando llegó hasta ellos—; he oído que estaréis en la investidura.

—Así es. Enhorabuena a vosotros también —dijo Miriek.

—Gracias —contestó Ignar, que parecía un tanto cohibido.

Velem desvió la vista con desagrado.

—Mestizos y plebeyos vistiendo el blanco... —murmuró.

Ahesshaye clavó en él una mirada cargada de desprecio, pero pronto se volvió hacia Hirvalmer y su gesto se relajó.

—¿Y tú? Me sorprende verte tan callado —comentó sentándose junto a ellos.

—Está así desde que Gaeden nos dio la noticia esta mañana —respondió Miriek por él—. Cualquiera diría que el maestro le ha hecho una faena con su reconocimiento...

—Ni mucho menos —se defendió el muchacho—. Simplemente... Casi me parece mentira que después de tantos años tal vez en dos días vista el blanco.

—¿Tal vez? —se rió Velem—. Todo está hecho ya; la ceremonia es una mera formalidad.

Ahesshaye arqueó una ceja.

—Sigue pensando así y quizás te lleves una sorpresa...

—Puede que tu reputación y la del granjero hagan dudar al Gran Maestro —esbozó media sonrisa arrogante—, pero yo... Todos en la orden saben de la nobleza de mi sangre.

—¿Reputación? —la muchacha soltó una carcajada desafiante—. Es de tu siesta durante las prácticas de lo que todo el mundo habla. He estado fuera, Velem —continuó al ver la rabia en los ojos del otro—, pero incluso yo sé que a Vor le bastó un solo golpe para hacerte dormir durante horas. ¡Menuda nobleza de sangre!

—Sucia tudan-shalita... —masculló el muchacho poniéndose en pie—. Si la orden mantuviera algo de dignidad Vor estaría fuera y tú con él.

Lejos de arredrarse, Ahesshaye se levantó a su vez y lo encaró retadora.

—A mí un perverso que colecciona cortesanas no me llama sucia.

Ignar la cogió del brazo, pero ella se liberó de un tirón. A un lado, Hirvalmer asistía atento a la discusión, dispuesto a intervenir, mientras

que Miriek los miraba divertido.

—¡Qué valor tienes! —replicó Velem con el desprecio pintado en la sonrisa—. Tú, que eres fruto de los vicios de tu padre en puertos extranjeros...

—¡Asqueroso bastardo! —dijo furiosa alzando la mano, pero Ignar se interpuso entre ellos y la apartó un tanto.

—No merece la pena, Ahesshaye.

Velem soltó una risilla.

—Seguro que con él practicas el oficio de tu madre; así es como las brujas de Shalar manejaís a los hombres...

Ignar se volvió hacia él con el gesto crispado.

—Retira eso.

—¿O si no, patán?

—Velem... —intervino Hirvalmer.

Pero antes de que pudiese hacer nada Ignar descargó un fuerte puñetazo en el rostro del joven Degorar, que cayó desorientado hacia atrás. Ahesshaye y Hirvalmer intentaron sujetar al de Särer, pero logró zafarse de ambos y se abalanzó sobre Velem.

—¡Insúltala ahora, malnacido! —gritó golpeándolo de nuevo.

—¡Quitádmelo de encima! —chilló el otro intentando cubrirse.

Con ayuda de Hirvalmer, Ahesshaye consiguió hacer a un lado al muchacho, que aún se revolvía rojo de rabia.

—¡Ignar, déjalo!

Velem se levantó rápidamente con la boca ensangrentada y Miriek lo alejó unos pasos.

—¡Vuelve aquí, cobarde! —exclamó el de Särer forcejeando para liberarse.

—¡Ya basta, Ignar! —le rogó la chica con la voz llena de angustia.

Sus ojos rojizos saltaban de su amigo al grupo de aprendices que se habían acercado, entre los que avanzó a grandes zancadas un fornido



Ukkrim de duro rostro barbado y melena rala que sin mediar palabra agarró a Ignar de la pechera y se lo llevó a rastras.

Hirvalmer, Miriek y Velem lo contemplaron temerosos, pero Ahesshaye fue tras él.

—Maestro Garkos...

—Tú quieta ahí —le ordenó sin volverse siquiera.

La tudan-shalita vaciló un instante, pero tan pronto el Ukkrim abandonó el jardín a través de una pequeña puerta llevando consigo a Ignar, salió corriendo tras ellos.

—¿Se puede saber qué ha sido eso?! —increpaba Garkos al muchacho en el estrecho corredor.

Con el rostro todavía congestionado, el de Särer apenas se atrevía a mirar a los ojos de su maestro y parecía no saber qué decir.

—Él no ha tenido la culpa —intervino la chica acercándose tímidamente.

—Silencio.

—Maestro, solo defendía a Ahesshaye de ese bastardo... —dijo Ignar.

—¿A golpes? —inquirió con dureza el Ukkrim—. ¿Eso es lo que has aprendido? ¿Después de tantos años sigues queriendo solucionarlo todo a puñetazos?

—Velem me provocó y yo le respondí —insistió la muchacha—. Ha sido culpa mía.

—¡Me da igual cómo empezó! —replicó Garkos—. ¿En qué demonios pensabas, Ignar? Te he dicho mil veces que la orden te valoraría con más dureza que a nadie, que el más mínimo tropiezo bastaría para cerrarte las puertas del Vüsur —meneó la cabeza entre decepcionado e incrédulo—. ¿Cómo has podido ser tan estúpido? Y con el hijo de Kuser Degorar, nada menos.

Ignar, con la tensión asomando en su agitada respiración, le aguantó la mirada.

—Lo siento, pero las diga señor o vasallo hay cosas ante las que uno no puede quedarse quieto.

Garkos alzó el mentón y lo observó muy serio durante unos instantes que

a Ahesshaye se le hicieron eternos.

—Me alegro de que estés tan satisfecho contigo mismo —dijo al fin—, porque no voy a presentarte a la investidura.

La muchacha sintió que se le paraba el corazón.

—¡Maestro, no puedes...! —intentó detenerlo cuando ya se disponía a salir de nuevo al jardín, pero el Ukkrim la hizo a un lado y cerró con un portazo.

La tudan-shalita se volvió hacia Ignar, que con la vista clavada en las losas del suelo parecía haberse quedado congelado. La culpabilidad roía las entrañas de Ahesshaye, pero nada se le ocurrió para confortar a su compañero.

—Lo siento mucho... —habló por fin poniéndole una mano en el hombro.

El muchacho asintió, y dándole la espalda se alejó por el corredor.

## Capítulo 4

### CAPÍTULO 3

Tras su ajetreada llegada, Iemnêril había agradecido aguardar cómodamente sentado en una tranquila sala a que el maestro Esthen Valar lo recibiera, pero transcurrida toda la tarde la espera comenzaba a hacerse demasiado pesada y ya no sabía en qué ocupar su mente. Había hojeado varias veces cada uno de los libros que poblaban la pequeña estantería, y tanto tiempo había pasado recreándose en la magnífica visión de la ciudad desde la ventana que creía conocer todos los tejados de memoria. Ahora, harto e impaciente, paseaba de un lado a otro tratando de distraerse.

Al llegar a la Torre de Vântur, un sirviente lo recibió en el gran vestíbulo y a través de un corredor de altas bóvedas lo condujo hasta un enigmático salón con cuatro puertas. Cruzaron una de ellas y fueron a parar a un nuevo vestíbulo, ricamente decorado con columnas adosadas a los muros de veteados mármoles, del que arrancaba una escalinata; al acercarse a uno de los amplios ventanales descubrió admirado que se hallaban de pronto en lo alto de la torre, pero apenas pudo contemplar la vastedad de la ciudad a sus pies cuando el sirviente le instó a seguirlo escaleras arriba. Por fin, tras ascender unos cuantos pisos, lo hizo pasar a la pequeña cámara donde tediosamente había aguardado hasta la caída del sol.

Al fin en la Torre de Vântur tras un año de viaje, saber que el hombre que podía tener la llave a las respuestas que buscaba estaba al final del pasillo hacía que la espera le resultara insoportable.

La única explicación que un secretario le había dado era que el Maestro Mayor se encontraba ocupado en importantes estudios, y el ahîr no podía sino preguntarse con creciente impaciencia qué era lo que mantenía a Esthen Valar tan absorbido como para tener aguardando durante horas a un visitante venido de muy lejos.

Todo cuanto Iemnêril podía hacer era rezar para que no hubiera olvidado que debía recibirlo, pues ya su maestro Mnaide el Longevo le había hablado de la facilidad con que el anciano se abstraía de todo mientras investigaba. Su mentor y el gobernante de la Nasis dza Vântû habían compartido estudios en su juventud, y una amistad que se mantenía pese a la distancia y el paso de los años. Cuando el ahîr le comunicó su intención de viajar a Khurammar, Mnaide le advirtió de que tal vez encontrara dificultades para reunirse con Esthen, pues no se caracterizaba

precisamente por un temperamento afable; sin embargo, le dijo también que su aguda inteligencia y su sabiduría lo ayudarían sin duda en su búsqueda.

Eran esas cualidades las que habían llevado al anciano a ser uno de los magos más reputados del mundo y el gobernador de la Nasis dza Vântû; un trabajo nada grato, pues si bien el Pacto de las Ocho Torres pretendía custodiar la tradición mágica naushita al margen de reinos, razas y pueblos, la Torre de Vântur no solo no estaba oculta a los ojos de los hombres sino que además se había encontrado siempre especialmente unida al devenir de Kromtar.

Ese delicado equilibrio entre el Pacto y el reino que Esthen debía mantener fue puesto a prueba hacía veinte años, cuando el regreso de Nezheris Bærentar amenazó tanto a las Ocho Torres como a Kromtar y el anciano no dudó en defender Khurammar, movido por su deber como guardián de los secretos de la Nasis dza Vântû y por su condición de kromtariano.

Por lo que Iemnêril sabía, la situación de Esthen Valar terminó por ser aún más comprometida tras la guerra, pues su propia sobrina, Nivenair Valar, se convirtió en regente del reino y él, sin abandonar su lugar en la torre, fue un pilar fundamental en la pacificación y la restauración de Kromtar. Algunos miembros del Pacto recelaron de él por esa doble lealtad, pero nadie se atrevió realmente a cuestionar a uno de los mayores héroes de la Guerra del Mago Negro, capaz de enfrentarse personalmente a Nezheris Bærentar y sobrevivir.

El ahîr no podía pensar en nadie mejor para ayudarlo en su investigación, y se sentía verdaderamente afortunado ante la posibilidad de entrevistarse con él.

Por fin el silencio de la penumbrosa sala se rompió cuando en el oscuro umbral de la entrada asomó el rostro cansado de un siervo.

—El Maestro Mayor os espera. Acompañadme, por favor.

Iemnêril sonrió ampliamente y lo siguió por el largo pasillo hasta una puerta de madera noble a la que el criado llamó antes de abrir. Con un gesto lo invitó a pasar, y haciendo una leve reverencia se marchó cerrando tras de sí.

—Disculpad la tardanza —habló Esthen. Vestía una sobria túnica azul oscuro ceñida con un fino cinturón, y con las manos cruzadas a la espalda lo observaba valorativo desde el otro lado de un escritorio de roble.

—No os preocupéis, maestro. Ha sido una amena espera entre lecturas

—mintió el ahîr con gentileza.

—Sentaos —le pidió el anciano haciendo lo propio.

Pese a que aparentaba la edad que tenía, transmitía una inquebrantable firmeza. Alto y delgado, su rostro era enjuto, de nariz aguileña y labios finos enmarcados por una perilla tan blanca como el cabello. Las arrugas rodeaban unos penetrantes ojos azules y una larga cicatriz, testimonio de su resistencia ante el Mago Negro, le surcaba la mejilla izquierda.

A Iemnêril se le ocurrió pensar que aquel austero despacho era una clara expresión del carácter de su dueño.

—Os estoy enormemente agradecido por dedicarme vuestro tiempo —dijo con cierta timidez—. El maestro Mnaide os manda saludos.

—¿Cómo se encuentra?

—Aunque nota el paso de los años no merma su buen humor.

—Me alegra saberlo —respondió el anciano sin variar su seria expresión—. Perdonad, pero no me han informado de vuestro nombre.

—Iemnêril T'athleren —le hizo saber amablemente.

Esthen frunció de pronto el ceño y sus ojos escrutaron al ahîr con frialdad durante largos instantes.

—¿Cómo habéis dicho? —preguntó áspero.

El halamneida se removió sorprendido e incómodo en el asiento.

—Iemnêril T'athleren —repitió sin comprender.

—He escuchado antes ese apellido... —comentó en un tono que al ahîr le sugirió cautela.

—Mi familia tuvo cierta relevancia en Halamnei —respondió tratando de no parecer presuntuoso—. Tal vez oyeráis hablar de ella.

—Tal vez... —sin apartar los ojos de él, el anciano se reclinó en su butaca—. Decidme, ¿en qué podemos servirlos la torre o yo?

Incapaz de sacudirse la turbación, Iemnêril desvió la vista e intentó centrarse en el motivo de su visita.

—Veréis, tengo fe en que los particulares recursos de la Torre de Vântur puedan ayudarme con la investigación en la que estoy sumido desde hace

cinco años...

—¿Cuál es el asunto de esa investigación?

—El discípulo más brillante de Mnaide robó de la biblioteca de la capital un libro relacionado con ciertos sucesos que las autoridades de Halamnei temen que puedan repetirse —el ahîr carraspeó y se arregló los pliegues del fino sobretodo—. El maestro Mnaide me encargó hallar a su discípulo y recuperar el libro.

—¿Conocéis vos al ladrón?

—No —mintió.

—Ya veo —el anciano agudizó los ojos—. ¿Qué podéis decirme del libro?

—Su historia es triste y compleja. Está unida al maestro Tnaidal Aelerei, llamado el Loco desde que en el curso de unas festividades iniciara un incendio en un templo que acabó con la vida de decenas de personas. Pero los hay que creemos que lejos de estar loco fue víctima de lo que esconde ese libro.

Esthen arqueó una ceja.

—En efecto parece el acto de un demente; muy atrevido es culpar de ello a un libro.

—Así puede parecer, es cierto, pero las noticias del suceso hablan de un hombre que en nada recordaba al que fuera un reputado mago de Halamnei, y no me refiero solo a su comportamiento: las crónicas lo describen con una extrema palidez y unos ojos llamativamente oscurecidos —Iemnêril miró al anciano con gravedad—. El maestro Tnaidal cambió, y algo hubo de operar ese cambio.

—El libro —supuso el Maestro Mayor.

—Es lo que yo creo. En los inventarios de la biblioteca se dice de él que engastado en su cubierta hay un cristal negro y opaco "como nunca el ojo vio".

El anciano frunció interesado el ceño.

—¿Y qué capacidades le atribuís a esa piedra?

—No lo sé —admitió—, pero todas las noticias concuerdan al decir que mientras el maestro Tnaidal tuvo en su poder el libro mostró unas sorprendentes habilidades mágicas que le valieron en un principio no poco

reconocimiento.

—Entonces, ¿es una suerte de grimorio?

—Esa es una pregunta que me he hecho muchas veces, pues no he llegado a saber si Tnaidal encontró el libro con la gema o si halló primero la gema y después redactó los conjuros que contiene el libro. Yo me inclino por lo primero, pues resultaría absurdo que el maestro provocara su propia degeneración.

—A no ser que fuese intermediario de un poder superior a sí mismo  
—aventuró el Maestro Mayor.

El ahîr se estremeció, pues hasta entonces no había contemplado esa posibilidad.

—Puede ser —respondió tras unos instantes meditabundo—. En cualquier caso, el libro tiene poder y ha sido robado.

El anciano maestro lo observó en silencio largo rato para sumirse después en sus cavilaciones. Tenía la mirada perdida en los papeles que poblaban su mesa, y con un dedo se acariciaba la profunda cicatriz de la mejilla en un gesto inconsciente que Iemnêril supuso fruto de la costumbre.

—Es un asunto bastante complejo —dijo al fin—. Pero no veo en qué puede ayudaros esta torre.

—Acudo a la sabiduría de la Nasis dza Vântû para intentar comprender el poder del libro y sus efectos. Creedme cuando os digo que es algo realmente especial; de hecho estoy completamente seguro de que pertenece a una tradición mágica desconocida —Esthen enarcó escéptico las cejas, pero el ahîr ignoró una reacción a la que comenzaba a habituarse—. Os lo aseguro, no tiene nada que ver con la magia que practicamos los ahîra ni con la que custodia el Pacto, y no he encontrado nada similar en las demás tradiciones de los hombres.

—¿Tampoco en la tihughanesa o la tūradora? —preguntó el anciano apoyando los codos sobre la mesa algo más interesado.

El ahîr negó con la cabeza.

—Nada, ni siquiera en la magia maldita de los Hijos de Yadh. He estado en Tnaihunei, en Tūrada y en las ciudades libres de Skattahan, y he visitado las Torres de Âcorur y Damæntur... La magia del libro es completamente diferente a todas.

Los labios del anciano se curvaron en una sombra de sonrisa.

—Disculpadme, pero me resulta difícil de creer —se reclinó de nuevo en su asiento—. Imagino que habéis venido a plantear vuestras dudas a los antiguos maestros naushitas... —dijo casi con aburrimiento.

Iemnêril se recordó a sí mismo que aquella entrevista era una oportunidad única y que debía ser delicado al presentar su petición.

—Así es, pero habéis de saber que he consultado ya manuscritos naushitas en otras torres y no he obtenido respuestas. Lo que deseo es acceder a las investigaciones menos escrupulosas de los sabios del Imperio Esmeralda...

—Los fondos secretos —el Maestro Mayor lo observaba con severidad, de pronto extrañamente lejano al otro lado de la mesa.

—Soy consciente de que es una petición inusual, pero os garantizo que me guía un buen propósito —insistió con cautela el ahîr.

—Os equivocáis. Es habitual que muchos vengan pidiendo lo mismo que vos; lo inusual es que se lo concedamos, pues la mayoría lo hacen movidos por una vacía ambición de poder y conocimientos.

El halamneida agudizó intrigado los ojos. No creía haber dado a Esthen la impresión de ser un mago avaricioso, y algo le hacía suponer que era otro el motivo por el que desconfiaba de él.

—Puedo aseguraros que lo único que pretendo es averiguar qué extraña magia está detrás de las fórmulas de ese libro.

—Y decidme, ¿exactamente cómo os ayudaría eso a encontrar al ladrón? —preguntó el anciano. Iemnêril meneó desconcertado la cabeza y Esthen se inclinó de nuevo sobre la mesa en un ademán casi explicativo—. Creo que conocéis al ladrón, y que estáis más preocupado porque puedan operarse en él los mismos cambios que enloquecieron al maestro Tnaidal que por recuperar el libro. No habéis llegado aquí siguiendo el rastro del criminal sino buscando respuestas. No queréis comprender esa magia y sus efectos para obtener su poder, en eso me parecéis sincero, lo que me hace pensar que es para combatirla, pues por la manera en que habláis de ella me da la impresión de que ya la habéis padecido —con el gesto grave, clavó sus penetrantes ojos azules en los del ahîr—. ¿Quién robó el libro?

El halamneida no pudo sino asombrarse ante las certeras deducciones del Maestro Mayor, pero, consternado, negó con la cabeza.



—Lo lamento pero no voy a decíroslo.

—En ese caso no consultaréis los fondos secretos —con semblante inexpresivo, el anciano se puso en pie—. Ahora, si me disculpáis...

Iemnêril se levantó a su vez.

—Por favor, esperad —alzó nervioso una mano—. Tenéis razón, conozco al ladrón y me preocupa lo que pueda pasarle, pero por encima de todo pretendo encontrarlo y llevarlo de vuelta a Halamnei junto con ese maldito libro. He pasado cinco años investigando, los fondos secretos de esta torre son lo único que me queda.

Algo más indulgentes, los ojos de Esthen lo contemplaron durante largo rato.

—Respeto vuestras motivaciones, incluso vuestros secretos —habló al fin—, pero mi deber es velar por esta torre. ¿Cómo puedo permitir a un...? —pareció dudar un instante—. ¿Cómo puedo permitir a alguien que no es completamente sincero acceder a un saber que tantos codician?

El ahîr desvió desesperado la vista. No encontraba ningún argumento capaz de convencer al anciano.

—Confiad en mí —fue cuanto pudo decir mirándolo con franqueza.

El Maestro Mayor se apoyó en la mesa y masajeándose el entrecejo se sumió en una reflexión que al halamneida le pareció eterna.

Por fin hizo sonar una campanilla y tomó asiento de nuevo.

—Mi discípulo Darair os acompañará a los sótanos.

Con un suspiro de alivio, Iemnêril se dejó caer en su silla.

—No sé cómo agradeceróslo...

—Simplemente no hagáis que me arrepienta.

El ahîr asintió con una sonrisa.

—¿Puedo preguntaros algo? —habló un tanto dubitativo—. ¿Por qué habéis recelado al conocer mi apellido?

Esthen frunció los labios y alzó el mentón, tenso de pronto.

—¿Os dice algo el nombre de Velmnur?

—No —respondió desconcertado el halamneida.

—Bien —concluyó tras observarlo valorativo—. Dejémoslo así entonces.

□

La regente Nivenair atendía a los últimos coletazos de la discusión sentada a la larga mesa. Como todas las noches, se había reunido con la princesa Noseir y su preceptor Sarkaur para cenar en un pequeño salón del palacio, una acogedora estancia dominada por la calidez de la chimenea y decorada con algunos tapices de caza. Y, como todas las noches, su ansiado descanso se veía perturbado por un nuevo episodio del constante enfrentamiento entre la muchacha y su tutor.

—Y deberíais recordar cuáles son vuestros deberes —concluyó Sarkaur una dura admonición mirando severamente a Noseir.

—Cómo podría olvidarlos... —replicó ella con hastío.

—Estáis a punto de cumplir dieciocho años, ¿cuándo pensáis empezar a comportaros como una mujer adulta?

Bajo el fino ceño fruncido los gélidos ojos de la princesa se clavaron en los de su maestro.

—Cuando me dejes tranquila.

—Si hubierais estado dispuesta a aprender, si hubierais subido al trono cuando os correspondía, me habría marchado hace ya tiempo —respondió alzando el fuerte mentón barbado. No era un hombre joven, pero a pesar de la dureza de sus rasgos el oscuro cabello libre de canas y la viveza de su mirada hacían difícil aventurar su edad.

La muchacha desvió la vista con un bufido.

—¿Es que no puedes dejar pasar un solo día sin mentar el maldito trono?

—No. Es para lo que habéis nacido.

—¡Soy algo más que la princesa de Kromtar! —protestó ella.

—Hasta ahora, solo una estúpida niñata —afirmó sin titubeos el mentor.

Noseir, que estaba a punto de tomar un sorbo de vino, lo miró con ojos relampagueantes y apretó con fuerza la copa.

—¡Quiero que te marches del palacio! —exclamó lanzando contra el suelo el vidrio, que estalló en pedazos.

Sarkaur frunció los labios y se volvió hacia Nivenair con gesto pétreo. La regente apoyó la barbilla en una mano y suspiró. Se había propuesto hacer caso omiso a la discusión, pero le estaba resultando imposible.

Uno de los criados se acercó silenciosamente y tras recoger los restos de la copa la miró sin saber si debía restituirla. Nivenair asintió y le sonrió cansadamente agradeciendo su discreta labor.

—Podríamos dejar a un lado las tensiones y tratar de disfrutar de una cena tranquila —se decidió a intervenir, pacificadora.

—Intentadlo vos —respondió la princesa—. Yo preferiría cenar en las cocinas antes que aquí con vosotros.

La regente la miró un instante dudando si contestarle o ignorarla, pero fue Sarkaur quien habló finalmente.

—Mostrad respeto.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer —masculló Noseir.

Nivenair se abstrajo de nuevo y volvió la atención a su plato. En cualquier otro momento hubiera reprendido severamente a la joven, pero la organización de la Asamblea de Grandes Señores estaba conllevando días tan duros que decidió darse el privilegio de dejar que fuera Sarkaur quien se hiciera cargo. Sabía, además, que cuando el genio de la princesa se desbocaba no había manera alguna de hacerla entrar en razón.

En ocasiones echaba de menos los felices tiempos de infancia de Noseir, cuando, todavía lejanas las responsabilidades, compartía despreocupada sus días con los demás jóvenes que se educaban en la escuela palatina. A menudo la recordaba con cariño disfrutando de los jardines junto a su hijo Hirvalmer y Darair, el discípulo de Esthen, y entonces pensaba con amargura en lo mucho que había cambiado su carácter con el paso de los años.

Cuando Darair, Hirvalmer y los demás niños abandonaron el palacio para seguir sus propios caminos, Noseir se vio de pronto sola y bajo la estricta tutela de Sarkaur en un mundo cada vez más institucional donde la sombra del trono crecía inexorable. Al alcanzar la pubertad su

temperamento era ya ingobernable y ni siquiera la vasta sabiduría de Sarkaur pudo encauzarlo. Sus lecciones y consejos pretendían dar a Kromtar una buena reina, pero Noseir no era más que una joven inmadura de diecisiete años que siempre andaba distraída en asuntos menores y no era consciente de su situación, y cuando se le recordaban sus obligaciones reaccionaba con una desmedida indignación.

En realidad, Nivenair no entendía cómo Sarkaur no había cedido todavía aquel desafío a otros preceptores más valientes o más ingenuos, aunque no dejaba de ser cierto que en ocasiones era estricto en exceso, totalmente insensible tanto ante las airadas respuestas de la muchacha como ante sus penas y lágrimas.

El tiempo avanzaba ajeno a si la heredera estaba preparada o no, y mientras Noseir no ocupara el trono, Nivenair tendría que seguir gobernando en su lugar como llevaba haciendo desde que la última reina murió. Hacía ya casi dos años que la princesa debería haberse ceñido la corona, pero ante su evidente inmadurez y la desconfianza de los nobles la Asamblea de Grandes Señores, presidida por la propia Nivenair, decidió prolongar la regencia hasta que Noseir cumpliera dieciocho años. Y aunque ella misma fue su principal valedora, esa decisión prolongó también las pesadas obligaciones a las que se comprometió con la difunta reina Eveir al término de la Guerra del Mago Negro.

Una eternidad parecía alejarla ahora de los tiempos de juventud, cuando en la seguridad del Vüsur la sabiduría del rey Rubhar la guiaba junto a Gaeden y a Amark en el camino de la orden, cuando soñaba con dedicar su vida a Khur, cuando el inesperado regreso de Nezheris Bærentar lo cambió todo...

Todavía se recordaba corriendo por las calles de una Khurammar en ruinas, los escudos rotos y la sangre entre las piedras, el llanto de los niños que llamaban a sus padres muertos. Pero el recuerdo que aún la asaltaba por las noches, el que jamás podría llegar a olvidar, era el cuerpo sin vida de Asdur, inerte en el suelo de la sala del trono junto al cadáver del Mago Negro. Al verlo se arrodilló a su lado, le cerró los ojos y lo contempló largo rato. Pero no lloró. Para entonces ya había vertido todas sus lágrimas: por la guerra, por Rubhar, por Amark, por la vida que nunca pudo compartir junto a su hijo Hirvalmer y el que en aquel momento yacía a sus pies.

Cuando terminó la guerra tampoco pudo llorar: el reino estaba en ruinas, las grandes familias deshechas y la última reina muerta en el parto de su única heredera, y ella hubo de asumir la regencia de Kromtar, su reconstrucción y la tutela de la pequeña Noseir.

Si en su memoria aún se dibujaban con nitidez los recuerdos de la guerra, los años que vinieron después se sucedían con rapidez y confusión, y casi

sin darse cuenta había cumplido ampliamente los cuarenta, el hombre al que había amado no era más que huesos en una tumba y su único hijo ya no la necesitaba.

Nivenair estaba hastiada, cansada y ansiosa por recuperar lo que quedara de su vida. Deseaba por encima de todo asistir a la coronación de Noseir para poder abandonar al fin el gobierno, pero no lograba sacudirse el temor a verla convertida en una mala reina y sentía que de alguna forma su destino seguía unido al de aquella muchacha inmadura e irritante.

Dejó escapar un leve suspiro y se retiró un mechón cobrizo del rostro.

—Decidme, princesa —dijo tratando de romper el incómodo silencio en que llevaban un buen rato sumidos—, ¿os han terminado de hacer ese vestido azul que pedisteis?

Noseir la miró algo más relajada, e incluso se permitió sonreír.

—Esa tela palidecía a la luz y he ordenado que lo tejan en rojo. He elegido un paño finísimo de Kainor, deberíais verlo.

—Seguro que estaréis preciosa.

—¿Presidiréis con él la Asamblea de Grandes Señores? —preguntó Sarkaur con toda intención.

—No iré —respondió la joven con frialdad.

—Ya hemos hablado de eso. ¿Acaso tengo que repetíroslo?

—Sí, lo hablamos y dije que no iría. No hace falta que repitas nada.

—Alteza... —insistió ceñudo el mentor.

—Sarkaur —lo interrumpió Nivenair alzando la mano. Había pretendido iniciar una conversación agradable, pero puesto que el tutor prefería abordar un tema tan espinoso no le quedaba más remedio que tratar de encauzarlo—. Noseir, ¿no creéis que beneficiaría a vuestra causa presidir la asamblea que ha de poner fecha a la coronación?

—¿También tú, Nivenair? —protestó ofendida la princesa.

—Vuestro camino hacia el trono avanza lo queráis o no —se explicó con serenidad la mujer.

Noseir la miró con las mandíbulas apretadas y se levantó de improviso.

—¡Es imposible disfrutar de un momento de paz en este maldito palacio!  
—dijo antes de salir por la puerta entre el vuelo airado de su vestido.

Nivenair suspiró y bebió un trago de vino.

—Deberíais intentar ser más comprensivo con ella...

—Vuestra labor es enderezar el reino; la mía es enderezarla a ella  
—replicó secamente Sarkaur.

—Yo me comprometí a guiarla hasta el trono y es lo que voy a hacer —se defendió la regente.

—Lo lamento, pero vos nunca podréis comprender la naturaleza y la fuerza de mi compromiso con la corona.

—No intento hacerlo.

Sarkaur meneó la cabeza y se puso en pie.

—Entonces dejadme obrar y rezad un poco, pues me temo que con esta princesa va a hacer falta la ayuda de Khur. Que tengáis una buena noche  
—se despidió dejándola a solas en el salón.

Nivenair hubo de admitir que Sarkaur tenía bastante razón: no quería imaginarse a Noseir gobernando Kromtar, ni a Kromtar bajo su gobierno.

En los últimos tiempos se preguntaba a menudo si había realizado una buena labor con la muchacha y si en aquellos años sus decisiones la habían ayudado a crecer. Entendía por qué a veces el tutor era tan duro con Noseir, pero además de princesa era una joven de diecisiete años y no se podía esperar de ella que actuase como un experimentado gobernante. Para Nivenair, se había convertido en alguien muy cercano por quien sentía un sincero afecto que rozaba lo maternal, y a pesar de todos sus defectos la compadecía.

Su madre, la última reina, debilitada por la tristeza y la soledad murió al darla a luz. A través de su maestro, el rey Rubhar, la regente llegó a compartir con ella amistad en la juventud, y aunque la recordaba como una muchacha alegre y de inusual empatía, en los últimos años de la guerra la vio declinar y languidecer, pues perdió primero a su hermano, después a su padre y por último al hombre con el que acaba de casarse a manos del Mago Negro. Al mirar a Noseir, Nivenair reconocía a la reina en la boca amplia, que se curvaba en una luminosa sonrisa cuando en la despreocupada alegría más se parecía a su madre.

Su padre fue alguien muy distinto. La regente llegó a conocerlo bien, si es que algo así podía decirse de Amark Valhir, pues junto a Gaeden y ella

compartió el magisterio del rey Rubhar en el Vüsur. Como aprendiz era violento e indómito, pero una vez vistió el blanco se convirtió en uno de los más férreos defensores de Kromtar. Luchó en la guerra, asistió a la muerte del rey y puso a salvo a Eveir, la única superviviente del linaje de los Üngrar. La salvó, la protegió y finalmente la amó. Nivenair había creído que nadie podría llegar al corazón de Amark, pero la reina lo logró. Y sin embargo ni siquiera ella pudo retenerlo cuando el deber lo llamó una última vez y partió, sabiendo que nunca volvería, para recibir una muerte terrible.

Si había en la princesa un rasgo que evidenciara la sangre Valhir que corría por sus venas, además del pálido cabello rubio, eran sus ojos azules, gélidos en la distancia y fieros en la ira. Nivenair estaba convencida de que muchos de los problemas de Noseir eran fruto de aquel terrible temperamento norteño heredado de Amark al que tantas veces hubo de hacer frente en los tiempos de juventud.

Un siervo entró de pronto en el salón, y tras hacer una reverencia anunció desde la puerta:

—El Maestro Mayor ha llegado, mi señora.

—Que pase.

El anciano ingresó en la estancia y saludó con corrección a su sobrina antes de tomar asiento. Al instante un criado le puso delante un plato y una copa.

Esthen saboreó un trago de vino y miró a Nivenair con una leve aunque cálida sonrisa.

—Te veo cansada.

—Están siendo días difíciles... —admitió ella.

—¿La princesa de nuevo?

La regente asintió con un suspiro.

—Y la Asamblea de Grandes Señores... ¿Cómo estás tú?

El maestro se encogió de hombros.

—Como siempre —respondió rellenando las copas de ambos—. ¿De qué querías hablarme?

Nivenair bebió un sorbo de vino y se reclinó en la silla.

—Al parecer las cosechas van a ser mucho peores de lo que preveíamos, y según nuestros legados también en Tigur y Herthnara —dijo preocupada—. ¿Has podido averiguar a qué se debe?

—Creo que sí, y si estoy en lo cierto es grave —respondió ceñudo el anciano—. Al calcular el calendario celeste del año que entra descubrí la formación de un aspecto astrológico de singulares características: una gran conjunción de la que todavía no he logrado hallar precedentes. Es difícil de explicar, pero sospecho que puede estar afectando al mundo de diversas maneras.

Nivenair enarcó sorprendida las cejas y a su gesto asomó cierta angustia.

—¿La escasez es fruto del cielo? —dijo casi incrédula—. ¿Y cómo podemos evitar que nos afecte?

—No sé si podemos —declaró Esthen tajante.

—Pero, tío, la situación es cada vez más grave —protestó alarmada—. Bandidos tiguranos cruzan la frontera para saquear nuestras granjas, y si esto sigue así habré de endeudar al reino para comprar grano extranjero... ¿Qué consecuencias tendría para la estabilidad de Kromtar una carestía?

—Eso tendrás que tratarlo con tus consejeros —dijo tomando algunas fresas de una bandeja—. Pero creo que estás exagerando, por tus palabras cualquiera diría que nos debatimos en el caos.

—No lo sé, tío... —meneó angustiada la cabeza—. Todo está revuelto. En el norte se habla de grupos de dugurn que acechan los caminos, a los señores les preocupa la llegada de Noseir al trono, las tensiones en la frontera con Tigur van a más... Acabo de saber, incluso, que un monasterio en Kërmrah-Vour ha sido saqueado. ¿Y si los kromtarianos estuvieran perdiendo la fe?

—Qué tontería, probablemente fueron simples muertos de hambre.

—Destrozaron el templo, asesinaron a un monje y robaron una espada del tesoro —insistió con intensidad—. Un acto de semejante impiedad no puede ser obra de hombres hambrientos.

El anciano arqueó interesado una ceja.

—¿Es muy antiguo ese monasterio?



—No lo sé, ¿acaso importa?

—Puede. ¿Recuerdas el antiguo linaje de los Lagskark?

—Solo sé que su nombre se extinguió hace tiempo —respondió extrañada.

Esthen asintió.

—Wormar Lagskark acompañó a Tagskerk en su conquista de Naushie y él le entregó las tierras de Kërmrah-Vour como reconocimiento; allí, Wormar fundó numerosos monasterios en honor a Khur. Es posible que el monasterio atacado sea uno de ellos, y de ser así tiene miles de años.

Con el ceño fruncido, Nivenair observó impaciente al anciano.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—No sería extraño que durante todo ese tiempo hubiera acumulado un más que respetable tesoro. Me llama la atención que solo robaran una espada —miró significativamente a su sobrina—. Quienes asaltaron ese monasterio no pueden ser simples kromtarianos molestos con Khur. Creo que deberías atender bien este asunto.

La regente asintió tras meditar un instante.

—¿Quién ha podido hacerlo, entonces?

—Lo ignoro, pero sea quien sea sabía muy bien lo que quería.

□

A Iemnêril le costaba creer que Darair fuera verdaderamente el discípulo del maestro Esthen. No podía imaginar a dos personas más diferentes entre sí: frente a la sequedad, la rigidez y la gravedad del Maestro Mayor, el joven demostraba tal desenvoltura y cercanía en el trato que al ahîr se le antojaba más un cortesano que un mago.

Al poco de internarse en la estrecha escalera de caracol que descendía a los sótanos de la Nasis dza Vântû, el halamneida se había atrevido a preguntarle cómo llegaron a ser maestro y discípulo, y Darair no había tenido reparo en explicarle que poco antes de que la guerra terminara Esthen lo rescató de entre las ruinas de la casa de su familia y lo llevó consigo a la torre, donde pronto demostró prometedoras aptitudes para la

magia.

Ahora, pasados casi veinte años, el muchacho se había convertido en un talentoso mago y en el sucesor del Maestro Mayor. Sin duda debía de poseer notables capacidades si había llamado la atención de Esthen hasta el punto de formarlo personalmente y confiar en él para que se hiciera cargo del gobierno de la torre, pero Iemnêril no era capaz de verlo más que como un presumido galán: era bien parecido, de amplia sonrisa y cuidado cabello rubio, y vestía con tal refinamiento que parecía recién salido de una recepción en palacio.

—No habláis mucho —comentó de pronto rompiendo el silencio de la larga y penumbrosa escalera.

—Disculpadme —respondió el ahîr—. Estaba pensando.

Darair se volvió hacia él con una sonrisa.

—Maestro Iemnêril, no os ofendáis pero estoy acostumbrado a estos mutismos cada vez que acompaño a un visitante a los fondos secretos.

Al halamneida no le extrañó no ser el único al que le costara digerir que alguien de talante tan ligero tuviera la responsabilidad de custodiar los sótanos de la Torre de Vântur. Muchos acudían al maestro Esthen con la vana esperanza de acceder a ellos y él mismo había tenido que suplicar para poder consultarlos, mientras Darair, que no llegaba a la treintena, tenía el privilegio de entrar y salir cuando quisiera.

—No termino de entenderos... —mintió.

—Envidia —le explicó sin perder la sonrisa—. Algunos se sorprenden al ver que soy yo quien les abre la puerta a los sótanos.

El ánimo del ahîr se relajó un tanto.

—Lamento haber sido descortés, pero espero que podáis comprenderlo...

—Comprender la envidia de cuantos venís aquí es lo mínimo que puedo ofrecer —le restó importancia con un gesto de la mano antes de darle de nuevo la espalda para seguir descendiendo.

Iemnêril se dijo que tal vez estuviera juzgando al muchacho con excesiva dureza, pero le molestaba que el Maestro Mayor lo hubiese enviado para vigilarlo.

Las escaleras desembocaron al fin en un pequeño vestíbulo cuyas antorchas se encendieron de pronto cuando lo atravesaron para alcanzar

unas dobles puertas.

—Énus avises —pronunció Darair en naushita sin siquiera detenerse.

De inmediato, las dos pesadas hojas de madera se abrieron con un crujido para descubrir unas escaleras más amplias que comenzaron a iluminarse con el fuego verde de los hachones en los muros.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó emocionado Iemnêril.

El joven se echó a reír.

—Habréis de esperar un poco más. Acabamos de entrar en el Neidzurai, la escuela de magia de Naushie, o más bien lo que queda de ella.

—¿De veras?

—El resto de la torre fue destruido durante la conquista kromtariana, pero los cimientos sobrevivieron.

El ahîr paseó la mano sobre los pulidos sillares.

—Impresionante...

—En realidad lo impresionante es que sobrevivieran también los textos.

—Sobre todo teniendo en cuenta que los kromtarianos de aquel tiempo eran bárbaros salidos de las montañas... Con todos mis respetos.

Darair soltó una carcajada.

—Tenéis razón. Pero por fortuna Tagskerk el Grande no era un bárbaro cualquiera y supo escuchar a algunos naushitas que aceptaron el final de su imperio y lo aconsejaron en la conciliación de vencedores y vencidos.

—¿Y de todo el saber naushita quién decidió qué textos debían ser restringidos?

—Los primeros Maestros Mayores, pero tened en cuenta que la recopilación de manuscritos naushitas se alargó durante siglos aun después de la conquista.

—En confidencia... ¿Qué opina el Pacto de que sus maestros también encuentren trabas para consultar los fondos?

Darair se detuvo y durante un instante contempló valorativo al ahîr antes

de que los últimos peldaños los condujeran hasta un largo corredor.

—Siempre ha sido motivo de discusión. Pero, en confidencia, harían mejor callándose —dijo retomando el paso—. La Nasis dza Vântû es especial: fuimos los kromtarianos quienes sostuvimos la creación del Pacto, quienes amparamos esta torre y quienes nos esforzamos en preservar el saber naushita.

Iemnêril arqueó sorprendido una ceja. Parecía que el Pacto no era una institución tan cohesionada como pretendía aparentar.

De nuevo en silencio, siguió al joven mago por el oscuro pasillo hasta un arco cegado por una losa sin inscripción ni marca alguna.

—Sâ Darair. Yazhan æere dzanien ê êna aves —dijo el muchacho.

Tras un breve momento de espera la pesada piedra fue deslizándose a un lado con un profundo rumor hasta liberar el acceso.

—Hemos llegado —sonrió Darair invitando a pasar al ahîr con un gesto de la mano.

Los ojos de Iemnêril saltaron dubitativos hacia el kromtariano. Aquel podía ser el último umbral que hubiese de cruzar en su larga búsqueda.

Tomó aire y avanzó con decisión.

En cuanto atravesó el arco se vio envuelto en una profunda oscuridad que ni siquiera su dorada mirada inmortal pudo penetrar. Pero pasados unos instantes la estancia fue iluminándose con el prender de grandes antorchas de fuego blanco que desde la puerta hicieron avanzar la luz hasta el muro del fondo. Ante su maravillada vista quedó descubierta entonces una sala de altas bóvedas soportadas por gruesos pilares entre los que se disponían cientos de estanterías.

El halamneida comenzó a internarse boquiabierto para asomarse a los estrechos pasillos que quedaban entre las pesadas bibliotecas, contemplando en los anaqueles las apretadas hileras de volúmenes y legajos y preguntándose qué secretos contendrían sus páginas.

Al girarse de nuevo hacia la puerta topó con la sonrisa divertida de Darair, y un tanto azorado se obligó a recordarse a sí mismo que no era un niño impresionable sino un mago que había ido allí con un propósito muy claro.

—¿Cuántos...? —preguntó tratando de recuperar la compostura—.

¿Cuántos tomos se guardan aquí?

—Muchos —respondió el joven acariciando despreocupadamente los lomos de piel de una de las colecciones.

—Pero hay un registro, ¿no? —insistió el ahîr.

—Supongo.

Iemnêril comenzó a pensar que su actitud no era solo incómoda sino negligente.

—¿Cómo es posible que no manejeis un inventario? —dijo casi indignado.

Darair sonrió con condescendencia.

—No es necesario. Os lo mostraré —dijo avanzando hacia el interior—. Crónicas de la Herejía Viedær —pronunció en naushita alzando la voz.

De inmediato un hachón anclado a una estantería refulgió anaranjado, y poco después el joven volvió de allí con un ajado tomo en las manos.

—Solo tenéis que enunciar el tema de vuestra búsqueda —le explicó hojeando las ennegrecidas páginas.

—Está bien... —concedió el ahîr con cierto escepticismo—. Tradiciones mágicas que provocan corrupción y locura —habló en naushita hacia las bóvedas.

Como sucediera con la petición de Darair, varias decenas de hachones hacia el fondo del pasillo central tornaron su fuego del blanco al rojizo. Iemnêril se acercó presuroso seguido del kromtariano, pero al llegar a las estanterías comprobó decepcionado que se trataba de una amplia sección dedicada a las fórmulas más perniciosas basadas en Zhumhur.

—Esto no me sirve —murmuró meneando la cabeza—. Ya he consultado sobre la escuela de Zhumhur y no se parece a lo que estoy buscando.

—Deberéis ser más concreto, entonces —dijo el muchacho.

—Tradiciones mágicas que provocan corrupción y locura relacionadas con una gema negra —formuló alzando de nuevo la voz.

A la vuelta de una esquina algunas antorchas refulgieron, y al ahîr lo tranquilizó ver que en aquella ocasión no habían sido varias estanterías las señaladas sino solo unos cuantos tomos que sobresalían entre los demás.

Comenzó a consultarlos uno por uno, pero no tardó en descubrir que lamentablemente tampoco en ellos iba a encontrar nada útil, pues se referían a gemas encantadas y maldiciones propias de las tradiciones que ya había estudiado.

Negándose a perder la esperanza, y viendo que era más sencillo cuanto más concretaba, se dijo que debería afinar lo máximo posible con la información que tenía.

—Los que practican esta magia, como el maestro Tnaidal, llegan a sufrir cambios físicos: sus ojos se vuelven negros y su piel palidece como la de un muerto, y adquieren un gran poder de una naturaleza difícil de comprender.

El ahîr hubo de aguardar unos instantes en los que todos los hachones anaranjados se apagaron y para su decepción ninguno se encendió. Por un momento pensó que había cometido algún error en su descripción o que quizás había concretado demasiado, pero de pronto un sonido al fondo del estrecho pasillo lo sobresaltó: era el rumor de una antorcha encendiéndose.

Con paso rápido se dirigió hacia allí hasta que localizó el fulgor rojizo de la llama, y cuando lo alcanzó vio que era un único libro el que sobresalía de entre los demás. En su ajada cubierta podía leerse aún, en lengua naushita, un curioso título: Un canto sobre las Guerras del Fin.

Extrañado, y sin terminar de entender qué tenía aquello que ver con su búsqueda, lo abrió y observó lo que parecía ser un índice, y si el título ya lo había sorprendido, lo que leyó a continuación lo dejó completamente perdido. El libro se dividía en tres grandes capítulos denominados con los misteriosos nombres de Destrucción, Desesperación y Fin. Lo hojeó rápidamente y vio que se trataba de una obra en verso, probablemente un poema alegórico, y decepcionado lo dejó de nuevo en el anaquel.

Apoyando la espalda contra un pilar se masajéo el entrecejo esforzándose por pensar algún otro enunciado antes de rendirse al desaliento, aunque en su mente comenzaba a sobrevolar la idea de que tal vez tampoco en la Nasis dza Vântû iba a tener suerte.

El resonar de unas botas que avanzaban hacia él con paso vivo le hizo levantar la vista. Darair apareció tras una estantería con un voluminoso tomo en las manos.

—Creo que he encontrado algo. Vi cómo destacaba en la sección de Diarios del Neidzurai al formular vuestra última petición —se explicó acercándose a un escritorio para dejarlo a disposición de Iemnêril—. En el Neidzurai era preceptivo que toda investigación fuese presentada a los maestros para su estudio y cedida a los archivos para su registro; en

estos Diarios se conserva la mayor parte de esos registros, lo que los convierte en suculentas fuentes de conocimiento.

El ahîr tomó asiento ante el enorme volumen.

—Me va a llevar tiempo encontrar lo que busco dentro de esta minucia...  
—dijo mirando de soslayo al kromtariano—. Quizás tengáis cosas mejores que hacer.

Darair rió abiertamente.

—Si hemos encontrado un tomo entre miles creo que podremos encontrar algo entre unos cientos de apuntes. Gema negra —enunció en naushita.

Las hojas comenzaron a pasar frenéticamente ante los ojos de Iemnêril, que apartó impresionado las manos. Finalmente, el libro quedó abierto por una página titulada Informe del maestro Dzaeris Dzemonar sobre las investigaciones del discípulo Beleris Zhontar.

Tras saltarse los preámbulos de rigor, comenzó a leer en voz alta:

—“Me he visto obligado a requisar la gema negra que mi discípulo Beleris Zhontar estaba estudiando y que constituía la base de su investigación para alcanzar el grado de maestro. Ignoro cómo la obtuvo, pues se niega a decírmelo, pero por los perniciosos efectos que sobre él ha tenido, a saber: enfermiza tendencia a la soledad, profunda apatía y llamativa palidez, no me ha quedado más remedio que confiscarla para su estudio”.

Así concluía el testimonio del maestro, y tras comprobar que en las siguientes páginas no había nuevas referencias a la gema, Iemnêril ordenó ansioso:

—Muéstrame más.

Las páginas del libro comenzaron a pasar nuevamente ante él con rapidez hasta detenerse en una fecha seis meses posterior. El mismo maestro volvía a referir:

—“Solo han pasado unos meses desde que comenzara a estudiar la piedra y me da la sensación de que hayan sido años. Pese a mis esfuerzos no he logrado averiguar la naturaleza del material. Sé que no es una gema ni es un cristal, y para mi desconcierto no muestra ningún tipo de seña o marca que indique que ha sido trabajada por mano alguna aunque parezca estar tallada y pulida. Mis investigaciones también han sido del todo infructuosas al tratar de averiguar su posible origen, y solo puedo concluir que es muy antigua, quizás proveniente de las Eras Perdidas, aunque no puedo asegurarlo. De lo único que estoy convencido es de que tiene poder, pues yo mismo he sufrido los cambios que observé en mi discípulo

Belaris Zhontar, y solo mediante una permanente y agotadora concentración he logrado que no fueran definitivos. Ahora sé que esta piedra intenta comunicarse, aunque no por medio de palabras sino a un nivel tan profundo que no soy capaz de explicar. Por todo ello considero plenamente justificado ceder la custodia de esta abominable gema a la sabiduría de los Nueve Maestros del Neidzurai”.

El ahîr cerró el tomo y se recostó en la silla sin pronunciar palabra. Percibía la mirada expectante de Darair, pero no sabía qué decir pues tampoco sabía qué pensar, y en su interior se mezclaban contradictorias sensaciones. Por un lado estaba satisfecho de haber encontrado por fin información sobre un hecho tan misterioso, pero al mismo tiempo crecía en él la preocupación por el destino del discípulo del maestro Mnaide, pues el testimonio de Dzaeris Dzemonar demostraba que todo poseedor de una de aquellas gemas, si es que había más de una, se veía afectado de la misma manera que Tnaidal el Loco. En su corazón, además, comenzaba a anidar un profundo desconcierto, pues lo que había creído un suceso aislado podía estar presente en otras partes del mundo y en épocas tan antiguas como las Eras Perdidas.

—¿Y bien? —preguntó al fin Darair—. Esto sin duda os ayudará.

Iemnêril asintió quedamente.

—Aunque solo sea para darme cuenta de que es más complicado de lo que creía.



## Capítulo 5

### CAPÍTULO 4

El tímido sol de la mañana se colaba por el ventanuco de la celda de Hirvalmer, que sentado en una banqueta tenía la vista perdida sobre las páginas de un libro de oraciones. Hacía ya un rato que se preguntaba si Gaeden habría recomendado su lectura también a Miriek o si era solo a él a quien veía necesitado de una guía. El muchacho se creía preparado para la investidura, pero quizás el maestro había advertido en su comportamiento las dudas que en ocasiones lo asaltaban.

¿Qué era necesario para vestir el blanco? ¿Ser un buen combatiente, tal vez? Jamás había vencido a Miriek con la espada pero se contaba entre los más diestros de los aprendices. Amark Valhir fue un guerrero formidable pero en el Vüsur dejó una fama controvertida, mientras que Narken Tagrair, que no destacaba en la lucha, iba a convertirse sin duda en un gran Ukkrim. ¿Devoción y compromiso, entonces? Él se obligaba a asistir a todos los oficios cuando Ignar y Ahesshaye se ausentaban a menudo, y sin embargo no se consideraba mejor que ellos; y aunque su madre se vio obligada a dejar a un lado la senda de la orden, reconocía en ella la misma fe que animaba a los más devotos.

Quería ser un buen Ukkrim, pero no podía evitar sentir que le faltaba algo, que estaba lejos de sus compañeros más diestros, comprometidos o piadosos, que por mucho que lo intentara jamás podría llegar a ser como Gaeden, Amark o el rey Rubhar.

Hacía ya muchos años que decidió que ese sería su camino, ¿qué significaban entonces todas aquellas dudas, a apenas unas horas de la investidura? Le hubiera gustado saber si Miriek y los demás vacilaban aquel día como él, o si por el contrario solo en su corazón anidaba aquella zozobra.

Unos suaves golpes en la puerta lo hicieron volverse sobresaltado.

—Adelante —dijo poniéndose en pie.

En el umbral apareció la figura de su madre, ataviada con un sencillo vestido de terciopelo azul de largas mangas bajo un ligero manto más oscuro; como de costumbre, llevaba la melena suelta y algunos bucles

cobrizos le caían en cascada sobre los hombros.

—Buenos días, hijo —saludó entrando en la celda.

—Hola, madre. Siéntate, por favor —respondió Hirvalmer ofreciéndole la banqueta.

Nivenair tomó asiento y sonrió al contemplarlo.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? —no creía necesario compartir con nadie sus incertidumbres.

—Bastante atareada —dejó escapar un leve suspiro—, pero no he venido aquí para que me consueles.

—Ah, ya veo. ¿Y crees que soy yo quien necesita consuelo? —preguntó el muchacho con media sonrisa.

Nivenair enarcó las cejas fingiendo sorpresa.

—Viniendo hacia aquí me he encontrado con Gaeden —dijo intentando que sonara fortuito.

—Te lo has encontrado... —repitió escéptico Hirvalmer sentándose algo más serio en el catre. Detestaba la forma en que su madre lo trataba en ocasiones, como si aún fuera un niño del que estar pendiente.

—Me ha dicho que llevas varios días un poco nervioso.

El muchacho alzó la vista al techo y suspiró. A veces la antigua amistad que unía a Nivenair y al maestro Gaeden era todo un inconveniente para su autonomía.

—¿Y qué si lo estoy, madre? Esta noche tiene lugar la investidura, si no estuviera nervioso pecaría de arrogante —respondió esperando haber infundido suficiente seguridad a su tono.

La regente se lo quedó mirando en silencio, pero Hirvalmer pudo ver en sus ojos que había algo que dudaba en decirle.

—Hijo... —habló al fin inclinándose para tomarle la mano—. Si no eres investido esta noche no te atormentes y persevera en el camino. Khur tiene un plan para cada uno de nosotros.

El muchacho volvió la vista y se levantó con un bufido.

—¿De verdad crees que eso es lo que necesito escuchar ahora?

—Hirvalmer... —intentó intervenir ella con serenidad.

—¿Crees que me hace algún bien ver que incluso tú dudas de mí?

—Yo no dudo de ti —replicó su madre poniéndose también en pie.

—¡Pues claro que sí! ¿Acaso no te has oído? —exclamó clavando en ella sus ojos azules y apretando los dientes para contener las palabras que amenazaban con salir de su boca—. Perdóname —dijo sin embargo bajando la vista.

Para su sorpresa, Nivenair se acercó a él y le acarició la mejilla.

—Me recuerdas tanto a tu padre... —sonrió con calidez.

—No soy un niño —protestó, aunque no rechazó su gesto.

—Lo sé, pero soy tu madre y siempre me preocuparé por ti. Además —esbozó una aguda sonrisa—, en el fondo los hombres nunca termináis de crecer.

Hirvalmer arqueó sorprendido una ceja y sonrió a su vez.

—No creas que no me alegra verte —dijo besándola en la frente.

—Ya lo sé, hijo —se separó de él y le tomó las manos—. Lo que quería decirte es que esta noche has de entrar en el templo libre de toda carga e inquietud y aprovechar ese momento para encontrarte contigo mismo y con el dios —alzó la vista para mirarlo a los ojos—. Sé que estás preparado.

El muchacho percibió con alivio su sinceridad.

—Al fin y al cabo soy tu hijo...

—Y de Asdur de los Picos del Norte —Nivenair lo besó en la mejilla y se dio la vuelta para encaminarse a la puerta—. Estaría muy orgulloso de ti.

Hirvalmer sonrió para ocultar la emoción.

—Por cierto —su madre se detuvo en el umbral—, la princesa te envía recuerdos.

—¿Cómo está? —se interesó fingiendo ignorar su mirada pícara.

Nivenair se encogió de hombros.

—Ya la conoces.

□

Ahesshaye no recordaba haber dormido tan mal en toda su vida. No podía creer que Garkos hubiera decidido retirar a Ignar de la investidura; le parecía injusto y desleal con quien había sido su discípulo y protegido durante años, sobre todo cuando su única culpa fue defenderla a ella. Debería haber amparado a Ignar como había hecho el maestro de Velem, que sí iba a ser presentado, pero Garkos había tomado una decisión que lo salvaguardaba del juicio de los demás Ukkrim.

Jamás hubiera pensado que fuese un cobarde.

Estaba enfadada con él, consigo misma y con la orden. Ignar lo tenía todo para ser un gran Ukkrim y sin embargo preferían darle la oportunidad al hijo arrogante y estúpido de un ilustre linaje.

No podía ni imaginar lo que debía de estar pasando por la cabeza de Ignar... Después de toda la mañana preguntando por él en el Vüsur, por fin había sabido gracias a un sirviente que se encontraba solo en los jardines. Quizás no quisiera hablar ni siquiera con ella, pero le daba igual: mucho habían pasado juntos en la dura y larga instrucción como para abandonarlo en aquel momento.

Cuando salió a las arquerías de la recogida floresta la congoja la aguijoneó al verlo sentado a la sombra de un manzano con la mirada perdida, y por un instante dudó si perturbarlo, pero sacudió la cabeza y se acercó hacia él con paso decidido.

—Ignar... —dijo. Ni siquiera sabía cómo saludarlo—. ¿Te molesto?

El muchacho sonrió levantando apenas la vista.

—¿Cuándo me has molestado tú?

Ahesshaye suspiró y se sentó a su lado.

—Pensaba que quizás querías estar solo.

—No sé ni lo que quiero... —se lamentó—. Llevo aquí muchos años, pero una parte de mí mismo nunca llegó a creer que pudiese vestir el blanco. Cuando Garkos nos dijo que nos presentaría a la investidura sentí una satisfacción que no podría explicar. Y ahora esto...

La tudan-shalita lo miró compungida.

—No es justo.

—No sé si es justo o injusto y tampoco me importa mucho —se encogió de hombros—. No sé qué hacer ni qué pensar...

Ahesshaye se mordió el labio y apretó los puños. No era Ignar quien debería estar abatido y confundido, sino Velem.

—Voy a hablar con Garkos —decidió haciendo ademán de levantarse, pero el muchacho la cogió del brazo.

—No te escucharé. Y no quiero que te busques problemas.

—Bueno, entonces yo tampoco me presentaré a la investidura.

—¿Qué dices? No digas tonterías.

—Hablo en serio —replicó casi enfadada—. Tú lo dijiste: hay cosas ante las que uno no puede callar. Si vestir el blanco significa comulgar con esta injusticia, me niego a hacerlo.

Ignar la contempló muy serio.

—Te he visto esforzarte y sufrir día tras día para conseguirlo y no voy a permitir que lo tires todo por la borda.

Con un suspiro, Ahesshaye se dejó caer de nuevo para apoyar la espalda en el tronco del árbol.

—Pero tenemos que hacer algo... No quiero ser armada sin ti —no lo decía por decir: le resultaba impensable ingresar en la orden si no era junto a Ignar.

El muchacho sonrió con amargura.

—Si Khur ha decidido que sea así, por algo será.

—Yo tengo la culpa... —dijo con resignación—. Velem es estúpido y yo caí

en sus provocaciones.

—No fueron provocaciones, fueron insultos. Lo único que hiciste fue defendernos a los dos —se encogió de hombros—, ¿qué menos podía hacer yo después que devolverte el favor?

—Ignar... —se giró hacia él—, no importa lo que Velem dijera ni lo que haya decidido Garkos: eres un Ukkrim Ombhartur. Prométeme que perseverarás.

—Te lo prometo —el muchacho la miró agradecido—. Ojalá tú fueras el Gran Maestro.

Ahesshaye sonrió y cerró los ojos para dejar caer su cabeza sobre el hombro de Ignar. Disfrutando del susurro de la brisa y el canto de un jilguero en uno de los árboles, trató de hacer a un lado la frustración y la pena.

Unos pasos acercándose por el camino de tierra los hicieron volverse. Yarek saludó con la mano y se aproximó hasta ellos.

—¿Interrumpo algo?

—No, no... —respondió Ignar poniéndose en pie un tanto azorado.

—Narken me ha contado lo que pasó ayer. ¿Cómo estás? —se interesó con gesto más grave.

—Bueno... —el muchacho soltó un suspiro.

—¿Has vuelto a hablar con Garkos? Tal vez lo reconsidere.

Ignar se pasó una mano por el cabello rubio y lanzó una mirada a Ahesshaye.

—Tú no lo conoces... —dijo con media sonrisa.

La tudan-shalita pensó que quizás ellos tampoco lo conocían tan bien como habían creído, y a pesar de lo que Ignar le había dicho tenía muy claro que hablaría con él.

Yarek se mesó la cuidada barba castaña y meneó la cabeza.

—Entonces solo puedo recomendarte paciencia y perseverancia. Y... —pareció dudar—, si alguna vez, Khur no lo quiera, decidieses abandonar el Vüsur, avísame. Sería un orgullo para la familia Bairk tener a su servicio

a alguien como tú.

A Ahesshaye no la sorprendió el ofrecimiento de Yarek. Era heredero de un linaje casi tan eminente como el de los Degorar, pero en nada más se parecía a Velem.

—Gracias, de verdad. Pero creo que mi camino está aquí —respondió Ignar.

La campana llamó al almuerzo, y los tres se alejaron de los jardines sin apenas cruzar palabra. Ahesshaye comió al lado de Ignar, y estuvo también a su lado durante el primer oficio de la tarde, pero tan pronto la ceremonia terminó se despidió de él y abandonó apresuradamente la capilla: había visto a Garkos salir hacia el patio de los talleres y no pensaba dejar escapar la oportunidad de hablar con él.

Cuando se aproximó a través del pórtico lo encontró sentado en una banqueta ante la entrada de la fragua, charlando con uno de los herreros mientras limpiaba su coraza. La conversación debía de estar siendo animada, pues en las arquerías resonó la potente carcajada de Garkos, y Ahesshaye sintió que la rabia la empujaba a cruzar el patio.

—Me alegro de que estés de tan buen humor —dijo desafiante caminando hacia él.

El Ukkrim se giró para mirarla ceñudo.

—Cuida ese tono —le advirtió tendiendo la armadura al herrero—. Cámbiame esa hebilla, Baren.

—La tendréis lista en un momento —respondió el hombre entrando en la fragua.

—¿Cómo podéis hacerle esto a Ignar? —preguntó la muchacha.

—Si quieres explicaciones pídeselas a él. Yo no golpeé a Velem Degorar.

—¿Y ya está? ¿Nadie va a juzgar el comportamiento de esa lagartija?

—Lo que su maestro decida sobre él no me atañe.

Ahesshaye lo contempló sin ocultar su decepción.

—Has tomado la decisión más fácil deshaciéndote del campesino. Menudo Ukkrim... —masculló.

Garkos se puso de pronto en pie y la tudan-shalita dio un paso hacia atrás

al verse frente a la poderosa figura del enfurecido maestro.

—Óyeme bien: nunca se golpea a un hermano, y quien no sea capaz de entenderlo no tiene lugar en la orden —sus ojos castaños la contemplaron tensos—. Yo fui el primero en ver un Ukkrim en Ignar, y durante años el único. Esta decisión no es fácil para mí. Pero es la correcta.

Ahesshaye bajó avergonzada la vista, incapaz de mantener el peso de la mirada del maestro. Quizás la rabia y la impotencia la habían llevado a ser injusta con Garkos cuando probablemente él se sentía mucho más frustrado y triste que ella.

—Os pido disculpas, maestro —dijo alzando el mentón.

Garkos, sin embargo, soltó una risa seca.

—Una nueva generación de Dukark pidiendo disculpas por lo que su genio los ha empujado a decir... —murmuró tomando de nuevo asiento.

—¿A qué viene eso? —preguntó desconcertada.

—Tienes el maldito temperamento de tu padre.

—No —replicó sin pensar. Recordaba a Rërg como el hombre más hermético e insensible del mundo, y estaba segura de que no se parecía en nada a él.

Bajo la barba castaña de Garkos se dibujó media sonrisa.

—Mira, no lo veo desde que se fue a Shalar, pero sé que es un buen Ukkrim y un buen hombre.

Ahesshaye se cruzó de brazos.

—Sinceramente, no lo creo —dijo con frialdad—, y no puedo entender cómo llegó a vestir el blanco.

—Nosotros podemos creer como ciertas algunas cosas, pero la verdad solo la conoce Khur —respondió el Ukkrim tras un suspiro—. Hay aprendices considerados excelentes por todos a los que sin embargo el Gran Maestro no inviste porque Khur sabe que no serían buenos; otros que parecen malos son por el contrario elegidos —miró a la muchacha a los ojos—. Durante la ceremonia, el dios ve el fondo de los hombres.

La tudan-shalita guardó silencio. ¿Cómo la juzgaría Khur esa misma noche cuando descubriese en ella el rencor hacia su padre y los sentimientos



encontrados que la orden le despertaba?

—Dime, Ahesshaye —volvió a hablar Garkos—, ¿por qué es tan importante para ti que Ignar no participe en la investidura?

—No lo sé... —bajó dubitativa la vista. Tal vez al maestro no le gustara lo que iba a decir—. Creo que para mí los únicos hermanos de orden sois vosotros dos... No es lo que uno esperaría de un Ukkrim, ¿verdad?

Garkos sonrió.

—No, pero algo es algo.

—¿Vais a replantearos presentarme ahora?

—No.

—¿Y a Ignar?

El maestro negó con la cabeza.

—Pero saldrá adelante. Es un luchador —alzó la mirada hacia la muchacha—, como tú.

□

Cuando a última hora de la tarde Ichnen se decidió por fin a acudir a la plaza de Tagskerk el Grande, comprobó con fastidio que muchos otros se habían acercado también para ver la procesión de los Ukkrim Ombhartur. La multitud había atraído a juglares, danzantes y bufones que aspiraban a ganarse unas monedas hasta que las puertas del Vüsur se abrieran y se impusiera la solemnidad. En torno al ennerhadiense la muchedumbre se congregaba expectante frente al portón de la Casa de los Ukkrim mientras unos pocos se entretenían con los improvisados espectáculos y algunos peones comenzaban a encender las antorchas. Con el declinar del sol se dejaba sentir el frío de la última noche del invierno, y el pelirrojo agradecía haber cogido un manto con que cubrirse.

Había pasado la tarde de tabernas intentando dar con alguna pista del misterioso encapuchado que apareció el día anterior en la tasca de Gordo, pero en todas partes había terminado bebiendo cerveza con algún conocido. No era capaz de entender lo que sucedió y no sabía qué lo asustaba más: que fuese un mago o que lo hubiera llamado por su nombre. Se consolaba con la idea de que si quisiera hacerle daño podría

habérselo hecho en ese momento, pero los ojos amarillos que había visto bajo la capucha le daban muy mala espina. Solo había oído de unas criaturas que poseyeran semejante mirada: los aterradores Hijos de Yadh, malditos entre los ahîra.

Tal vez, en realidad, no había ido de tabernas para buscarlo sino para intentar olvidar un encuentro que lo llenaba de congoja y no le dejaba conciliar el sueño.

Mientras trataba de acercarse a los muros del Vûsur abriéndose paso entre la gente, se maldijo por no haber supuesto que muchos en Khurammar querrían asistir a una procesión que no se celebraba desde hacía más de veinte años. Si hubiera dejado la cerveza antes habría conseguido un buen sitio, pero hasta el último momento se había resistido a ver algo que, en el fondo, deseaba ver. Y ahora que ya había llegado estaba de tan mal humor que le apetecía marcharse.

Le molestaba que los Ukkrim hubieran congregado a tantísimas personas, que durante días no se hubiera dejado de hablar de ellos y que en fondas y tabernas los trovadores repitiesen una y otra vez cantares que recordaban sus hazañas. En realidad no sabía ni por qué había ido a la plaza. Quizás por la misma razón por la que conocía de memoria muchos de aquellos versos y escuchaba con disimulada atención a los veteranos narrar las gestas de los caballeros de blanco...

Cuando la muchedumbre ya no le permitió avanzar más se detuvo ante los portones del Vûsur, y suspirando amargamente se dijo que aquella noche él debería estar contemplándolos desde el otro lado.

No... La sobrevesta blanca no era más que una decepción del pasado; lo único que quería era encauzar su vida, sentir que caminaba hacia algún lado y abandonar la confusión y la frustración que parecían perseguirlo desde hacía meses.

Levantó el rostro al cielo y contempló las estrellas que comenzaban a asomar tímidamente. De pronto sintió un toque en la espalda y se giró sobresaltado temiendo encontrarse de nuevo con aquellos ojos amarillos.

A quien vio, sin embargo, fue a uno de los aprendices, Ignar, probablemente el único en todo el Vûsur que le merecía algo de simpatía. Parecía querer pasar desapercibido pues cubría la saya gris con un viejo manto.

—¿Pero qué haces tú aquí? ¿No deberías estar dentro? —preguntó sorprendido el ennerhadiense.

—Es una larga historia —el muchacho le palmeó el hombro, pero su mirada estaba puesta en las puertas, que seguían cerradas—. ¿Puedo

pedirte un favor?

—Supongo... —respondió Ichnen un tanto reticente—. Pero dime qué haces aquí.

Ignar suspiró y esbozó media sonrisa.

—Está bien: mi maestro me retiró ayer de la investidura.

—¿Por qué?

—Hice algo que no debía.

El pelirrojo soltó un bufido.

—Qué casualidad que seas tú el único plebeyo...

—No creo que eso tenga que ver —se encogió de hombros—: golpeé a un aprendiz.

Ichnen enarcó las cejas y sonrió maliciosamente.

—Ya, ¿y si lo hubiera hecho tu compañera, la tudan-shalita, estaría aquí fuera también? —comentó irónico.

Ignar le lanzó una mirada seria pero no dijo nada, y un chasquido metálico sonó de pronto cuando desde el interior del Vüsur liberaron los cerrojos de los portones, que comenzaron a abrirse pesadamente.

—No tengo tiempo, Ichnen, ¿vas a ayudarme o no? —dijo el de Särer.

—De acuerdo, ¿qué quieres hacer? —accedió tras dudar un instante.

—Llegar a la procesión.

—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó desconcertado.

El aprendiz sonrió y clavó los ojos en el estandarte de los Ukkrim Ombhartur, que asomaba ya tras las puertas.

—Que me abras paso.

—Hecho —dijo empezando a avanzar a empellones entre la multitud.

Más allá de las cabezas de los que tenía delante, la procesión salía lentamente a la plaza precedida por la enseña blanca de la orden, en la que las hojas de cinco espadas que representaban a los cinco primeros Ukkrim Ombhartur se cruzaban en su centro bajo el lema Khur luwai tur

he ir war escrito en la antigua lengua de Kromtar. A continuación, ataviados con hábitos blancos, caminaban el Gran Maestro Askar Kusdar y otros superiores portando las tablas fundacionales; tras ellos avanzaban los maestros seguidos de sus discípulos, vestidos con las sayas grises, y finalmente todos aquellos Ukkrim que no presentaban candidatos a la investidura.

Ichnen aprovechó el respetuoso silencio que había impuesto el cortejo, y que enmudecía cualquier posible protesta, para abrirse paso con mayor determinación mientras a su espalda Ignar lo apremiaba en susurros.

□

Cuando cruzó el umbral y salió a la plaza siguiendo el hábito blanco de Garkos, Ahesshaye sintió un instante de vértigo. No imaginaba que pudiera haberse congregado tanta gente para contemplar su camino hasta el templo, y de alguna forma aquello le hizo darse cuenta por primera vez de cuánto significaban los Ukkrim Ombhartur para los kromtarianos.

Sin embargo, la ausencia de Ignar lo volvía todo gris y lejano.

Por delante caminaban, detrás de sus maestros, Miriek y Hirvalmer, Narken y Yarek, Velem y Usor y Vor y Nedar; pero detrás de Garkos ella era la única aprendiz. Sabía que su mente debía estar centrada en cuanto estaba por venir, pero no podía alejar de sí una amarga sensación de soledad; sin el que había sido su hermano durante la larga instrucción la ceremonia ya no tenía sentido.

Mientras la procesión cruzaba parsimoniosa la plaza, la tudan-shalita se hizo consciente de que si aquella noche definitivamente era investida Ukkrim un gran abismo la separaría a partir de entonces de Ignar, y llena de congoja pensó que si salía del templo vestida de blanco tendría que afrontar una vida nueva, como se vio obligada a hacer cuando llegó en barco desde Shalar.

Quizás debía mentalizarse, centrarse en las próximas horas, que bien podían cambiarlo todo, y soltar amarras con el pasado, dejar atrás a Ignar y la frustración. Pero se sentía dolida y rabiosa, y ante todo impotente.

Entre el reverencial silencio que dominaba la plaza comenzó a alzarse un leve murmullo a su izquierda, y cuando volvió la atención pudo distinguir algunas protestas contenidas. De pronto, alguien surgió de entre la multitud y se internó en la procesión descubriendo la saya gris de los

aprendices del Vüsur al dejar caer al suelo un viejo manto.

El muchacho ignoró los susurros y las miradas asombradas y avanzó decidido hasta colocarse junto a Ahesshaye.

—Ignar... —acertó a decir, incrédula.

El de Särer se limitó a sonreírle.

—¿Qué estás haciendo? —masculló Garkos sin volverse.

—Lo que tengo que hacer —replicó su discípulo.

—Vuelve ahora mismo al Vüsur.

—No.

—Soy tu maestro. Obedéceme —insistió en un susurro tenso.

—Si hubiera obedecido a mi padre ahora sería un labriego, y si vos hubierais escuchado las recomendaciones de muchos aún seguiría en las calles —los ojos de Ignar saltaron un instante hacia Ahesshaye—. Sé que si entro en el templo Khur me elegiré, aunque todos los presentes me juzguen mal.

La tudan-shalita tragó saliva ante el silencio de Garkos, temiendo que terminara por volverse iracundo y echara por la fuerza al muchacho.

—¿Eso crees, Ignar? —preguntó al fin mirándolo severo de soslayo—. Golpeaste a un hermano; nunca se golpea a un hermano.

—Velem es solo un canalla; mi hermana es Ahesshaye y todo cuanto hice fue defenderla. Tú nos has enseñado a combatir la maldad sin dejarnos engañar por las máscaras tras las que se esconda.

Garkos meneó la cabeza, y la muchacha creyó escuchar una risa contenida.

—Muy bien —dijo cruzando las manos a la espalda—. Que sea Khur quien decida.

Con una sonrisa el de Särer se volvió hacia Ahesshaye, y cuando el cortejo comenzaba ya a ascender la gran escalinata del templo ella le tomó la mano y se la apretó con calidez.

Una vez cruzaron las puertas de bronce, la procesión avanzó por el gran vestíbulo columnado que recibía al recién llegado y lo preparaba para acceder al recinto sagrado. Al otro lado, el grueso muro se abría en un

arco monumental sobriamente decorado que otorgaba el paso al enorme espacio octogonal donde los fieles se congregaban en las ceremonias.

En la galería exterior, cubierta con bóvedas sobre austeros pilares, la tenue luz de las antorchas apenas permitía admirar la historia sagrada de Kromtar severamente tallada en los capiteles. En la segunda galería, más abierta y luminosa, los ojos inquietos de los aprendices pudieron contemplar, sin embargo, las imágenes del camino de virtud asociado a cada uno de los ocho aspectos de Khur y las nefastas consecuencias de su abandono.

La procesión llegó por fin al espacio central bajo la enorme cúpula, cubierta enteramente por un fresco que representaba la inmensidad del cielo estrellado, en cuya cúspide se abría un óculo a la noche de Khurammar sobre el gran altar.

El Sumo Sacerdote de Khur y un pequeño séquito aguardaban de pie ante el ara monolítica para recibir al Gran Maestro de los Ukkrim Ombhartur, que avanzó hasta ellos junto al estandarte blanco y los superiores de la orden. Tan solo la vibrante luz de un pebetero ceremonial iluminó un encuentro que no se producía desde hacía décadas.

A invitación del Gran Maestro, el Sumo Sacerdote descendió entonces las escaleras frente al altar para hablar a los maestros y discípulos que aguardaban todavía formados ante él.

—Hace algunos años temí no volver a ver esto nunca... —confesó con su débil voz de anciano—, pero Khur me ha dado vida para asistir una vez más a la llegada de nueva sangre a la orden —sus ojos pasearon por los rostros y las sayas grises de los aprendices—. Vosotros confirmáis la victoria de todos aquellos que pese a la adversidad y el odio creyeron y siguen creyendo. Las espadas de los Ukkrim siempre han protegido al fiel, pero es el juramento que esta noche estáis dispuestos a asumir lo que lo guía, pues señala dónde se halla la única verdad y es testimonio del compromiso con ella —esbozó una sonrisa cansada por la edad—. Durante esta larga vela oraré con vosotros pidiendo al dios que os ilumine.

Acompañado de su séquito, el anciano sacerdote se retiró tras el altar, y a indicación de sus maestros los discípulos fueron colocándose bajo la cúpula hasta formar un semicírculo ante el estandarte blanco de la orden. Muchos cruzaban miradas inquietas, y de pie se acomodaban una y otra vez en el sitio.

El Gran Maestro Askar Kusdar avanzó hasta el centro y los contempló en silencio largos instantes. Solo algunos de los aprendices se atrevieron a alzar la vista hacia el duro semblante barbado del veterano Ukkrim, cuyos

agudos ojos parecían estar ya juzgándolos.

—Esta noche la orden se reúne bajo las estrellas del cielo de Khur para acoger a nuevos hermanos por primera vez en veinticinco años —resonó en el interior del templo su profunda voz—. Y lo hacemos porque sigue siendo necesaria nueva sangre para las viejas obras. Nacimos en la guerra, cuando Tagskerk el Grande, Wormar Lagskark, Ergkärk el Fiel, Inkbhar el Joven y Servastar Margtur entendieron que debían desenvainar sus espadas para proteger del odio naushita a los kromtarianos. Vosotros aspiráis a ser sus herederos —sus penetrantes ojos recorrieron los rostros de los discípulos—. Vencimos la última guerra, pero otras habrán de venir mientras el mal siga hostigando a los justos y sembrando la duda en los fieles al camino de Khur. Estáis aquí porque aún quedan cosas por hacer.

El Gran Maestro calló entonces, y nada se escuchó bajo la cúpula excepto el crepitar del fuego. Pasados unos instantes se arrodilló en el frío suelo de piedra.

—Postraos ahora conmigo, honremos al dios y oremos juntos hasta el amanecer para que nos haga dignos de continuar con el camino que inició Tagskerk —los aprendices y maestros lo imitaron, y las voces de todos se unieron en un solo ruego—. Khur, señor del mundo, grande y eterno como el cielo, templa mi espíritu y mi voluntad hasta hacerlos de hierro...

Cuando los últimos ecos de la larga oración se hubieron apagado, el templo quedó de nuevo en silencio. Con el rostro vuelto hacia el suelo, Ukkrim y discípulos parecían sumidos ahora en una profunda meditación mientras el Gran Maestro, ya de pie, permanecía atento a cada uno de los jóvenes aspirantes. De vez en cuando cerraba los ojos y murmuraba en la antigua lengua, pero pronto volvía a escrutar a los aprendices.

De improviso el silencio se vio roto por el resonar de sus botas cuando se acercó hasta Narken, que con los brazos cruzados sobre el pecho ni siquiera se percató de que Askar estaba ante él.

—Narken Tagrair —habló el anciano Ukkrim—, levántate.

El joven norteño se puso en pie y aguardó respetuoso.

—Aún recuerdo cuando llamaste a nuestra puerta hace ya diez años —dijo el Gran Maestro con cierta calidez—. ¿Qué edad tenías entonces?

—Catorce, maestro.

—Llegaste con un viejo caballo y una cota de malla oxidada.

—Nada más me dio mi padre.

—Y sin embargo viniste, aunque él se opusiera.

—Nunca he buscado el prestigio entre los hombres.

Askar asintió, y bajo la espesa barba blanca pareció asomar una sombra de sonrisa.

—Arrodíllate —le ordenó, y posó la mano sobre su frente—. Bajo el cielo del dios y ante los ojos de los que serán tus hermanos, en nombre de Khur te elevo a la condición de Ukkrim Ombhartur desde este momento y hasta que Él te llame. Sea ahora como ha sido siempre por voluntad de Khur.

Tres Ukkrim se acercaron entonces portando la sobrevesta blanca, la medalla de la orden y una espada envainada. El Gran Maestro tomó la sobrevesta de manos del primero y vistió con ella a Narken diciéndole en la antigua lengua:

—Con esta prenda entras en la hermandad. Que Khur te haga digno de vestirla ahora y para siempre.

Hurer, Maestro del Libro, le mostró al muchacho la medalla, labrada con la insignia de la orden.

—Este es el signo consagrado que te distingue ante los hombres y te protege de las insidias del mal —habló también en kromtariano antiguo antes de colocársela al cuello.

Furgar, Maestro de la Guerra, desenvainó la espada ceremonial.

—Levanta este arma solo ante quienes lo merezcan y lamenta esa hora —dijo tendiéndosela.

Narken la tomó para envainarla de nuevo.

—Que mi voluntad sea más fuerte que su acero —respondió devolviéndosela.

—Ora y reflexiona, hermano, hasta el nuevo día —habló Askar antes de regresar junto al altar seguido de Hurer y Furgar.

□



Continuando el pasillo que llevaba al estudio del Maestro Mayor se llegaba a unas estrechas escaleras de caracol que ascendían hasta el observatorio, en la cúspide de la torre. Era un espacio completamente diáfano, cubierto por una enorme cúpula y delimitado por una arquería abierta a una balconada exterior.

Bajo el óculo que permitía la contemplación del cielo, Esthen tomaba algunas notas a la luz de una vela, inclinado sobre la gran mesa llena de mapas celestes. Masajeándose el entrecejo cogió un astrolabio y se dirigió al centro de la sala para observar la noche estrellada; poco después regresó a la mesa y realizó un nuevo apunte, pero un bostezo se le escapó y fue entonces consciente del tiempo que llevaba trabajando sin descanso.

Con un suspiro estiró la espalda y se acercó a la galería para asomarse a la ciudad y dejar que la brisa nocturna le refrescara la mente. Las puertas del templo ya estaban cerradas y poca gente quedaba en la penumbra de la plaza, entretenida gracias al arte de algunos bufones.

Un pensamiento fugaz hacia Hirvalmer cruzó por su cabeza, pero a diferencia de Nivenair Esthen no se preocupaba por él, pues lo consideraba un hombre hecho y derecho que podía enfrentarse solo a sus propios desafíos. Sin duda su sobrina estaría satisfecha aquella noche, ya que la investidura de nuevos Ukkrim era una de las últimas piedras en la reconstrucción de Kromtar tras la guerra.

—Aún os falta coronar a la princesa —lo sorprendió una voz a su espalda—, si no estoy mal enterado.

El anciano se volvió ceñudo pero no sobresaltado: conocía perfectamente a quien había hablado y su costumbre de aparecer en lugares y mentes ajenas sin ser invitado.

—Eso ha sido de muy mal gusto, Ildain —contestó girándose de nuevo hacia la plaza.

De entre las sombras de la sala una figura encapuchada vestida del color de la misma noche comenzó a acercarse al mago. Sus pasos eran silenciosos, tanto que parecían no tocar el suelo, y pese al tono amistoso de su voz algo había en él que lo hacía inquietante, y una sensación extraña vibraba en el aire a su alrededor.

—Perdóname, viejo amigo, quería comprobar que los tiempos de paz no te habían hecho bajar la guardia —dijo acodándose en la balaustrada junto a

Esthen y retirándose la capucha.

—No necesitas escudriñar mis pensamientos para saber que nunca lo hago.

—Cierto... Pero tenía curiosidad.

El Maestro Mayor lo miró reprobatorio. Ildain tenía los rasgos armoniosos de un ahîr, pero en su presencia nadie podría sentirse tranquilo pues pertenecía a los malditos de aquella raza, los Hijos de Yadh. Su piel era algo más pálida y no tenía los ojos dorados sino amarillos como los de un depredador, pero la amenaza de su mirada era menor que la calidez que desprendía y una amable sonrisa solía iluminar su rostro.

—Me alegro de verte —dijo el anciano.

—Y yo. Hacía mucho tiempo... —dejó vagar la vista sobre los tejados, y la brisa revolvió su corto cabello ceniciento—. Realmente habéis hecho un milagro en esta ciudad; no puedo creer que sea la misma que vi hace veinte años.

—¿Has venido a por él? —preguntó Esthen mirándolo de soslayo—. ¿Para llevártelo?

—Algo así... Está convirtiéndose en un patán tabernero, necesita un empujón.

El Maestro Mayor soltó un bufido áspero.

—Me parece que pierdes el tiempo.

—Tal vez, pero tendrá que ocupar su lugar. Algo se está poniendo en marcha —dijo más serio.

Esthen lo observó con gravedad unos instantes.

—Sé a qué te refieres —habló al fin echando a andar hacia el interior—. Acompáñame, debo enseñarte algo.

El anciano tomó con cuidado varios de los papeles que había sobre la mesa y fue colocándolos ordenadamente ante la vista de Ildain. Solo cuando los hubo dispuesto todos tal como requería comenzó a explicarse.

—Este año Kromtar va a sufrir malas cosechas...

—No solo Kromtar —lo interrumpió el ahîr con los ojos puestos sobre los mapas astrológicos—, y no se trata solo de las cosechas: he visto menos agua en los ríos y menos pájaros en el cielo, la tierra es cada vez más

pobre y los animales apenas crían —Esthen arqueó sorprendido las cejas—. Vengo observándolo en el Norte desde hace meses.

El Maestro Mayor frunció el ceño y bajó la mirada, enfrascándose de inmediato en sus cavilaciones. Lo que Ildain le decía era algo nuevo, pues no podía haber imaginado que la carestía estuviera afectando también al otro lado de la Gran Cordillera, y eso tal vez significara que la crisis que estaba gestándose era de una envergadura mucho mayor de lo que había previsto. Sin duda debía existir una relación entre los fenómenos de los que hablaba el Hijo de Yadh y los sucesos tan particulares que llevaba días observando en el cielo.

—Verás, he estado trabajando en la confección del calendario celeste del próximo año para poder aprovechar en los campos lo que dispone el firmamento; me hallaba calculando los movimientos de las ocho estrellas primarias cuando me percaté de algo sorprendente: al observar sus trayectorias y velocidades comprobé que todas ellas han de confluir en el dominio celeste de Âcorur, la Casa del Guerrero.

—¿Todas? ¿Cuándo? —preguntó Ildain visiblemente consternado.

—Dentro de un año exacto.

—Eso es muy poco tiempo...

—Sí, y sinceramente no sé qué podemos esperar —comentó con resignación el anciano—. Jamás había visto cosa semejante ni leído sobre ella; he intentado averiguar si se dio en alguna otra ocasión, pero por mucho que me he remontado en los almanaques no he encontrado nada que se le parezca.

Los ojos amarillos del ahîr saltaron inquietos a los mapas extendidos sobre la mesa.

—¿Qué efectos crees que podría tener?

Esthen meneó la cabeza.

—Es el dominio de Âcorur: sin duda marcará tiempos de gran convulsión y conflicto. Por eso mismo comprobé los movimientos de los astros en épocas de grandes guerras, pero ni siquiera en la Caída de Naushie, la mayor guerra que se recuerda, se dio tal conjunción. Partiendo de ritmos y ciclos he hecho mis propios cálculos para saber si realmente llegó a darse en algún momento —tomó uno de los papeles y se lo tendió a Ildain—, y si no he errado en ellos...

—Las Eras Perdidas —comentó incrédulo su amigo al observar el pliego.

—Así es. Hace dieciséis mil años.

El anciano mantuvo la mirada sobre el Hijo de Yadh, quien con los ojos clavados en el papel hizo un par de ademanes para rebatirle algo, pero nada dijo, pues aunque la conclusión pareciera inverosímil los cálculos eran absolutamente correctos.

Finalmente dejó los apuntes del Maestro Mayor sobre la mesa.

—Son estos tiempos de gran incertidumbre —habló con resignación.

Esthen no pudo sino asentir.

—Creo que lo que has observado en el mundo está relacionado con esto. Habré de seguir estudiándolo.

—También yo me ocuparé de ello —dijo Ildain sentándose pensativo en un taburete.

El anciano sirvió dos copas de vino y tomó asiento frente a él.

—Anoche vino a verme para pedirme ayuda en una investigación un mago de Halamnei de apellido T'athleren.

El Hijo de Yadh torció el gesto y lo miró alarmado.

—T'athleren... —repitió con desprecio—. Creía que habíamos borrado esa palabra del mundo.

—Quería consultar los fondos secretos porque se encuentra investigando un extraño tipo de magia —el anciano esbozó una aguda sonrisa—. Exactamente la que descubrí esa misma noche al escrutar con las artes de las que dispongo aquí las huellas mágicas del robo de una reliquia en un monasterio en Kërmrah-Vour.

Ildain frunció el ceño.

—No puede ser casualidad. Lo habrás apresado, espero.

Esthen negó levemente dando un trago a su copa.

—No dudo de su buena fe. Es una suerte que haya acudido a mi torre precisamente ahora, pues solo él conoce la magia usada por el ladrón de la vieja reliquia.

—¿Qué magia es esa? —preguntó reticente el Hijo de Yadh.

—No lo sé. Al escudriñar el monasterio observé que allá donde había sido utilizada los ecos de las Potencias mágicas se habían consumido hasta desaparecer; es como si uno estuviese siguiendo huellas en un camino y descubriera que de pronto algunas partes del camino ya no existen —miró a Ildain sin ocultar su desconcierto.

—¿No podría tratarse de un efecto intencionado, obra de un mago habilidoso que no quiere ser rastreado?

—No. Creo que es una consecuencia directa del uso de esa magia.

El ahîr dejó la copa vacía sobre la mesa y chasqueó la lengua.

—Mucha incertidumbre es, amigo mío, mucha incertidumbre...

Esthen rellenó ambas copas y asintió dando un trago a la suya.

□

—Con esta prenda entras en la hermandad. Que Khur te haga digno de vestirla ahora y para siempre —resonó la profunda voz de Askar Kusdar ante la enorme figura arrodillada de Vor.

Ahesshaye observó de reojo al hombretón, que con la cabeza gacha aceptaba humildemente la sobrevesta blanca, la medalla y la espada, y no reprimió una sonrisa. Vor era el más grande y fuerte de los aprendices, y también el más mayor, pero sin duda nadie había en el Vûsur tan pacífico como él.

El Gran Maestro se retiró de nuevo junto al altar y la tudan-shalita trató de regresar a sus oraciones, pero le estaba resultando enormemente difícil abstraerse de lo que ocurría a su alrededor. Tan solo Narken y Vor vestían el blanco por el momento, pero Askar había hablado con algunos otros a los que sin embargo había vuelto a postrar sin reconocerles el ingreso en la orden. No terminaba de entender qué llevaba al veterano Ukkrim a dirigirse a unos y no a otros, y temía que cuando por fin decidiera hablar con ella volviera a arrodillarla sin la sobrevesta.

De soslayo vio entonces cómo el anciano se acercaba y sintió acelerársele el pulso, pero el Gran Maestro se detuvo ante Ignar, que rezaba a su lado.

—Levántate —le ordenó. Ahesshaye percibió los nervios del muchacho cuando se puso en pie—. Tú no deberías estar aquí, márchate —dijo cortante antes de regresar al altar.

Conmocionado, Ignar hizo además de arrodillarse, pero Furgar, Maestro de la Guerra, dio un paso hacia él.

—No te ha ordenado arrodillarte, sino marcharte.

El de Särer permaneció sin embargo en su sitio, y aunque la tudan-shalita buscó su mirada los ojos castaños del chico estaban clavados en el enlosado.

Apenas había comenzado a serenarse su corazón cuando los pasos de Askar resonaron de nuevo bajo la cúpula al acercarse a Yarek.

—Yarek Bairk —dijo indicándole que se levantara—. He oído grandes cosas de tu familia, pero nada he escuchado sobre ti.

—Todo cuanto he hecho ha sido aprender, maestro. No creo que deba hablarse de mí.

—Todavía —el anciano agudizó los ojos, pero el muchacho se permitió una sonrisa.

—Eso solo el dios lo sabe —respondió.

Askar asintió.

—Arrodíllate —dijo imponiéndole la mano sobre la frente.

De inmediato Hurer y Furgar acudieron para asistir al Gran Maestro en la investidura de Yarek, y pronto el silencio se hizo de nuevo en el templo.

Tratando de concentrarse en la oración y angustiada por la situación de Ignar, que seguía de pie, Ahesshaye no supo cuánto rato transcurrió hasta que Askar impuso la sobrevesta a otro de los aprendices. Después, el Gran Maestro se acercó a Hirvalmer.

—Hirvalmer Valar —el muchacho se puso en pie muy serio—. Tu padre salvó al mundo del Mago Negro, tu madre es una gran Ukkrim formada con el rey Rubhar —el hijo de la regente cambió el peso de una pierna a otra sin poder ocultar su incomodidad—. Y ahora tú pretendes el blanco.

—Aspiro a él con sinceridad —se vio obligado a responder ante el silencio

escrutador del anciano.

—No lo dudo, y veo que eres digno, pero no entiendo qué es lo que te reservas ni por qué.

Hirvalmer se mostró desconcertado, y antes de que pudiese contestar el Gran Maestro volvió a hablar.

—Arrodíllate y regresa a tus meditaciones —dijo para encaminarse al altar.

Cuando el silencio invadió el interior del templo una vez más, Ahesshaye desvió la vista hacia el muchacho, que ceñudo y postrado de nuevo parecía razonar sobre las palabras de Askar.

A la tudan-shalita comenzaban a pesarle las horas de rodillas sobre el duro y frío suelo de piedra y debía esforzarse para no cambiar constantemente de postura. Sonriendo para sus adentros pensaba con amargura que un verdadero Ukkrim lo soportaría sin problemas, y al compararse con quienes ya vestían el blanco se daba cuenta de que en realidad aquel no era su sitio: su trayectoria no era precisamente ejemplar y se tomaba la regla de la orden y la obediencia más como un desafío que como un ideal de vida. La verdad era que no deseaba la sobrevesta si eso la acercaba a su padre.

Sus ojos rojizos saltaron hacia Ignar, Hirvalmer y Miriek, con quien el Gran Maestro todavía no había hablado siquiera, y supo que los tres merecían vestirla mucho más que ella.

Escuchó entonces los pasos de Askar avanzar en su dirección y alzó resignada la vista. Respondería con sinceridad, pues no tenía sentido esconder nada al certero ojo del anciano, y aceptaría lo que llegara sin decepciones.

—Ahesshaye Dukark, levántate. Parece preocuparte mucho el destino de tus hermanos.

—Solo el de algunos, maestro —contestó sin rehuir su mirada.

—¿Y qué hay del tuyo?

—No lo he elegido yo.

—Deja a tu padre a un lado —habló con severidad escrutándola ceñudo—. He oído que nunca en estos años has vacilado ni te has escudado en tu condición de mujer. Sin embargo veo en ti un gran defecto; te resistes a

ser lo que eres: un Ukkrim Ombhartur.

—Yo no... —comenzó a replicar sin pensar, pero un instante después se detuvo y observó suspicaz al anciano, bajo cuya espesa barba blanca se dibujó una sonrisa.

—Arrodíllate, Ahesshaye Dukark.

Hurer y Furgar se acercaron, y los tres maestros invistieron a la muchacha con los signos de los caballeros Ukkrim.

□

Nivenair observaba la plaza desde la altura de sus aposentos en palacio abrigada con un ligero manto del frescor de la noche. En la chimenea apenas quedaban ya unas pocas brasas, pero la regente mantenía la ventana abierta, pues su atención estaba puesta en el Gran Templo de Khur.

Su poderosa fachada adornada de esculturas se levantaba en la penumbra como una muda barrera que ocultaba el juicio del Gran Maestro y la inquietud de los aprendices. Ella lo vivió años atrás en el interior y recordaba bien el nerviosismo y el miedo, pero tener que aguardar ahora en el exterior a que las puertas se abrieran con el amanecer le estaba resultando mucho peor.

Desde esa misma ventana había asistido a la procesión y allí había cenado sola una vez el cortejo ingresó en el templo, y todo cuanto hacía desde entonces era rezar por Hirvalmer. Hacía veinticinco años ella había caminado bajo la cúpula con pasos temblorosos pero emocionada frente al último desafío antes de vestir el blanco; su hijo sin embargo era más inseguro, y sabía que albergaba profundas dudas respecto a sí mismo y lo que creía que se esperaba de él. Si con la salida del sol no abandonaba el templo ataviado con la sobrevesta, ella seguiría viéndolo con los mismos ojos, pero para Hirvalmer sería un golpe difícil de superar.

No sabía qué le hizo mostrar ya desde la infancia ese carácter; tal vez crecer sin la presencia de Asdur y con ella ocupada en el gobierno del reino en reconstrucción hizo que tratara de ser autosuficiente siendo todavía un niño, y con el paso del tiempo ese particular temperamento y los deberes autoimpuestos lo habían convertido en alguien distante y cada vez más hermético.



Hacía años que Nivenair hubo de asumir que su hijo guardaba para sí una parte de su intimidad a la que ella jamás podría acceder.

Unos suaves toques en la puerta la sacaron de su ensimismamiento, y al volverse vio el rostro de la princesa asomar en el umbral.

—Disculpa, ¿te molesto? —preguntó sin atreverse a pasar—. Como te has ausentado de la cena pensé que tal vez estuvieras indispuesta...

La regente sonrió y con un gesto de la mano la invitó a entrar.

—Tan solo necesitaba un poco de tranquilidad para pensar y rezar —dijo observándola afectuosa. Aquella noche Noseir estrenaba un vestido de seda aguamarina con bordados en el corpiño y parecía de mejor humor que los últimos días—. ¿Cómo ha ido la cena con Sarkaur?

La muchacha desvió la vista.

—En realidad al saber que no estarías he preferido cenar con Darair... Hace frío aquí, ¿por qué no cierras la ventana? —se apresuró a añadir.

Nivenair negó disgustada, pero aquella noche no tenía ganas de reprender a Noseir.

—Quiero ver el templo —respondió volviéndose hacia el exterior.

—¿Por qué? Hace horas que se han cerrado las puertas.

—Ven, asómate conmigo.

La princesa torció el gesto y refunfuñando se acercó a la regente.

—No quedan bufones ni juglares, no hay nada que ver —protestó.

La penumbra de los menguantes fuegos apenas permitía distinguir la estatua de Tagskerk, y solo un grupo de orantes permanecía en la plaza ante la escalinata del templo, donde en lo alto lucía todavía un pebetero encendido que arrancaba de la oscuridad los inexpresivos rostros de las esculturas.

—Bufones y juglares tienes en el palacio todos los días —replicó Nivenair, cariñosa pero firme.

—Pero me gusta ver la ciudad en fiestas, que haya música por doquier y que todo el mundo parezca contento. Mañana las calles estarán preciosas, adornadas de flores.

La regente la miró de soslayo y esbozó una sonrisa.

—Me alegra que disfrutes estos días, pero no debes olvidar qué celebramos —le recordó antes de permitir a su mirada perderse de nuevo en la enorme cúpula del templo, oscura bajo el cielo estrellado.

Durante largos instantes quedaron en silencio. A su ventana llegaban apagados los rezos lejanos del pequeño grupo de fieles congregado ante las puertas.

—¿Cómo estaba Hirvalmer? —preguntó de pronto Noseir—. ¿Le transmitiste mi saludo?

—Sí, y se interesó por ti. No puedo creer que ya haya llegado este día... —dijo dejando escapar un suspiro.

—No lo entiendo, ¿te apena que vista el blanco? —se sorprendió la muchacha—. Creía que para ti sería una gran noticia.

Nivenair negó sonriente.

—Estoy feliz, y rezo a Khur para que lo consiga, pero pienso en cómo ha pasado el tiempo... Parece que fue ayer cuando os divertíais por los corredores del palacio.

—Yo sin embargo tengo la impresión de que ha pasado una eternidad...

—Noseir frunció el ceño y contempló el exterior con aire ausente—. No entiendo por qué Hirvalmer quiso ser Ukkrim; podría haberse quedado en la corte.

—Tomó esa decisión siendo muy niño.

—Pues fue un estúpido. Aquí sería más feliz.

—¿Por qué? —preguntó la regente—. ¿Porque tendría sirvientes y vestiría ricamente?

—Porque sería libre de hacer lo que se le antojara —replicó ásperamente la princesa.

Nivenair esbozó una sonrisa amarga.

—La vida es mucho más que eso, Noseir. ¿Qué libertad hay en satisfacer los caprichos y los deseos?

—Qué tontería —bufó—. ¿Pretendes que crea que vivir sometido a una

regla va a hacer a Hirvalmer más libre?

—Precisamente: el compromiso con un propósito nos eleva y nos libera, y no hay mayor propósito que servir a Khur.

—Eso no significa nada para mí —contestó despreciativa la princesa.

—Pues debería. Tu padre fue un criminal mientras vivió sin ataduras, pero una vez vistió el blanco se convirtió en un héroe, y el día en que tú misma decidas asumir la responsabilidad de la corona te darás cuenta de que hasta entonces no eras más que una muchacha caprichosa.

Noseir la miró con la indignación prendida en sus ojos azules.

—Unas palabras preciosas, pero de nada sirven a quien no puede elegir.

—Tu destino es ser reina de Kromtar, pero puedes elegir comprometerte con ello o no —habló la regente tras unos instantes de silencio.

La princesa frunció el mentón y sin decir palabra abandonó la habitación con un portazo. Nivenair contempló la puerta cerrada y suspiró amargamente antes de girarse de nuevo hacia el exterior. Desearía no haber discutido con Noseir aquella noche, pero aunque podía entender sus penas jamás toleraría el menosprecio al camino del Ukkrim, y menos a ella, que nunca se había comprometido con nada.

□

A través del óculo de la cúpula del templo se colaba en pálidos haces la luz de la luna, que con el paso de las horas había alcanzado ya lo alto del cielo; Hirvalmer, sin embargo, con las rodillas entumecidas y la espalda agarrotada, tenía la sensación de llevar días enteros postrado en el frío suelo.

Pero peor que el dolor de sus músculos eran la confusión en la que las palabras del Gran Maestro lo habían sumido y la angustia al ver que el amanecer se acercaba y el anciano no volvía a dirigirse a él. ¿Significaba eso que había fracasado? No quería siquiera contemplar esa posibilidad, pero constantemente su meditación se veía interrumpida por punzadas de ansiedad, y una y otra vez trataba de descifrar lo que Askar había querido decirle.

¿Acaso pretendía hacerle ver que no estaba a la altura de sus padres? No, le había reconocido que era digno, aunque se reservaba; ¿el qué? No lo

sabía, nunca se había reservado nada, ni siquiera creía que el Gran Maestro tuviese razón: llevaba once años entregándose a la regla de los Ukkrim y cumpliendo con diligencia cada aspecto del deber de un caballero. A su juicio lo tenía todo, pero sin duda estaba equivocado si Askar no lo había investido aún. Tal vez le quedara algo por demostrar, y tenía hasta el amanecer para averiguar qué era.

Después de largo rato inmóvil ante el altar, el anciano avanzó de nuevo hacia los aprendices, pero no fue a Hirvalmer a quien habló, sino a Ignar, el único que permanecía de pie.

—¿Por qué sigues aquí?

El de Särer tragó saliva, visiblemente nervioso.

—Porque quiero vestir el blanco, maestro.

—De nada te va a servir esperar. Márchate —habló con dureza antes de darle la espalda.

Sin embargo Ignar se mantuvo en el sitio, y a una indicación de Askar el Maestro de la Guerra se acercó mal encarado hasta él.

—Vete —dijo dándole un empujón, pero el muchacho regresó paciente a su lugar—. Lárgate —lo empujó con más fuerza.

El de Särer desvió la vista y apretó los dientes, pero volvió a su puesto.

—No voy a irme —respondió obstinado.

—¡Fuera de aquí! —el empujón fue en esa ocasión tan fuerte que lo hizo trastabillar hacia atrás.

Ignar levantó los ojos hacia los del maestro, dejó escapar el aire en un áspero suspiro y ocupó de nuevo su posición junto a Ahesshaye.

Furgar cargó el brazo con la clara intención de golpearlo.

—Basta —lo detuvo el Gran Maestro acercándose a ellos—. ¿Por qué te empeñas en seguir aquí?

—Porque Khur me ha llamado para este camino.

—¿Pensaste en eso cuando golpeaste a un hermano? —el muchacho miró a Velem, que vestido todavía con la saya gris lo observaba de reojo, y asintió quedamente—. Y aún así lo hiciste.

—Hay cosas que no pueden tolerarse —respondió convencido.

—Eres leal a tus principios. ¿Pero por qué no has golpeado a Furgar? —el anciano meneó la cabeza—. Tu fuerza, Ignar de Särer, no está en tus músculos sino en tu espíritu. Arrodiílate.

El muchacho, atónito, no reprimió un suspiro de alivio, y con una sonrisa se postró para recibir los signos de la orden.

Hirvalmer asistió satisfecho a su investidura, pero también desconcertado, y sin quererlo una punzada de envidia le sacudió el pecho. No lograba entender que Ignar ya vistiera la sobrevesta mientras Miriek y él, que no habían cometido falta alguna, seguían esperando.

El Gran Maestro regresó al altar y el hijo de la regente se esforzó por volver a su meditación, pero conforme la noche avanzaba y su corazón iba llenándose de angustia le resultaba más y más difícil.

Por fin, largo rato después, el anciano avanzó de nuevo hacia los aprendices y se detuvo ante Miriek.

—Miriek Veriemgor, levántate —Hirvalmer creyó ver alivio en los ojos de su compañero cuando se puso en pie—. Eres el aspirante más admirado de cuantos estáis aquí.

—Tan solo intento seguir el camino que me han enseñado.

—¿No te sorprende estar todavía postrado cuando el sol casi asoma ya en el horizonte?

Miriek se acomodó impaciente en el sitio pero compuso un gesto amable.

—Me confío a vuestro juicio, maestro.

—Eres tan virtuoso como tu abuelo, pero él hubo de esperar al tercer juicio para ser investido. Te desafío a que aprendas de él y lo emules. Arrodiílate y continúa tu oración.

Hirvalmer parpadeó al oír aquello, y sin terminar de creerlo observó cómo Miriek aferraba la manga del anciano obligándolo a detenerse.

—No, esperad...

Los ojos de Askar lo contemplaron profundos e inexpresivos.

—No soy yo quien debe esperar. No estás preparado.

—¿Pero por qué? Lo he hecho todo bien —replicó perplejo el muchacho.

—Póstrate —le ordenó el Gran Maestro con autoridad—. Aún debes desprenderte de la soberbia que torna rígidas tus rodillas.

Abrumado ante el fracaso de su hermano, al que siempre había considerado superior, vio casi sin ser consciente cómo el anciano se alejaba de nuevo hasta el altar, y al girarse se encontró con la mirada confundida y asombrada de Miriek, pero Hirvalmer no tenía una explicación para lo que acaba de ocurrir.

Tan solo sabía que tampoco él sería investido, ahora lo veía claro. Al compararse con Miriek a lo largo de los años había sentido las dudas arrastrándose por su interior, pero siempre había apartado la vista, se había exigido más y se había dicho que era perfectamente capaz. Sin embargo la inseguridad no desaparecía; al contrario, crecía cuando él mismo la alimentaba al pensar en su madre, su padre y el legado que pesaba sobre sus hombros.

En aquel momento, postrado bajo la cúpula del templo junto a un derrotado Miriek, ya no podía apartar la vista.

Con el pecho rígido como la piedra miró en derredor y solo vio la oscuridad de las galerías, y le pareció que las sombras avanzaban hacia él, que trepaban por sus piernas y lo agarraban de los brazos, que le cubrían el rostro y le cegaban los ojos. Un sudor frío le recorrió la espalda y el corazón se le desbocó. Tragó saliva. Intentaba respirar pero sentía que se ahogaba. ¿En qué estaba fallando? ¿De qué carecía?

¿Por qué era la sobrevesta blanca tan importante para él?

—Cuando llegaste hace once años sabías por qué querías vestir el blanco —lo sorprendió la voz del Gran Maestro, y al abrir los ojos cuando ni siquiera recordaba haberlos cerrado lo vio de pie frente a él—, pero se te ha olvidado.

Hirvalmer no se levantó, dominado por el recuerdo de sus primeros días en el Vüsur. A pesar de la agobiante disciplina que lo recibió, de los rostros desconocidos y la austeridad de la celda, todo era más sencillo en aquel entonces, sin preguntas que lo asediaran ni peso por legado alguno. ¿Por qué quiso ser Ukkrim? Ahora entendía que en su fría infancia, al pensar en Asdur, en los padres de Noseir y los de Darair, muertos todos en la guerra, y en muchos otros que como ellos hubieron de convivir con las ruinas y las pérdidas, el nombre de Khur bastaba para darle consuelo y esperanza en el futuro.

Sin darse cuenta una sonrisa acudió a sus labios. Qué sencillo era todo en aquel tiempo, qué seguro estaba de su camino y qué poco pesaban las

preocupaciones.

—Es cierto, maestro —respondió sorprendentemente sereno—. Quizás estos años me he alejado del Vüsur.

—Para no perdernos hemos de recordar siempre dónde está nuestro hogar y cómo éramos tras sus muros —dijo el anciano mirándolo a los ojos. A una señal suya Hurer y Furgar se acercaron y el Gran Maestro tomó la sobrevesta blanca—. Con esta prenda entras en la hermandad. Que Khur te haga digno de vestirla ahora y para siempre.

## Capítulo 6

### CAPÍTULO 5

—¿Es que no hay ninguna manzana podrida en Khurammar? —el rasgueo gorgoteante surgió desde debajo de la gruesa capucha, vieja, sucia y raída.

Una mano enguantada de dedos largos y retorcidos describía lentos movimientos sobre un cuenco de madera ennegrecida. La magia para la que a lo largo del tiempo había sido utilizado había corrompido su forma astillando los bordes y alabeando las paredes. En el interior, un agua turbia y sucia parecía moverse al compás de la mano, y en su superficie flotaban erráticas algunas cenizas.

Al otro lado de la mesa, un ahîr de cabello largo y negro vestido con ropas oscuras observaba con fría paciencia el hacer de su compañero.

—Quizás no la haya —se limitó a decir.

—No sabía que creyeras en la bondad humana, Dnêsar... —dijo el primero alzando la vista hacia él.

El ahîr mantuvo su mirada sobre él durante unos instantes, pero con un gesto de desagrado terminó por apartarla; a pesar del tiempo que llevaban viajando juntos no había sido capaz de acostumbrarse a la visión de su rostro.

—No lo hago, Velmnur. Pero buscas con tanto ahínco la podredumbre que has terminado por verla en todas partes.

El monstruo tamborileó impaciente con los dedos y se recostó en su silla.

—Mi joven discípulo...

—No soy tu discípulo.

—Con el tiempo aprenderás que detrás de cada sonrisa hay siempre una calavera putrefacta, y su hedor es tan intenso que ni siquiera tú serías capaz de soportarlo. Así que calla y déjame hacer, que estoy versado en estos menesteres.



Las palabras de Velmnur quedaron sobre la mesa como un desafío y ambos magos se miraron durante largo rato, pero cuando el encapuchado vio que el ahîr no iba a responder se encorvó de nuevo sobre el cuenco.

En la pequeña habitación de posada en la que se refugiaban solo había una mesa y dos jergones de paja; los postigos cerraban la diminuta ventana y la única iluminación provenía de una sencilla candela. Apoyadas contra la pared descansaban las pocas pertenencias de los dos magos, entre las que destacaba un fardo alargado y de gran tamaño. Tan densa era la quietud de la estancia que el peso del aire casi ahogaba la llama de la vela, y las dos figuras eran solo dos sombras recortadas contra la luz titilante. Entre los muros de la pequeña alcoba los olores se concentraban con fuerza: la madera vieja, la tela rancia y la codicia nauseabunda que corrompía el cuerpo de Velmnur.

Los ojos dorados de Dnêsar seguían los movimientos de la mano de su compañero sobre el cuenco, indiferentes sin embargo a su resultado. Aquello no serviría de nada, y cada instante que le dedicaban era tiempo perdido que alargaba su camino.

Sus labios, finos y pálidos, se curvaron en una mueca de enfado.

—Esto es una estupidez —se puso impaciente en pie.

El otro soltó un áspero bufido.

—Escúpelo.

La pálida máscara que en la penumbra era el rostro de Dnêsar se crispó.

—Esta idea tuya es una estupidez que nace de las suposiciones de tu mente enferma —le espetó con acritud—. ¿De verdad crees que en estos días va a haber un solo kromtariano dispuesto a traicionar a los suyos? Y aunque así fuese, ¿de qué nos serviría? Hay mucho en juego como para confiarlo todo a una sola persona que además habría demostrado no ser de fiar. ¿Para qué perder el tiempo? Estamos a un par de semanas de Khurammar, vayamos ahora hacia el sur y cojamos el tercer fragmento del medallón con nuestras propias manos. Ya averiguaremos después dónde está el siguiente.

El hueco oscuro de la capucha y el rostro afilado del ahîr quedaron frente a frente, y por un instante Dnêsar llegó a pensar que Velmnur estaba deliberando su propuesta, pero aquella idea se desvaneció cuando escuchó nacer de su garganta un sonido agudo y rasposo que de apenas un siseo creció hasta convertirse en una rasgada y desagradable carcajada.

Dnêsar retrocedió asqueado.

—¿Y en ese magnífico plan que has alumbrado dónde quedan la torre de Esthen y los ejércitos del Dragón? —preguntó Velmnur con sarcasmo—. Te creía más inteligente... Las murallas de Khurammar son casi inexpugnables, sus ejércitos son fuertes y han hecho de una de las torres del Pacto un vasallo más. Necesitamos una pequeña grieta para entrar, y para hacerla necesitamos a alguien dentro. Además, hay cosas que no sabes que podrían darnos una gran ventaja...

—¿De qué hablas?

—Todo esto requiere tiempo y tú lo sabías cuando decidiste seguirme. Créeme, Dnêsar —dijo burlón al tiempo que se retiraba la capucha—, sé por experiencia que las cosas buenas se cuecen a fuego lento.

—De acuerdo, has pensado en todo —respondió lacónico el ahîr sin ocultar el asco antes de salir con un portazo.

Escaleras abajo, el comedor de la posada estaba repleto: además de viajeros y huéspedes, aquella noche se habían reunido allí gentes del pueblo para celebrar la fiesta de Larkên-Khur. Al ahîr no le gustaban las multitudes y no tenía intención de tratar con nadie, pero agradeció perder de vista a Velmnur durante un rato.

Pidió una cena y se sentó en una zona vacía de la gran mesa corrida, y abstrayéndose de las conversaciones que nada le importaban aguardó paciente a que le sirviesen. Percibía las miradas curiosas de muchos de los comensales, pero su gesto adusto parecía librarlo de preguntas incómodas sobre la presencia de un ahîr en una aldea perdida de Kromtar.

La puerta de la posada permanecía abierta y el aire de la noche se dejaba sentir pese al gentío y el fuego de la cocina. El frío trajo a la mente de Dnêsar el día en que emprendió aquel viaje, un lejano invierno. Hacía mucho de aquello o así le parecía, y sin embargo nada había cambiado todavía. Salvo su relación con Velmnur... Fueron sus promesas las que lo arrancaron del hogar, pero eso no había impedido que desde el principio lo detestara y hubiera terminado odiándolo. La única razón por la que todavía lo seguía era porque no tenía otro medio de conseguir lo que buscaba, y aunque muchas veces había sentido el impulso de sacarle toda la información que se guardaba para sí y matarlo, sabía que Velmnur era mejor mago que él.

De momento.

Un brusco toque en el hombro lo sacó de sus pensamientos. Al volverse

ceñudo se encontró con la tosca figura de un sucio hombretón.

—Somos cuatro, vete allí y déjanos sitio para cenar —le exigió con rudeza. A la nariz del ahîr llegó un amargo aliento a cerveza.

—No —contestó dándole la espalda, pero el gigantón lo giró de un tirón.

—Vete o tendrás problemas, extranjero.

Dnêsar lo observó valorativo: era grande y fuerte, pero no le haría falta ni usar las manos para darle muerte; sin embargo lo acompañaban dos hombres más y un muchacho, y la posada estaba repleta. No era conveniente llamar la atención.

—¿Estás sordo, ahîr? Lárgate.

—Déjalo, Agor, podemos comer de pie —intervino el chico. Debía de tener unos quince años y su pelo era llamativamente claro incluso en Kromtar.

—Tú cállate, bastardo inútil —le ordenó el hombretón—. Vete o te echo a patadas —insistió mal encarado hacia Dnêsar.

El ahîr tardó un instante en dar forma al conjuro en su cabeza antes de tocar discretamente a Agor en el costado. Inmediatamente el hombretón comenzó a toser, se dobló sobre sí mismo y aferrándose a la mesa hizo intentos por tomar aire entre angustiosas bocanadas.

Dnêsar contempló inexpresivo cómo se le iba congestionando el rostro mientras sus desconcertados compañeros trataban en vano de ayudarlo, pero entonces advirtió la mirada del muchacho y alzó la vista hacia él. Sus extraños ojos grises parecían escrutarlo más allá de la apariencia, y el ahîr entendió que por imposible que pareciera tenía poder, y que había percibido su conjuro.

—Tú sabes lo que ocurre —le susurró con frialdad—, encárgate de que no me molesten y ninguno morirá.

El chico parpadeó y asintió asustado antes de acercarse para auxiliar al hombretón, que encogido en el suelo comenzaba a recuperar el aliento ante las miradas atónitas de todos los comensales.

Dnêsar se acomodó en el sitio dándoles la espalda, esperando a que le sirvieran por fin la cena. Tal vez había sido un error hacerse notar a ojos de alguien tan sensible a la magia, pero el muchacho era un don nadie en medio de ninguna parte que nada iba a poder hacer.

□

Cuando los recién investidos Ukkrim Ombhartur abandonaron el templo en una nueva procesión de regreso al Vüsur, encontraron la Gran Plaza repleta. Como era tradición en el día de Larkën-Khur, las gentes habían acudido al amanecer para arrojar flores sobre la escalinata y dejar como ofrenda ante las puertas frutos del campo, y aquel año también a los jóvenes caballeros saludó la multitud con pétalos y ramilletes al paso del estandarte blanco.

Tras el tenso recogimiento de la larga noche en vela los Ukkrim agradecieron el entusiasmo y la calidez del pueblo, que hasta que desaparecieron tras las puertas del Vüsur cantó en su honor el Larkën-Khur am Vana:

Vi llegar ardiente el verano  
para agostar la mies y la flor  
y me ofreciste agua en tu mano.  
Generoso padre, hoy te imploro.

Trájome el otoño la pena,  
con las hojas se llevó mi amor,  
mas tu faz vi en la luna llena.  
Generoso padre, hoy te imploro.

Temblé en el invierno, doliente,  
sepultó el blanco todo color,  
yo en ti hallé reposo caliente.

Generoso padre, hoy te imploro.

Y al fin hoy la primavera  
a ti cantando te honra al albor,  
generoso padre, hoy te imploro:  
rieguen tus dones la pradera.

Aquel día, primero de la primavera, comenzaba un nuevo año y la orden, renovada con jóvenes espadas, parecía dejar por fin atrás el duro golpe de la guerra.

Una vez dentro del Vüsur los recién investidos Ukkrim recibieron las felicitaciones de sus maestros, ahora sus hermanos. Aheshshaye e Ignar se sorprendieron ante el entusiasmo y el alivio de Garkos al verlos a ambos vestidos de blanco, mientras Gaeden y Hirvalmer, entre la alegría y el desconcierto, compartieron un momento de conversación.

—No tuve ninguna duda contigo —dijo el veterano Ukkrim paseando por la galería de uno de los patios.

—Gracias. Yo sí las tenía, sobre todo al final.

Gaeden meneó sonriente la cabeza.

—Durante la investidura el Gran Maestro lo ve todo.

—¿Y Miriek? —preguntó el muchacho—. ¿Qué pudo ver en él para no aceptarlo?

El maestro bajó apesadumbrado la vista.

—No lo sé. Yo lo juzgué digno, pero como te he dicho el Gran Maestro lo ve todo.

Aquella respuesta dejó a Hirvalmer aún más confundido, y al retirarse a su celda para meditar no pudo apartar a Miriek de sus pensamientos en toda la mañana.

Como él, todos se recogieron para orar y descansar antes del tradicional banquete de hermandad, al que en aquella ocasión se unirían la regente y

la princesa como representantes de la corona.

Llegado el mediodía, veteranos y recién investidos acudieron con sus hábitos blancos al comedor y aguardaron de pie en un mal contenido silencio ante las largas mesas corridas. Por fin las puertas se abrieron y tras el Gran Maestro y los altos cargos de la orden ingresaron en la amplia estancia abovedada la regente Nivenair, ataviada como Ukkrim, y la princesa Noseir, vestida con una esplendorosa hopalanda carmesí que poco se adecuaba a la austeridad de la recepción.

—Bienvenidos seáis, hermanos —habló Askar, de pie tras la mesa de honor junto a Noseir, Nivenair y los demás maestros—. Que nuestra fraternidad, acrecentada por fin con nueva sangre, se vea reforzada compartiendo la comida y la bebida en este humilde ágape

Tras las palabras del Gran Maestro todos tomaron asiento, y desde las cocinas entraron entonces varios criados para llenar las copas y servir bandejas de frutas, carnes asadas y guisos de pescado. A diferencia del almuerzo diario de los Ukkrim, aquel día las conversaciones llenaban el comedor en un vivo ambiente de celebración.

—No había tenido tanta hambre en toda mi vida —comentó Ignar mojando pan en la salsa del capón al horno.

—Sin duda la audacia abre el apetito —respondió Yarek.

—No te dejes engañar, Ignar siempre tiene hambre... —intervino sonriente Ahesshaye—. Pero brindemos por Narken: ¡el primer Ukkrim en veinticinco años!

Los muchachos alzaron jubilosos sus copas, pero el norteño negó cohibido.

—Por favor... Al alba todos vestíamos el blanco, hermanos. Brindemos por todos nosotros.

—¡Bien dicho! —lo secundó Ignar.

La tudan-shalita bajó sin embargo la vista. No podía dejar de pensar que en aquella celebración faltaban el buen humor y la desenvoltura de Miriek.

—¿Has hablado con Miriek? —le preguntó a Hirvalmer, que bebía circunspecto—. ¿De qué ánimo está?

—No lo he visto en toda la mañana, pero me lo puedo imaginar —contestó

sin ocultar su pesar.

—Yo lo vi en los establos al poco de salir del templo —dijo Vor—. Ha dejado el Vüsur.

Todos se volvieron sorprendidos hacia el hombretón.

—¿Qué? Eso es imposible, me lo habría dicho —habló desconcertado Hirvalmer.

—¿Pero por qué? Alguien como él debería perseverar —intervino Ignar.

Vor se rascó la barba encogiéndose de hombros.

—No me explicó nada.

—Hablaré con él —decidió el discípulo de Gaeden.

Después de aquello la conversación no volvió a ser tan animada, y terminado el banquete los Ukkrim siguieron a Askar, Nivenair y Noseir hacia la capilla del Vüsur, donde compartirían el primer oficio de la tarde.

Hirvalmer caminaba cabizbajo y ajeno a los demás, sin poder sacarse a Miriek de la cabeza. Le costaba creer que hubiera decidido abandonar el camino de Khur; rendirse no era propio de él, pero en su desconcierto pesaba de forma especial que no hubiera buscado su consejo y, sobre todo, que se hubiese marchado sin siquiera despedirse.

—Vos sois el caballero Hirvalmer, ¿cierto? —le sorprendió de pronto la voz de Noseir a su lado. El muchacho apenas acertó a mirarla sobresaltado, pero ella pareció no reparar en su azoro y lo tomó del brazo—. Me han dicho que es tímido y silencioso, sin duda habéis de ser vos.

—Alteza... —consiguió decir desviando la vista hacia los demás, nervioso por la inadecuada actitud de la princesa, que debería estar caminando junto a Nivenair y el Gran Maestro.

—¿Alteza? ¿Es todo lo que tienes que decirme después de meses sin vernos?

—Ah, no, claro. Disculpad... ¿Cómo estáis?

—Estás —lo corrigió ella.

Hirvalmer trató de ignorar la risa apagada de sus compañeros tras él y condujo a Noseir del brazo a través del pórtico hasta el luminoso patio

frente a la capilla.

—Me alegro de verte —dijo sin poder evitar fijarse en los pálidos brillos que el sol arrancaba a su melena—. En verdad hacía mucho tiempo...

—Sí... Y recuerdo que no estuviste muy amable —le reprochó con ánimo ligero.

—El Vüsur no es un palacio, no podías presentarte aquí cada vez que te apetecía verme.

La princesa se encogió de hombros con un mohín.

—Como tú ya no venías a visitarme...

—Noseir...

—Sí, ya lo sé: el camino del Ukkrim exige un gran compromiso —contempló algo más seria su hábito blanco—. Parece que la soledad ha dado sus frutos. Enhorabuena.

—Gracias.

—¿Y ahora qué? ¿Cuál es el próximo paso de Hirvalmer Valar?

El muchacho meneó la cabeza sin saber qué responder; todavía no se había hecho a sí mismo aquella pregunta.

—Ahora la orden decide mi destino —contestó por fin.

La princesa se soltó de su brazo y se recogió con elegancia la falda del rico vestido para ascender las escaleras de la capilla.

—Ya veo. Permíteme que te diga que el blanco no te sienta nada bien —se despidió sin mirarlo siquiera.

Hirvalmer se detuvo desconcertado y sus ojos la siguieron hasta que desapareció en la penumbra del umbral. Noseir tenía la extraña cualidad de alegrarlo y aturdirlo a partes iguales.

—Algo habrás hecho —comentó Ignar palmeándole el hombro al pasar a su lado junto con los demás escaleras arriba.

□



A Iemnêril lo había extrañado la invitación del Maestro Mayor Esthen tan solo dos días después de su entrevista, pero agradeció aquella oportunidad, pues a la luz de sus hallazgos deseaba tratar con él algunas cuestiones. Al entrar en su estudio y descubrir que su joven discípulo estaba presente, sin embargo, comenzó a dudar que llegara a ser posible.

—Darair me ha puesto al corriente de vuestras investigaciones —dijo el anciano, lejano como siempre tras su escritorio.

—Naturalmente —comentó con resignación el ahîr.

—Encontrasteis curiosas informaciones... —continuó Esthen—. ¿Habéis sacado alguna conclusión?

Iemnêril frunció incómodo el ceño. Ya era bastante molesto saber que a su espalda circulaban libremente detalles de sus averiguaciones como para ver comprometida ahora su independencia bajo la curiosidad del Maestro Mayor. Quizás ese fuese el pago habitual por consultar los fondos secretos, pero tenía claro que aquella investigación era solo suya.

—Que probablemente la gema no es única y que es mucho más antigua de lo que pensaba —respondió pasados unos instantes.

—De las Eras Perdidas —apuntó Darair.

El anciano se acarició distraído la cicatriz de la mejilla.

—No parece un gran avance...

—Es más de lo que sabía hasta ahora —se defendió el halamneida, pero de inmediato se dijo que a cambio de satisfacer la curiosidad de Esthen bien podría pedirle un nuevo favor—. No obstante, tenéis razón: no es un gran avance, y por eso quisiera consultar los fondos secretos algunos días más.

El Maestro Mayor se mantuvo en silencio mientras sus ojos observaban a Darair y al ahîr.

—No —dijo al fin. Iemnêril no pudo más que arquear sorprendido las cejas ante tan rotunda negativa—. Tengo algo mejor que ofreceros.

—Por favor, explicaos —le pidió el halamneida entre intrigado y molesto.

—Antes, respondedme: ¿el arte que practica vuestro ladrón provoca la

consunción de los ecos de las Potencias hasta hacerlos desaparecer?

—¿Cómo...? —el ahîr se quedó sin palabras, incapaz de saber cómo había obtenido esa información cuando dos días antes ni siquiera quería creer que esa magia existiera.

—¿Sí o no? —inquirió Esthen.

—Sí, sí, pero, ¿cómo sabéis...?

—En ese caso vuestro ladrón está en Kromtar.

Iemnêril parpadeó incrédulo. De ser cierto era la primera vez en cinco años que lo tenía realmente cerca.

—¿Dónde? —preguntó con repentina impaciencia.

—Un momento —intervino Darair—. ¿Desde cuándo lo sabéis, maestro?

—Escuchadme bien los dos —los miró severo el anciano—. Hace unas semanas fue atacado un monasterio al norte del Bosque de Alvrast, insignificante pero muy antiguo, y el asaltante robó de su tesoro una vieja espada. Desde la torre he escrutado el lugar y me he encontrado con una magia que nunca había visto. Necesariamente ha de ser la que Iemnêril me refirió.

El ahîr escuchó ceñudo al Maestro Mayor, tratando en vano de explicarse qué hacía Dnêsar allí y qué quería de una vieja espada kromtariana. La incomprensión hizo nacer en él una profunda desazón y un sentimiento de urgencia que lo impelía a abandonar el despacho, tomar un caballo y partir cuanto antes.

—Nos corresponde hacer algo —dijo Darair—. Ya no es solo un asunto halamneida, ahora afecta también a Kromtar. ¿Vais a poner al corriente a los demás maestros del Pacto sobre esa extraña magia?

Iemnêril se volvió alarmado hacia él. Si las Ocho Torres comenzaban a investigar le sería imposible llegar antes que ellas hasta Dnêsar, y si eso sucedía solo podía imaginar un final para él.

—Por el momento no —respondió sin embargo el anciano—. Estaba pensando en otra posibilidad... Sé que dos Ukkrim van a ser enviados al monasterio para investigar el robo —miró significativamente al ahîr—. Iemnêril, nos hallamos en una confluencia de intereses que puede beneficiarnos mutuamente: si os comprometéis a restituir la reliquia kromtariana os enviaré a vos con ellos y os ofreceré mi apoyo desde la

torre.

—Dadlo por hecho —aceptó sin dudar el halamneida.

—¿Qué? ¡No! —saltó Darair—. Enviadme a mí, maestro, en mí podéis confiar.

Iemnêril lo observó sorprendido, preguntándose por qué razón él no merecía esa confianza.

—No, a ti te necesito aquí —dijo el anciano.

—Podéis encontrar a otro para que se haga cargo de los asuntos que gestiono en la torre —insistió el joven.

Esthen le ordenó callar alzando autoritario una mano.

—Darair, tú no sabes nada de esa magia, ningún mago del Pacto la conoce. Iemnêril es la mejor opción para solucionar estas incógnitas y atrapar al ladrón.

—¡Pero es un T'athleren! —protestó poniéndose en pie—. ¿Vais a facilitar a un T'athleren el contacto con un arte desconocido y poderoso?

—Ya basta, Darair —lo cortó ceñudo el Maestro Mayor—. Espera fuera.

El muchacho apretó los dientes para contener una réplica, y lanzando una última mirada al ahîr abandonó el estudio.

—Maestro... —carraspeó Iemnêril volviéndose de nuevo hacia el anciano—. ¿De dónde viene esa desconfianza hacia el nombre de mi familia?

Esthen lo contempló con el gesto tenso y se inclinó sobre la mesa.

—Si no lo sabéis es porque un pariente vuestro decidió ocultároslo, y no seré yo quien quebrante su voluntad.

El ahîr se limitó a asentir.

—¿Cuándo he de partir hacia el monasterio? —preguntó sin ocultar su molestia.

—Mañana al alba —le acercó un pliego lacrado—. Aquí tenéis un salvoconducto con mi firma y mi sello. He informado al Vûsur Ukkrim Ombhartur y a la corona de la necesidad de vuestra participación en este viaje.

El halamneida tomó el pergamino, y acompañado por Esthen se encaminó a la puerta.

—Iemnêril, quedo en deuda con vos —se despidió tendiéndole la mano.

—En absoluto —se la estrechó con firmeza el ahîr—, soy yo quien está en deuda.

□

Tras el solemne oficio al que habían asistido la princesa y la regente, la capilla del Vûsur volvía a estar vacía. Por sus ventanas se colaban los haces dorados del sol de la tarde, y el lento y monótono susurro del cepillo contra el suelo era el único sonido entre los muros de piedra gris. Tenuas nubecillas de polvo huían de la escoba flotando hacia lo alto hasta desaparecer en la oscuridad, pero solo Ichnen estaba allí para verlo.

El muchacho detuvo su labor y contempló distraído las formas caprichosas que se creaban bajo la luz vespertina, y sonrió al pensar lo grato que sería desaparecer también él para viajar lejos, hasta Ennerhad, quizás.

Al poco, sin embargo, torció avergonzado el gesto y se dijo que esas cosas solo sucedían en las historias. Se aclaró la garganta e hizo ademán de escupir, pero tras echar un cohibido vistazo al altar se lo pensó mejor y volvió a su tarea.

La mañana había sido agotadora y espesa después de una larga noche de tabernas, y mientras él comía algo en las cocinas los Ukkrim habían disfrutado de un opíparo banquete; después le habían ordenado que limpiara las cuadras, y ahora, terminado el distinguido oficio, lo llamaban a él para barrer el polvo.

A partir de ese día los Ombhartur recién investidos tomarían sus monturas y arneses y saldrían al mundo para cobrar fama y honores como los héroes de los cantares. Él sin embargo permanecería allí durante años, viendo pasar una generación tras otra de pretenciosos aprendices hasta hacerse demasiado viejo para trabajar.

—¡Maldita sea mi suerte! —se lamentó lanzando la escoba contra uno de los bancos—. ¡¿Y qué más?! —protestó al ver que el asta se había partido en dos.

Ichnen cogió ambos trozos y los miró con amargura; pensara lo que pensara tenía que limpiar la capilla. Con un suspiro se agachó y siguió

barriendo con su media escoba.

Desde que su tía murió se acordaba constantemente de ella. Había sido la única persona que alimentó su confianza asegurándole que algún día sería alguien sobresaliente capaz de grandes cosas, pero la realidad era que mientras otros iban a labrarse un nombre él seguiría siendo un siervo hasta la tumba. Y ni siquiera un siervo importante, solo uno de esos que valían para todo.

A su alrededor la gente iba avanzando en sus vidas: se hacían Ukkrim, se casaban, se embarcaban, llegaban a oficiales... Él ni era Ukkrim, ni oficial, ni tenía ganas de embarcarse, y ni siquiera había encontrado una mujer que mereciera la pena. Así que, ¿qué había para él? No tenía ni idea; lo único que sabía era que la capilla debía estar barrida antes del siguiente oficio.

De pronto, un suave canto en la lengua de Ennerhad fue elevándose desde los rincones y por entre las sombras:

Rápidos transcurren los días de los hombres

bajo la mirada de los morthnan.

Sol y luna danzan en el cielo,

los vientos cambiantes traen y llevan

el manto de las estaciones que cubre a su paso el mundo,

mas el bosque de Ennerhad todo lo ha de ver.

Con el vello de la nuca erizado, Ichnen se irguió para mirar asustado en derredor. Aquellos versos formaban parte de los Cantares de Innghad, que tantas veces escuchó recitar a su tía, y por un breve instante creyó que era ella quien los entonaba. Pero ni esa era su voz ni había nadie más que él en la capilla.

La melodía, sin embargo, continuó sonando entre los grises muros:

Mas el bosque de Ennerhad todo lo ha de ver,

y en aquel tiempo el cielo verde contempló  
al príncipe de los valles hacerse hombre,  
y los morthnan sonreían orgullosos,  
pues contaba entonces Innghad quince años  
y podía verse en él la promesa del hombre por venir.

El pelirrojo giró sobre sí mismo, aterrado, pero el canto parecía provenir de todas partes.

—¿Quién eres?! —exclamó para arrancarse el miedo—. ¡Muéstrate!

—Tú, Ichnen, ya has cumplido veintiún años y no eres promesa de nada —escuchó a su espalda, y al volverse de un salto se le paró el corazón al ver sentado en el primer banco, antes vacío, al misterioso mago que apareció en la taberna de Gordo.

—¡Tú! —gritó lanzándole el palo de la escoba, que sin embargo quedó flotando a un palmo escaso de su cabeza.

Ichnen obedeció a su instinto y dando media vuelta echó a correr en dirección a la puerta.

—En estos años has cogido la mala costumbre de salir huyendo... —habló el encapuchado sin siquiera volverse hacia él.

El muchacho sintió entonces una fuerza invisible que se aferraba a su tobillo y tirando de él hacia atrás lo derribaba. Apenas le dio tiempo a entender que el mago estaba operando un conjuro cuando una fuerte sacudida lo arrastró hacia la cabecera de la capilla.

—¡No, no! ¡Por favor! —gritaba mientras resbalaba por el suelo, manoteando inútilmente en dirección a los bancos para agarrarse—. ¡No me hagáis nada!

De repente se detuvo junto al banco en que seguía sentado el extraño.

—Por favor, señor... No me hagáis nada —suplicó alzando los brazos ante el rostro.

—Hablemos, Ichnen —dijo el encapuchado con sorprendente amabilidad.

El muchacho, asustado, tomó aquellas palabras como una orden y cauteloso se puso en pie sin perderlo de vista. No parecía corpulento pero era sin duda un mago, e Ichnen sabía bien que nada podía hacerse contra un mago.

—Solo quiero hablar contigo —volvió a decir apuntándole con el palo de la escoba—. Siéntate.

El pelirrojo se retiró los mechones revueltos del rostro, pero no dejó de mirarlo suspicaz. Había en su tono una calidez que inspiraba confianza, pero una cierta sensación amenazante sobrevolaba el aire y no podía apartar la vista de los ojos amarillos bajo la capucha.

Tragó saliva y se sentó.

—¿Quién sois? —se atrevió a preguntar.

—Soy Ildain —respondió descubriéndose.

Ichnen sintió un escalofrío. La piel antinaturalmente pálida, el pelo ceniciento y la heladora mirada trajeron a su memoria los terribles relatos de los Hijos de Yadh, pero cuando ya se disponía a echar a correr de nuevo hacia la puerta una luz prendió en su cabeza.

—¡Ildain! —exclamó entonces, atónito—. ¡Ildain del Norte, el héroe de la Guerra del Mago Negro!

—¿Y tú? —preguntó el ahîr ignorando su entusiasmo.

—¿Eh?

—Que quién eres tú.

—Yo... soy Ichnen. Pero ya lo sabes, ¿no? ¿Cómo lo sabes? —habló atropelladamente.

—¿Pero eres Ichnen el siervo, Ichnen el ennerhadiense, el que huye, el que culpa a los demás de sus problemas...?

El muchacho frunció indignado el ceño.

—¡Eh, un momento! —protestó—. ¡Tú no me conoces!

—Siento mucho la muerte de tu tía —dijo sin embargo el ahîr sin alterar el tono—. Deberías llevar violetas a su tumba, le gustaban mucho.

—¡Ya lo hago! ¡¿Y tú cómo sabes eso?!

Ildain lo miró a los ojos, más serio.

—Te sorprendería descubrir todo lo que sé.

El pelirrojo no rehuyó su mirada, pues aunque asustado y confuso no estaba dispuesto a aceptar sus lecciones.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó receloso.

—No veo en ti nada de lo que deberías ser. ¿De veras esto es lo mejor que puedes hacer? —agitó el palo de la escoba ante su rostro.

Ichnen apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—¡Este es un trabajo muy digno! ¡No hay nada malo en servir, y la gente como tú debería respetarlo! —replicó poniéndose en pie.

El Hijo de Yadh arqueó las cejas y lo observó sorprendido, pero terminó por levantarse a su vez.

—Verte tan satisfecho me deja mucho más tranquilo —dijo dándole la espalda para marcharse—. Te deseo una vida larga y tranquila.

Ildain se alejó hacia la puerta por entre los bancos canturreando en la melodiosa lengua de Ennerhad:

Tú quedarás atrás,

oirás de mi caminar,

mías serán las historias

que habrás de escuchar.

El muchacho reconoció de inmediato la canción: aquella que el príncipe Innghad entonó con su amigo Ilenhard cuando este yacía moribundo. Un aguijonazo de rabia le sacudió el pecho.

—Espera —brotó sin querer de su boca.

Ildain se detuvo y se giró hacia él. Sus ojos amarillos lo contemplaron en



silencio hasta que una cálida sonrisa asomó a sus labios.

—¿Quién quieres ser, Ichnen, el que se queda o el que camina?

—No lo sé... —confesó con un suspiro—. Tan solo el que hace algo.

El ahîr se acercó de nuevo.

—Eres especial, Ichnen, podrías hacer grandes cosas...

—¿Cómo? —lo interrumpió irritado—. ¡Es fácil cuando tu nombre te basta para tener el mundo a tus pies o el dinero te abre todas las puertas! ¡Yo no soy nadie!

—No hagas eso, no busques excusas. La única verdad es que tu condición es pequeña porque te has comportado como un hombre pequeño.

El pelirrojo frunció el ceño.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Para empezar, toma una decisión: si no te gusta cómo transcurren tus días, decide cambiarlos.

—No se puede cambiar una vida de la noche a la mañana.

Ildain sonrió enigmático.

—Quizás sí... He venido aquí para ofrecerte una oportunidad —le tendió la mano—, ¿la aceptas?

Entre la zozobra del enfado Ichnen sintió un extraño cosquilleo. Esas palabras sonaban bien, pero nunca nada era tan fácil. Podían abrigarse buenas intenciones, pero el mundo no entendía de anhelos, y mucho menos los hombres; nadie dejaría de ver en él a un vago ennerhadiense sin linaje ni patrimonio. Y sin embargo deseaba aceptar, como si en verdad un apretón de manos con Ildain del Norte fuese a deshacer toda dificultad y tornar reales las promesas.

El vértigo le atenazaba la garganta y una voz en su cabeza le decía que lo que tenía que hacer era terminar de barrer la capilla y dejarse de tonterías, pero... ¿Acaso no comenzaban muchas historias de una forma tan extraña como aquella?

—Acepto —dijo al fin estrechándole con firmeza la mano.

Ildain sonrió.

—Perfecto. Escucha con atención: esta misma noche tomarás una montura que he dejado para ti en las caballerizas de la puerta norte y cabalgarás por el Camino de los Reyes hacia el Bosque de Alvrast. Dos Ukkrim van a ser enviados al norte en una compleja misión; galopa con ventaja y únete a ellos solo cuando estés suficientemente lejos de Khurammar.

Ichnen parpadeó extrañado.

—¿Pero qué se supone que tengo que hacer?

—¿Y qué ibas a hacer aquí? —replicó el ahîr calándose la capucha—. El mundo es un lugar rico, deja que te llene: abre los ojos a todo, observa, atesora experiencias y aprenderás sobre ti mismo —dijo alejándose ya hacia la puerta—. Haz esto, Ichnen, hazlo bien, y cuando volvamos a encontrarnos te diré por qué no quiero esta vida para ti.

—Gracias... —fue cuanto pudo responder mientras lo observaba desaparecer en la luz del atardecer más allá del umbral.

Dejó entonces vagar sus ojos sobre los gruesos muros de la capilla y pensó en terminar su labor, pero con una sonrisa recordó que tenía un viaje que preparar y echó a correr hacia la puerta.

□

Sentado tras su escritorio, el Gran Maestre Askar observó en silencio cómo su asistente lacraba los cuatro pliegos; cuando hubo terminado tomó su sello y estampó en ellos la insignia de la orden.

De pie frente a él aguardaban expectantes Hirvalmer, Ahesshaye, Ignar, Narken, Yarek y Vor.

—Aquí se recogen los detalles de las misiones que os han sido encomendadas así como el salvoconducto que os identifica como enviados del Vûsur —tendió por fin hacia ellos los documentos—. Yarek Bairk, iréis a Neusar y os entrevistaréis con el Gran Kar Fulhir Knar para que disponga de vos como estime oportuno en las batidas contra los dugurn que campan por el Bosque de Alvrast. Para proteger las villas y los monasterios que están siendo objeto de saqueos en la frontera con Tigur los hermanos Narken Tagrair e Ignar de Särer os dirigiréis al sureste para incorporaros a las órdenes del comandante Van en la Casa de los Ukkrim

de la ciudad de Danmar; Vor Kreir, vos viajaréis hacia el norte, hasta la fortaleza de Iskbor. Hirvalmer Valar y Ahesshaye Dukark, vosotros os dirigiréis a Kërmrah-Vour para investigar el asalto a un monasterio, restituir la reliquia robada y llevar al ladrón ante la justicia. Todos habréis de partir mañana al alba; la orden os facilitará monturas y pertrechos —sus profundos ojos azules los contemplaron unos instantes—. Khur luwai tur he ir war.

—Gesevah —respondieron los seis al unísono.

Con una inclinación de cabeza abandonaron el despacho del Gran Maestre y salieron a las galerías para regresar a sus celdas.

La emoción ante sus primeros cometidos como Ukkrim no impedía que caminaran en silencio, pues todos sabían que aquella sería la última vez en mucho tiempo que recorrerían los claustros y pasillos del que había sido su hogar.

—Hermanos —habló Narken cuando alcanzaron el corredor de las celdas—, nuestros caminos se separan esta noche pero algo nuevo comenzará al despuntar el alba. Rezaré por vuestra fortuna.

Entre abrazos y apretones de manos, uno a uno fueron despidiéndose hasta que solo Ignar y Ahesshaye quedaron en el oscuro pasillo. Después de tantos años la idea de separarse los enmudecía.

—Vaya... —rompió por fin el silencio el muchacho.

—Cuando te vi aparecer en la procesión casi se me paró el corazón —soltó de pronto la tudan-shalita.

—Ya... —sonrió sin atreverse a mirarla—. Menudas cosas se me ocurren.

—Sí... —sus palabras quedaron flotando apenas un suspiro entre ellos—. Voy a echarte de menos.

—Ahora tendrás que buscar otro tonto del que preocuparte —bromeó con la vista en el suelo.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé...

Ahesshaye lo miró; quería guardar esa imagen de él en su memoria: la sonrisa, los vivos ojos castaños y el pelo revuelto. De él había aprendido, en él se había apoyado, y con el tiempo sus alegrías y decepciones habían terminado por ser también suyas. Ignar era la persona más cercana que

había tenido en toda su vida, y ya no iba a estar a su lado.

—Yo también voy a echarte de menos —volvió a hablar el muchacho. La tudan-shalita hizo ademán de responder, pero la pena le robaba las palabras—. No nos despedamos. No tenemos paciencia, así que en poco tiempo estaremos aquí —ella asintió deseando creerlo—. Sé fuerte como lo has sido hasta ahora y piensa un momento antes de enfadarte.

Ahesshaye sonrió y lo miró con las lágrimas asomando en sus ojos rojizos, y sin decir nada más se abrazaron.